



**UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO**

**Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Antropología**

Basura viva

**Análisis etnográfico de las prácticas y significados en torno a los
residuos en Santiago de Chile**

Tesis para optar al título de Antropóloga

**Por
Bani Yoczana Araya Toro**

Profesora guía: Francisca Márquez

Santiago, junio 2025

Dedicatoria

A mi mamá, que siempre estuvo, está y estará. Porque creyó conmigo, sostuvo todo lo que esta etapa necesitó y ocupó cada rol sin que se lo pidiera, desde el afectivo hasta el logístico.

A mi abuela, por sus consejos sin filtro, sus verdades con cariño y por recordarme que la honestidad también puede ser un gesto de amor.

A mi prima Heslie Dayana, por ser referente desde siempre, por compartir conmigo su interés por el medioambiente y por leerme con paciencia, humor y mirada crítica cuando más lo necesitaba.

Agradecimientos

A mi hermana menor, con quien no siempre coincidimos, pero que a pesar de las diferencias hemos sabido apoyarnos como solo quienes comparten la vida saben hacerlo.

A mi prima Alin, que ha sido mi compañera desde que nací hasta hoy. No pude pedir mejor regalo que crecer con alguien de mi edad que ha sido parte constante de cada etapa importante.

A mi tía Tola y a mi tío Daniel, por haber estado siempre, desde que era una niña, con su humor, sus palabras y esa capacidad de brindarme una segunda casa, siempre lista para recibirme sin preguntas.

A mis primos chicos, Julián y Emiliano, por sacarme risas cuando más lo necesitaba. A pesar de su corta edad y sin saberlo, me han dado apoyo y amor justo en los momentos en que más me hizo falta.

A las amigas que me ha dado la Universidad Alberto Hurtado, que son lo más valioso de todo este proceso. De Cipol a Isis, Javiera, Camila, Martina, Mika y todas las personas con las que compartí, aunque fuera un pequeño momento. Y también a Victoria, mi única amiga de antropología, que ha sido un apoyo enorme y una compañera clave para aprender, pensar y darle forma a este trabajo. Gracias al modelo de Naciones Unidas, que me dio vínculos que siguen creciendo más allá de las sesiones y me dio la confianza de moverme sola.

A mis amigas del intercambio, Olenka, Elena, Paola y Arantza, por estar cerca desde sus países. Desde España, Alemania, México y Perú respondieron mensajes en horarios horribles, mandaron ánimo, consejos y compañía cuando más lo necesitaba. A todas las personas que conocí en esa etapa, gracias por darme ese golpe de horno que me faltaba, por empujarme a mirar distinto y querer lo que estudio. Y a quienes me han animado desde Ecuador, Colombia y otros países, gracias por hacer que las ideas viajen conmigo.

A las profesoras que confiaron en mí y me abrieron puertas en momentos clave. Gracias por permitirme desarrollarme como ayudante, por ofrecerme espacios donde enseñar, aprender y compartir con otros. Ese rol no fue solo una instancia académica, fue una forma de afirmar que lo que estudio tiene sentido, que mi voz también puede acompañar otras trayectorias. A los profesores que también me han inspirado, cuestionado con cariño o empujado a repensar decisiones, les agradezco profundamente haber formado parte de este proceso.

A las y los antropólogos que conocí en el congreso, por sus ideas provocadoras, sus preguntas incómodas y sus gestos generosos. Varias de sus palabras siguen resonando cada vez que leo o escribo. Gracias también a todas las personas que estuvieron presentes en mis ayudantías, que me permitieron descubrir que enseñar no es repetir, sino encontrar formas de habitar el conocimiento con otros.

También a mi práctica profesional, que más que un requisito fue una confirmación. Ahí descubrí que la antropología no es solo teoría ni campo, sino también vínculo, posibilidad, presencia. Esa experiencia me dio el impulso que necesitaba para seguir creyendo en lo que hago, y para seguir haciéndolo.

Por último, a Loki Grover, mi perro, que llegó hace un año y me cambió la vida. Estuvo conmigo en cada jornada de escritura, me dio pausas cuando todo pesaba demasiado y estuvo ahí, abrazable y fiel, haciendo que nada fuera tan grave.

Tabla de contenido	Página
Dedicatoria.....	2
Agradecimientos	2
Resumen	7
<i>Palabras Clave</i>	7
Introducción	8
Capítulo 1	10
1. Antecedentes	10
1.1. Contextualización general del problema.....	10
1.2. Región Metropolitana y la gestión de residuos	11
1.3. Puente Alto la comuna que más recicla.....	14
Capítulo 2.....	17
2.1 Problematicación	17
2.2 Pregunta de investigación	18
2.3 Objetivos	18
2.3.1 Objetivo General:.....	18
2.3.2 Objetivos Específicos:	18
2.4 Justificación	18
Capítulo 3.....	20
3.1 Estado del arte	20
3.1.1 Residuos y cultura: procesos de significación y exclusión.....	20
3.1.2 Materialidad y reutilización: resignificación de los residuos	23
3.1.3 Prácticas cotidianas en la gestión de residuos	25
3.2 Marco teórico	28
Materialidad y significado: la agencia de los objetos desechados	28
3.3 Marco metodológico.....	34
3.3.1 Enfoque de la investigación	34
3.3.2 Técnicas e instrumentos de recolección de datos	36
3.3.3 Criterio de selección de informantes:.....	39
3.3.4 Plan de análisis:.....	40
Capítulo 4.....	42
4.1 Resultados	42
4.1.1 Resultados y análisis de la encuesta	43

4.1.2 Resultados y análisis de la etnografía y entrevistas	51
4.2 Conclusiones	78
Bibliografía	82

Tabla de Figuras	Página
Figura 1 Distribución de residuos por región en Chile	10
Figura 2 Emisiones y transferencias de residuos según datos del RETC–SINADER	11
Figura 3 <i>Evolución de los residuos sólidos municipales en América Latina (2000–2017)</i>	12
Figura 4 <i>Distribución territorial de servicios de gestión de residuos según datos SUBDERE y MDSF</i>	13
Figura 5 <i>Mapa de la comuna de Puente Alto, Región Metropolitana</i>	14
Figura 6 <i>Localización de depósitos de residuos y subsidios en función del ingreso comunal en la Región Metropolitana</i>	15
Figura 7 Flyer de convocatoria a la encuesta “Identidades de desecho” en Puente Alto (marzo 2025). Elaboración propia	36
Figura 8 Simbología empleada en los genogramas	38
Figura 9 Estación de reciclaje en la comuna de Puente Alto	45
Figura 10 Residuo voluminoso en vía pública el día de recolección municipal (Av. San Carlos Norte)	46
Figura 11 Acumulación de residuos en La Primavera tras retiro de feria dominical	47
Figura 12 Material fuera de lugar, lo caótico de desechar	49
Figura 13 Muñeca elaborada con telas recicladas	54
Figura 14 Objeto en tránsito: residuos acomodados en lo cotidiano	55
Figura 15 CDs conservados como objetos de valor simbólico	56
Figura 16 Último peluche que conservaría Vicente	56
Figura 17 Basurero inteligente instalado como respuesta adaptativa en contexto doméstico (Hogar 8)	59
Figura 18 Área de disposición diferenciada de residuos plásticos y tapas en condominio de Puente Alto.	61
Figura 19 Cama de gato en buen estado descartada en punto de basura doméstica en Puente Alto.	64
Figura 20 Enceradora eléctrica	65
Figura 21 Ropa dispuesta en vía pública para ser recogida por terceros (Hogar 8)	66
Figura 22 Contenedor de residuos domésticos ubicado en la vía pública en sector residencial de Puente Alto	68
Figura 23 Representación esquemática de flujos y conexiones	73
Figura 24 Representación esquemática de flujos y conexiones	73
Figura 25 Representación esquemática de flujos y conexiones	74
Figura 26 Representación esquemática de flujos y conexiones	74

Tabla de Tablas	Página
Tabla 1 Caracterización de la muestra de la encuesta	37
Tabla 2 Caracterización de los hogares etnográficos en Puente Alto.....	38
Tabla 3 Categorías y citas representativas sobre percepciones de la basura y los residuos	41
Tabla 4 Vaciado general de respuestas a la encuesta comunitaria sobre residuos	44
Tabla 5 Vaciado general de respuestas a la encuesta comunitaria sobre residuos	44
Tabla 6 Características comparadas de los hogares participantes según prácticas de gestión de residuos.....	52

Resumen

El manejo de residuos en los hogares no solo responde a normativas institucionales, sino también a decisiones cotidianas con significados culturales y sociales. En comunas como Puente Alto, estas dificultades no solo afectan la infraestructura de recolección y tratamiento, sino que también evidencian una relación particular con lo que se desecha y por qué. Comprender estos procesos requiere ir más allá de su dimensión técnica e incorporar una mirada socioeconómica y cultural. Esta investigación analiza cómo las familias deciden qué conservar, transformar o desechar, y cómo esas elecciones configuran formas de habitar. A través de un estudio etnográfico que combina encuesta, entrevistas en profundidad, observación participante y análisis, se exploran los residuos como objetos cargados de sentido, más allá de su función técnica o ambiental. Desde la antropología de la cultura material y la economía moral, se examinan prácticas domésticas que revelan narrativas de cuidado, memoria y adaptación frente a la fragilidad institucional. El residuo emerge como signo activo que organiza espacios, ritmos y vínculos, mostrando que en contextos urbanos precarios el descarte no marca un fin, sino una continuidad. Las conclusiones señalan que, aunque existe infraestructura y despliegue institucional, los hogares sostienen gestos persistentes de manejo de residuos que no se explican únicamente por su presencia, sino por vínculos situados que activan una ética silenciosa desde lo posible. Esta investigación propone pensar lo ambiental y lo doméstico como dimensiones entrelazadas que se tejen desde prácticas situadas.

Palabras Clave

Basura; residuos urbanos; desigualdad; cultura material; prácticas cotidianas.

Introducción

Esta investigación surge desde una pregunta situada en la intimidad de los hogares, donde se busca entender qué dicen los residuos sobre quienes los desechan. En Puente Alto, la comuna que más recicla, pero donde la gestión de residuos convive con barreras estructurales y desigualdades territoriales, los objetos descartados no solo representan materia sobrante, también configuran relaciones, memorias y decisiones cotidianas. Esta tesis propone analizar cómo los hogares deciden qué conservar, qué transformar y qué desechar, considerando que estas acciones revelan formas de vincularse con el entorno desde lo mínimo.

En el primer capítulo se presenta el panorama territorial y estructural que enmarca el problema abordado. Se examina cómo la gestión de residuos en la Región Metropolitana se distribuye de manera desigual, y cómo la comuna de Puente Alto enfrenta múltiples obstáculos para sostener prácticas cotidianas de descarte. Aunque presenta una alta tasa de reciclaje, la infraestructura es limitada y la acción institucional resulta frágil. Esta realidad exige incorporar una mirada situada que contemple no solo las carencias materiales, sino también los significados que organizan el mundo desde lo doméstico

En el capítulo dos nos encontramos con la problematización, que plantea que las decisiones sobre el descarte no pueden reducirse a lo técnico. Involucran valores culturales, estructuras de poder, memorias familiares y vínculos afectivos que se activan cada vez que se conserva, se desecha o se transforma un objeto. A partir de esta premisa se formula la pregunta de investigación y los objetivos del estudio, que buscan comprender cómo los hogares resignifican sus prácticas frente a los residuos y qué sentidos emergen desde allí.

El capítulo tres es el más denso, ya que desarrolla el estado del arte, el marco teórico y el enfoque metodológico. Se revisan investigaciones sobre cultura material, exclusión territorial, economía moral, gestión doméstica y ecología de lo cotidiano. Estos aportes permiten comprender que los residuos no son sólo materia física, sino también signos sociales que organizan espacios y relaciones. Se incorporan autores como Douglas, Miller, Latour, Appadurai, Ingold y Bauer, cuyas ideas sobre agencia, clasificación, afecto y materialidad en tránsito orientan el análisis.

La metodología combina técnicas cuantitativas y cualitativas, ya que se aplicó una encuesta, se realizaron entrevistas en profundidad a siete hogares con diversidad territorial y de composición familiar, se llevó a cabo observación participante y flotante, lo que llevó a la construcción de genogramas temáticos para mapear decisiones en torno al descarte. Esta estrategia permitió acceder a escenas cotidianas, fragmentos simbólicos y gestos que no siempre se verbalizan, pero que organizan la vida en torno a lo desechable.

Para finalizar, el capítulo cuatro reúne los hallazgos contruidos a partir del trabajo de campo. En estos resultados se articula lo que la encuesta permitió identificar en términos generales y lo que el vínculo etnográfico reveló desde los hogares. Se analizan prácticas como conservar por afecto, desechar por incomodidad o transformar objetos mediante estrategias que activan rutinas o decisiones. También se describe la fragilidad institucional, que interrumpe gestos que podrían sostenerse con más acompañamiento. El análisis de escenas situadas permite afirmar que los residuos no solo circulan, sino que tienen una historia, una biografía. En cada objeto descartado o conservado se inscriben tensiones familiares, memorias afectivas y vínculos que atraviesan lo urbano. La materialidad en tránsito revela cómo el descarte no representa un final, sino una forma de pensar lo habitable desde lo posible.

Así, las conclusiones de esta tesis sostienen que el análisis del residuo desde lo simbólico permite comprender cómo se ordena el mundo desde lo cotidiano. Lo que se conserva, se transforma o se deja ir organiza espacios, valores y relaciones desde lo cotidiano, activando sentidos que no dependen exclusivamente de la validación institucional. Esta mirada antropológica propone que el cuidado ambiental no siempre se construye desde grandes discursos, sino desde prácticas situadas que persisten a pesar de las fallas del sistema. El residuo, en su aparente insignificancia, activa formas de resistencia, estrategias silenciosas de vínculo y narrativas que sostienen lo doméstico y lo público.

Capítulo 1

1. Antecedentes

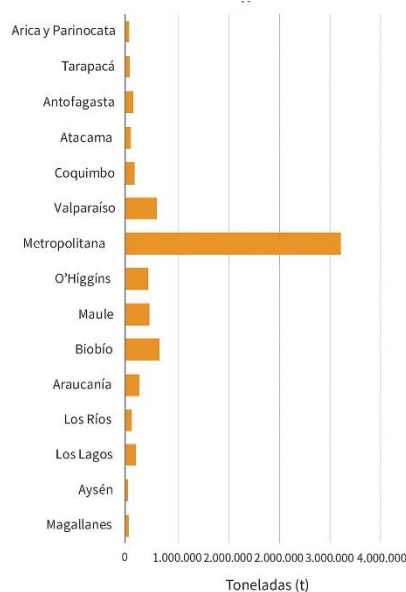
1.1. Contextualización general del problema

Los desechos han existido desde los inicios de la vida en la tierra, ya que cada ser vivo genera residuos, desde las plantas con sus hojas muertas hasta los mamíferos con sus defecaciones. Sin embargo, en el pasado estos residuos se reintegraban al ciclo natural de manera constante, manteniendo el equilibrio ecológico. Un caso interesante son los conchales hallados en distintas zonas costeras, conformados por acumulaciones de conchas y restos alimenticios dejados por antiguos grupos humanos. Estos depósitos, lejos de representar simples basurales, constituyen vestigios materiales que dan cuenta de cómo ciertos colectivos atribuyeron a sus desechos un valor simbólico, identitario e incluso patrimonial (Álvarez Abel, 2004). Con el desarrollo de sociedades industriales y urbanas, la producción de basura ha aumentado exponencialmente, alterando la relación de los seres humanos con sus desechos y generando problemas ambientales de gran magnitud.

Actualmente, prácticamente todo lo que usamos, desde alimentos hasta ropa y dispositivos electrónicos, se convierte en basura en algún momento, ya sea porque pierde su utilidad o porque es considerado obsoleto dentro de ciertas dinámicas culturales de consumo (Escobar, C. 22 de octubre de 2021). Esta producción acelerada de desechos responde a un sistema lineal basado en la extracción, producción y descarte, lo que ha llevado a una crisis de gestión de residuos a nivel mundial. Según la ONU, la extracción de recursos ha aumentado más del triple desde 1970, con un incremento del 45% en el uso de combustibles fósiles (ONU, s.f.).

En Chile, la gestión de residuos se ha vuelto un desafío cada vez más urgente. Chile es el segundo país en América Latina que más basura genera¹ (Montes, S., 2019), y el decimoprimer a nivel mundial (El Mostrador, 2021). Dentro del país, la Región Metropolitana concentra el 45.7% del total de residuos generados, lo que la convierte en un territorio clave para analizar el problema (Vivanco, E., 2022). En este contexto, Puente Alto emerge como la comuna con mayor producción de residuos per cápita, lo que refleja la necesidad de estudiar cómo sus

Figura 1 Distribución de residuos por región en Chile

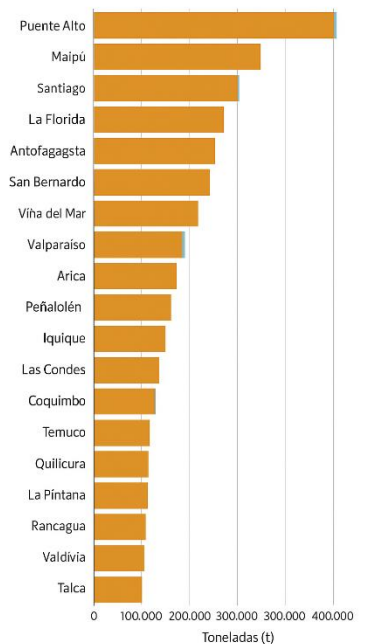


Nota. Tomado de Informe de estado del medio ambiente, capítulo 10: Residuos, por SINIA, s.f. © Ministerio del Medio Ambiente.

¹ Según cifras de la ONU, la medición corresponde a kilogramos de basura generada per cápita anualmente. México y Brasil encabezan el ranking en volumen total.

habitantes manejan los desechos y qué prácticas adoptan para reducir su impacto (SINIA, s.f.).

Figura 2 Emisiones y transferencias de residuos según datos del RETC–SINADER



Nota. Tomado de Informe de estado del medio ambiente, capítulo 10: Residuos, por SINIA, s.f. © Ministerio del Medio Ambiente.

La gestión de residuos en los hogares no es solo una cuestión técnica, sino también cultural. Según Escobar (2021), la basura es una construcción social ligada a la higiene, el consumo y la obsolescencia, lo que define qué se desecha y qué se reutiliza. El Sistema de Información Ambiental (SINIA s.f., p.22) señala que la infraestructura disponible influye en estas decisiones, ya que el acceso limitado al reciclaje condiciona las prácticas familiares y la significación del desecho en la vida cotidiana.

Pese a los esfuerzos por mejorar la gestión de residuos, el reciclaje sigue siendo mínimo. De los 17 millones de toneladas de residuos que se generan anualmente en Chile, solo el 10% de los residuos domiciliarios se recicla (Ministerio de Relaciones Exteriores, 2019). Las comunas más empobrecidas suelen contar con menos infraestructura para el reciclaje y más cercanía a basurales ilegales, lo que refuerza desigualdades territoriales y limita la capacidad de los hogares para participar en procesos de reutilización (SINIA s.f., p.29).

En este contexto, es crucial definir qué se entiende por basura dentro de esta investigación. La basura no es simplemente aquello que ha perdido su utilidad funcional, sino que es también una construcción social y cultural, determinada por valores simbólicos y económicos. Como plantea Escobar (2021), el concepto de basura está ligado a percepciones de higiene, utilidad y consumo, donde los objetos dejan de ser considerados valiosos y pasan a ser descartados. Esta transformación no ocurre únicamente por desgaste físico, sino también por decisiones culturales sobre lo que es obsoleto, innecesario o indeseado.

1.2. Región Metropolitana y la gestión de residuos

La Región Metropolitana de Santiago es el principal núcleo urbano de Chile y concentra una parte significativa de la generación de residuos a nivel nacional. Con aproximadamente 8 millones de habitantes, la actividad económica, comercial e industrial en el área contribuye al aumento de la producción de desechos. Según el Sistema Nacional de Información Ambiental (SINIA, s.f.),

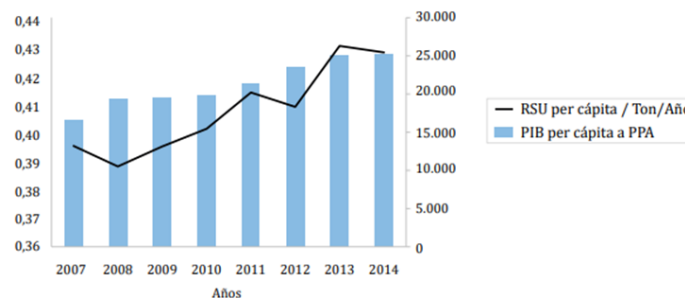
el 45.7% de los residuos generados en Chile provienen de esta región, lo que evidencia la magnitud del desafío en términos de gestión y disposición final.

El crecimiento demográfico y la expansión urbana han generado una presión cada vez mayor sobre el sistema de manejo de residuos. La infraestructura disponible, incluyendo rellenos sanitarios y plantas de reciclaje, ha sido insuficiente para procesar la cantidad de desechos generados diariamente. Estudios de la Superintendencia de Medio Ambiente (SMA, 2022) indican que varios municipios de la región presentan dificultades para gestionar la recolección y tratamiento de residuos, lo que ha llevado a la proliferación de microbasurales en sectores periféricos.

Las desigualdades territoriales dentro de la región también impactan la gestión de desechos. Mientras comunas con mayores recursos pueden implementar sistemas de reciclaje eficientes y programas educativos sobre reducción de residuos, en zonas con menor presupuesto estas iniciativas son más limitadas. Según Saavedra (2017, p. 43), las comunas con mayores índices de pobreza tienden a concentrar depósitos de basura y rellenos sanitarios, lo que refuerza la percepción de marginalidad y afecta directamente la calidad de vida de sus habitantes.

Figura 3 Evolución de los residuos sólidos municipales en América Latina (2000–2017)

Residuos sólidos urbanos y PIB per cápita a PPA en Región Metropolitana de Santiago

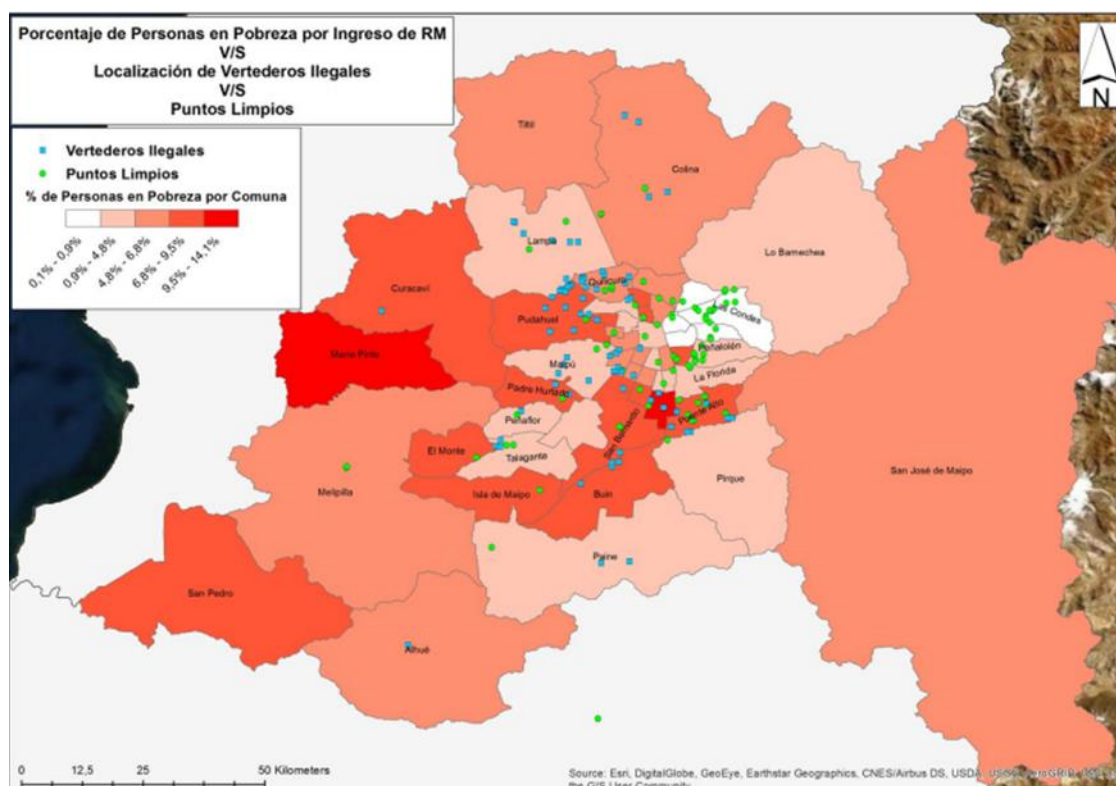


Nota. Tomado de *Gestión de residuos sólidos urbanos en América Latina: Un análisis desde la perspectiva de la generación*, por M. P. Sánchez-Muñoz, J. G. Cruz-Cerón y P. C. Maldonado-Espinel, 2019, *Revista Finanzas y Política Económica*, 11(2), p. 332. © Universidad Católica de Colombia.

En términos de normativa, la implementación de la Ley de Responsabilidad Extendida del Productor (Ley REP, s.f.) ha sido un paso clave para mejorar la gestión de residuos en la región. Esta legislación obliga a las empresas a hacerse responsables de los desechos generados por sus productos, incentivando la reutilización y el reciclaje. Sin embargo, la aplicación efectiva de esta ley aún enfrenta obstáculos, especialmente en comunas donde la infraestructura de reciclaje es insuficiente para que los ciudadanos puedan separar correctamente sus residuos.

Uno de los mayores desafíos en la Región Metropolitana es la gestión de residuos orgánicos, que constituyen aproximadamente el 50% de la basura domiciliar. La falta de plantas especializadas en el tratamiento de materia orgánica ha llevado a que estos residuos terminen en vertederos, generando emisiones de gases contaminantes y afectando los ecosistemas locales (Ministerio de Medio Ambiente, 2021). Diversos municipios han comenzado a implementar programas de compostaje comunitario, pero aún quedan importantes brechas en la infraestructura y educación ambiental necesaria para ampliar su impacto.

Figura 4 Distribución territorial de servicios de gestión de residuos según datos SUBDERE y MDSF

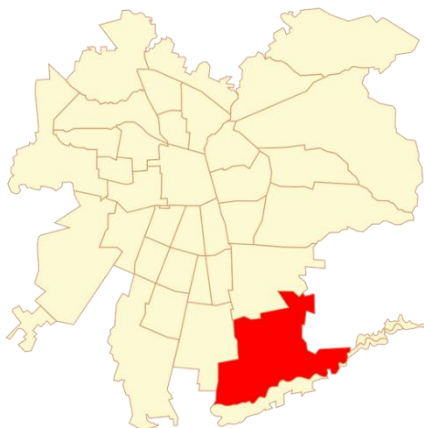


Nota. Tomado de *Informe de estado del medio ambiente, capítulo 10: Residuos*, por SINIA, s.f. Datos elaborados por SINIA a partir de la Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo (2019) y el Ministerio de Desarrollo Social y Familia (2017). © Ministerio del Medio Ambiente.

A pesar de estos desafíos, la Región Metropolitana ha avanzado en la promoción de prácticas sustentables. Iniciativas como la ampliación de puntos de reciclaje y campañas de concientización han incentivado la separación de residuos en los hogares, aunque su alcance sigue siendo limitado. Según el Banco Mundial (2018), las estrategias de gestión de residuos en áreas urbanas deben combinar inversión en infraestructura con programas educativos, asegurando que la población participe activamente en la reducción y tratamiento de desechos.

1.3. Puente Alto la comuna que más recicla

Figura 5 Mapa de la comuna de Puente Alto, Región Metropolitana



Nota. Tomado de *Comuna de Puente Alto* [imagen SVG], por O. Valdebenito, 2006, *Wikimedia Commons* Bajo licencia CC BY-SA 3.0.

Puente Alto es la comuna más poblada de la Región Metropolitana, lo que genera una demanda significativa en la gestión de residuos y en la infraestructura disponible para su procesamiento. A diferencia de otras comunas con menor densidad poblacional, la expansión urbana en Puente Alto ha provocado un incremento en la generación de desechos domiciliarios, planteando desafíos tanto en la recolección como en la disposición final (SINIA, s.f., p.19).

Aun así, ha sido reconocida como la comuna que más recicla del país, tanto por las cifras institucionales como por la participación ciudadana que sostiene este proceso desde lo cotidiano. Según el Ministerio del Medio Ambiente, “la

recolección se realizará directamente desde los hogares, alcanzando la totalidad de viviendas de la comuna”, en el marco del convenio firmado con ReSimple, lo que representa el mayor despliegue operativo de reciclaje domiciliario en Chile (Santiago Recicla, 2025). Además, la Municipalidad de Puente Alto reporta más de 150 puntos de reciclaje operativos en espacios públicos, centros comunitarios y servicios móviles (Municipalidad de Puente Alto, 2024), mientras que Portal Puente Alto afirma que la comuna “cuenta con una red articulada de vecinos, recicladores y organizaciones que promueven el manejo responsable de residuos” (Portal Puente Alto, 2021).

A pesar de este despliegue, distintos reportes coinciden en que muchas prácticas de reciclaje se activan desde los hogares, incluso sin acceso directo a infraestructura formal. Talleres autogestionados, iniciativas barriales y redes vecinales muestran que el reciclaje no ocurre exclusivamente por lo institucional, sino también por decisiones situadas que responden a cuidado, necesidad o vínculo con el entorno. Como señaló una vecina de Puente Alto durante el piloto del programa Reciclaje Casa a Casa, “este reciclaje Casa a Casa cambió también la actitud de mis papás que antes no se interesaban en el tema, pero ahora están muy motivados en separar los residuos” (Santiago Recicla, 2021). De esta manera, el reconocimiento como “la comuna que más recicla” debe entenderse como una articulación entre lo público y lo cotidiano, en circuitos que funcionan juntos, superpuestos o en paralelo.

La infraestructura de reciclaje en la comuna ha crecido en respuesta a esta necesidad, aunque aún enfrenta limitaciones importantes. De acuerdo con Vivanco (2022), la cobertura de puntos verdes y centros de tratamiento de

residuos sigue siendo insuficiente para la cantidad de desechos generados diariamente. La falta de acceso equitativo a estos servicios dentro de la comuna ha generado un manejo desigual de los residuos entre distintos sectores urbanos.

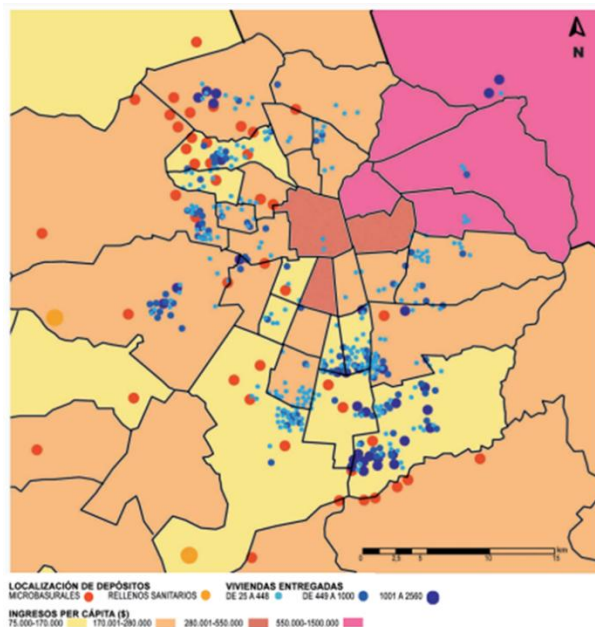
Además de los desafíos estructurales, Puente Alto enfrenta problemas relacionados con la ilegalidad en la disposición de desechos. Estudios recientes han identificado la existencia de microbasurales y vertederos informales, especialmente en zonas periféricas de la comuna, lo que no solo afecta la calidad ambiental del territorio, sino también la salud de sus habitantes (Saavedra, V., 2017). La falta de fiscalización ha permitido la proliferación de estos espacios, reforzando desigualdades territoriales en el acceso a una gestión de residuos adecuada.

En términos de normativas locales, la aplicación de la Ley de Responsabilidad Extendida del Productor (Ley REP, s.f.) ha generado expectativas sobre una mejora en el manejo de residuos en Puente Alto. Sin embargo, su implementación sigue dependiendo de la infraestructura disponible y del compromiso ciudadano con la separación de residuos. La realidad de la comuna evidencia que, sin un sistema de reciclaje accesible y bien distribuido, la efectividad de esta ley se ve limitada (El Mostrador, 2022).

Los recicladores informales desempeñan un papel clave en Puente Alto, al recuperar materiales que de otro modo terminarían en vertederos. Sin embargo, la falta de reconocimiento formal de su actividad y las condiciones precarias en las que operan representan un desafío que requiere políticas inclusivas para mejorar su situación (Banco Mundial, 2018).

A futuro, la comuna debe abordar estos problemas desde una perspectiva de planificación urbana sostenible. Modelos de economía circular, junto con una ampliación de la infraestructura de reciclaje, podrían ayudar a reducir la cantidad de residuos enviados a disposición final. No obstante, estos cambios requieren inversión, gestión

Figura 6 Localización de depósitos de residuos y subsidios en función del ingreso comunal en la Región Metropolitana



Nota. Tomado de *Localización de depósitos de residuos y subsidios, según ingresos económicos de comunas de la Región Metropolitana*, por V. Saavedra, 2011. © Autor.

eficiente y una fuerte estrategia de educación ambiental para garantizar su éxito (Ministerio de Relaciones Exteriores, 2019). A partir de este panorama, surge la necesidad de indagar cómo estas dinámicas de gestión y percepción de los residuos se configuran en la vida cotidiana de los hogares en Puente Alto, identificando las prácticas, tensiones y significados que moldean su relación con lo que se descarta.

Capítulo 2

2.1 Problematicación

La gestión de residuos domiciliarios en Puente Alto representa una problemática compleja que impacta directamente en la vida cotidiana de los hogares y evidencia tensiones sociales, económicas y ambientales. En una comuna caracterizada por ser la más grande de Chile, tanto en extensión territorial como en densidad poblacional, la generación y manejo de residuos se convierten en un desafío significativo. Este problema no puede ser entendido únicamente desde sus aspectos materiales, sino que también requiere de una mirada que contemple las percepciones, prácticas y significados que los hogares atribuyen a los objetos que deciden conservar, reutilizar o descartar.

Los residuos, en su dimensión cotidiana, no solo son el resultado de patrones de consumo, sino que también reflejan cómo las familias negocian sus prioridades, limitaciones y valores en un contexto marcado por desigualdades estructurales. En Puente Alto, sectores vulnerables enfrentan mayores barreras para incorporar prácticas sostenibles, ya sea por la falta de acceso a recursos adecuados o por la ausencia de políticas que promuevan una educación ambiental efectiva. Sin embargo, estas condiciones no solo impactan en los hogares a nivel práctico, sino que también modelan sus perspectivas sobre los objetos de desecho y su relación con el entorno. Los residuos adquieren, así, una dimensión simbólica que vincula las dinámicas domésticas con la estructura social más amplia de la comuna.

A medida que los hogares generan y manejan sus residuos, emergen tensiones significativas. Por un lado, las condiciones económicas limitan las posibilidades de adoptar prácticas como el reciclaje o la reutilización. Por otro lado, las percepciones en torno a los residuos, como aquello que debe ser excluido o desechado, están profundamente influenciadas por dinámicas culturales y sociales que varían entre familias y territorios. En este sentido, la basura o los residuos no solo son un desafío ambiental, sino también un reflejo de las inequidades en el acceso a recursos, en la distribución de servicios y en las posibilidades de construir una relación sostenible con el medioambiente.

El manejo de residuos en los hogares de Puente Alto no se limita a una cuestión funcional, sino que involucra procesos que configuran su significado dentro de la vida cotidiana. Las decisiones sobre el descarte, la reutilización y la gestión de los residuos reflejan dinámicas que van más allá de lo meramente práctico, vinculándose con percepciones, valores y condiciones socioculturales presentes en la comuna.

En este contexto, resulta pertinente analizar cómo los hogares estructuran sus prácticas de manejo de residuos y qué significados se construyen en torno a ellas. La variabilidad en estas prácticas podría estar influenciada por factores socioeconómicos, acceso a infraestructura de

reciclaje y discursos ambientales que circulan en el territorio. Asimismo, el descarte y la reutilización pueden estar atravesados por procesos de clasificación que establecen jerarquías dentro de los hogares y configuran su relación con el entorno urbano.

A partir de esta problemática, el análisis se orienta a comprender cómo las prácticas domésticas de gestión de residuos en Puente Alto no solo responden a factores condicionantes del contexto económico de cada familia, sino que también se insertan dentro de procesos de significación que expresan prácticas valores, aspiraciones y tensiones socioculturales. Esta aproximación permite dialogar con enfoques antropológicos que abordan la construcción social del desecho y su impacto en la organización cotidiana.

2.2 Pregunta de investigación

¿Cuáles son las prácticas cotidianas de gestión de residuos domiciliarios que implementan los hogares de Puente Alto? ¿Cómo se comprenden y significan estas prácticas cotidianas por parte de los hogares que reciclan?

2.3 Objetivos

2.3.1 Objetivo General:

Analizar las prácticas cotidianas de gestión de residuos domiciliarios llevadas a cabo por los hogares de Puente Alto, y explorar cómo estas prácticas son comprendidas y resignificadas por los hogares.

2.3.2 Objetivos Específicos:

- a) Caracterizar las prácticas cotidianas de manejo de residuos domiciliarios en hogares de la comuna de Puente Alto.
- b) Identificar los significados culturales y sociales que los hogares otorgan a sus prácticas cotidianas en relación con los residuos.
- c) Examinar cómo las prácticas domésticas de disposición y reutilización de residuos configuran la percepción y valoración del impacto sobre el medioambiente.

2.4 Justificación

Esta investigación se centra en una problemática de alcance global, la relación entre los hogares y la gestión de residuos domiciliarios, explorando sus dimensiones sociales, culturales y simbólicas. Este estudio analiza la gestión de residuos domiciliarios desde una perspectiva social y cultural, explorando cómo estas prácticas cotidianas se entrelazan con los significados que los hogares construyen en su entorno, permitiendo un diálogo entre perspectivas de las ciencias medioambientales y las ciencias sociales.

En Chile, la ubicación de vertederos y basurales en áreas empobrecidas y la disparidad en el acceso a servicios de gestión de residuos reflejan patrones de desigualdad social y económica. Sin embargo, es fundamental analizar cómo estas estructuras se manifiestan dentro de las dinámicas domésticas, donde las familias toman decisiones sobre qué objetos conservar, reutilizar o desechar. Esta investigación permite comprender cómo estas prácticas están arraigadas en las estructuras culturales y sociales, desentrañando los significados y valores que las familias atribuyen a sus objetos y cómo estas acciones reflejan dinámicas de poder y desigualdad.

A partir del análisis desarrollado en este estudio, se identifican patrones y significados en torno a la gestión de residuos en los hogares de Puente Alto. Estos hallazgos contribuirán al desarrollo de iniciativas educativas, talleres u otras acciones que promuevan una mayor conciencia sobre el manejo de residuos. Al centrar la atención en los hogares de Puente Alto, se busca proporcionar herramientas prácticas y teóricas que visibilicen la importancia de los residuos como objetos cargados de significados culturales y sociales.

Por último, pero no menos importante, se observa que las investigaciones sobre gestión de residuos en Chile abordan principalmente aspectos vinculados a la distribución espacial, los riesgos ambientales y el urbanismo. Sin embargo, los enfoques que integran lo simbólico y cultural en el análisis de las prácticas cotidianas siguen siendo relativamente incipientes. Desde la Antropología, este estudio busca contribuir a la comprensión de estas dimensiones, incorporando la perspectiva de los hogares y explorando el modo en que sus prácticas se relacionan con el medioambiente, enfatizando los significados sociales y las estrategias locales.

Capítulo 3

3.1 Estado del arte

Esta investigación sobre la gestión de residuos en Puente Alto se fundamenta en una revisión bibliográfica que explora sus implicaciones socioeconómicas, culturales y estructurales. A partir de un enfoque antropológico, se analizan distintos estudios que abordan la relación entre los residuos y la construcción de identidad, las dinámicas de exclusión laboral, la resignificación material y las prácticas cotidianas en torno al manejo de desechos. El análisis que se presenta a continuación reúne aportes interdisciplinarios para establecer una base teórica y empírica que permita comprender cómo los residuos, lejos de ser meros desechos, configuran estructuras sociales y económicas fundamentales en distintas comunidades.

“(...) los trabajos que aquí se exponen no son ni los únicos ni todos los existentes, sino, mucho más modestamente, sólo los que he podido hallar y me ha parecido importante y pertinente hacer mención.” (Schamber, Pablo J. 2006, p.18)

3.1.1 Residuos y cultura: procesos de significación y exclusión

El siguiente apartado examina cómo la gestión de residuos refleja valores sociales, estructuras de poder y dinámicas culturales. Mediante una revisión que se desarrolla desde lo conceptual, comprendiendo la basura como constructo social, hasta lo más empírico, como son los casos específicos de exclusión y trabajo informal en torno a los residuos.

De esta manera se pretende establecer de parte de diversos autores que lejos de ser meros desechos, los residuos se convierten en marcadores identitarios que evidencian patrones de consumo y prácticas domésticas. Esto resulta especialmente relevante para comprender los patrones de consumo y las prácticas domésticas en contextos de desigualdad, aspecto central en la problemática de la comuna con tan altos índices de reciclaje como lo es Puente Alto, tema que aborda esta investigación.

Para comenzar, desde la antropología en México, se revisa a Mauricio Guzmán y Carmen Macías (2012) en “El manejo de los residuos sólidos municipales: un enfoque antropológico. El caso de San Luis Potosí, México”, donde comienzan argumentando que la identidad siempre debe estar enmarcada en una cultura establecida. Posicionando a la basura como un problema tanto del orden social como ambiental y que además es ineludible, destacan que “no significa que la basura esté desposeída de valor, todo lo contrario, la mercancía que es basura posee una valoración social y económica y en torno a ella se tejen complejas relaciones simbólicas y prácticas sociales” (Guzmán, & Macías, 2012, p. 240).

Esto es pertinente a la hora de pensar el contexto de Puente Alto, donde la falta de estrategias integradas en la gestión de residuos destaca la necesidad de un enfoque social que articule el valor simbólico de la basura con las prácticas de inclusión y la organización comunitaria. De esta manera este análisis resalta cómo la gestión de residuos es un reflejo de las motivaciones y conocimientos de la población, concluyendo que esta gestión no puede abordarse únicamente desde lo técnico, sino que debe contemplar un enfoque político social. Esto en base a como algunos sujetos desempeñan un papel clave en las dinámicas de negociación y resistencia que surgen en torno a la gestión de residuos.

Desde la perspectiva de Rafael Nevado (2008), en *¿Sociedad o Suciedad? Aportaciones desde la Antropología Aplicada* los residuos no son solo un problema ambiental, sino una manifestación de las dinámicas socioculturales y económicas que estructuran la vida cotidiana. Su análisis destaca cómo la gestión de la basura ha estado históricamente marcada por estrategias de ocultamiento, tanto a nivel individual como institucional, lo que ha permitido que el problema se mantenga fuera de la percepción pública. En este sentido, el autor enfatiza que:

los residuos son una consecuencia más de nuestra forma de vida y que hasta hace relativamente poco tiempo no se conocían: con poner la bolsa en la puerta o ‘barrer debajo de la alfombra’ solucionábamos el problema, obviando aquel principio de física que afirma que la materia no desaparece, sino que se transforma (Nevado, 2008, p. 191 –192).

En otras palabras, Nevado plantea que las prácticas de descarte se integran en circuitos de consumo, marginación y reutilización, evidenciando la vinculación de la producción de residuos con un modelo económico neocapitalista y la necesidad de reemplazar la economía lineal por un sistema circular. Esta perspectiva permite comprender cómo, en Puente Alto, las prácticas de descarte se insertan en circuitos de marginalidad, generando espacios que reflejan la falta de medidas de intervención efectivas en la organización urbana.

Por otro lado, la relevancia global del problema de los residuos se resalta en el estudio comparativo de Colombijn, F., Eckert, C., & Rial, C. (2020), quienes rastrearon la huella de la basura desde su producción hasta los lugares de desecho en el norte y sur global. Destacando que “Los residuos sólidos son un problema social global que cada día empeora” (Colombijn, F., et al. 2020, p. 5).

Las formas de abordar el problema de los residuos sólidos, que comúnmente llamamos basura, tienen el potencial de revelar las estructuras sociales que producen desigualdad al interior de los Estados Nacionales, así como patrones de consumo, donde los

residuos son significados como una distinción y prestigio social (Colombijn, F., et al. 2020, p. 5).

Este estudio subraya cómo las prácticas de gestión de residuos reflejan y perpetúan las desigualdades sociales.

En diálogo y complementándose con los planteamientos anteriores en Brasil, Damaris Rosabal (2016) en “Poder do Lixo – Abordagens antropológicas dos resíduos sólidos”, profundiza en la fluidez de la frontera entre lo que se considera residuo y lo que no, a través de enfoques simbólicos, ecología política, aproximaciones críticas y estudios sobre los modos de vida (Rosabal, 2016, p. 489). En diálogo con los planteamientos previos sobre la resignificación de los objetos, su análisis muestra, que las jerarquías sociales inciden en la construcción del valor de los materiales descartados, al revelar el proceso político mediante el cual los actores reubican su posición en un mercado excluyente.

De esta manera Rosabal aporta una perspectiva clave para comprender cómo la basura se inscribe en circuitos económicos y simbólicos que determinan no solo su aprovechamiento, sino también las relaciones de poder que regulan su circulación. En este sentido, su enfoque se entrelaza con los estudios previos que han problematizado la relación entre consumo, marginalidad y materialidad, mostrando que los desechos no son meros excedentes de producción, sino que además forman parte de una red de interacciones que impactan la organización social y económica de las comunidades

Diferenciándose y complementándose con lo que se menciona anteriormente en Rosabal (2016), Jiménez-Martínez (2023) ofrece una mirada que traspasa la noción de basura únicamente como residuo material. De esta forma, ambas perspectivas se complementan para ofrecer un marco analítico en el que la basura se configura tanto como producto del consumo masivo como reflejo de estructuras de exclusión y construcción de identidad en contextos urbanos con desigualdades evidentes. En su estudio sobre la basurología mexicana se evidencia que la basura actúa como un indicador revelador de las dinámicas de construcción de identidad, exclusión y desigualdad en las comunidades.

Mientras que Rosabal profundiza en la fluidez conceptual entre lo que es o no residuo, y en cómo esta resignificación se inserta en circuitos simbólicos y económicos, Jiménez-Martínez nos presenta un análisis de cómo, en México, ciertos grupos transforman los desechos en recursos, resignificándolos tanto en términos económicos como culturales. Al mismo tiempo, destaca la doble implicación de los residuos: en primer lugar, como producto del consumo masivo y, en segundo lugar, como reflejo de estructuras profundas de exclusión social. De esta forma, ambos enfoques se articulan para ofrecer un marco analítico que evidencia la basura no solo como el

resultado del proceso de consumo, sino también como un elemento que configura y revela relaciones de poder y construcción identitaria en las comunidades.

Reygadas (2008) aporta a estas teorizaciones al analizar cómo las clasificaciones sociales de lo "bueno" y lo "malo" refuerzan desigualdades, utilizando los conceptos de impureza y mancha. Citando a Douglas, señala que "lo sucio es lo que está fuera de lugar, lo que no corresponde con la estructura esperada" (Douglas en Reygadas, 2008, p. 13). Estas categorizaciones no son meramente morales, sino herramientas que organizan la sociedad y determinan exclusiones.

Por ejemplo, la manera en la que se organiza el espacio urbano en las ciudades muchas veces contempla que las zonas residenciales consideradas limpias o bien cuidadas, se encuentran bajo protocolos o acciones de mantenimiento, a la vez que son objeto de políticas públicas que tratan de preservar una imagen de algo puro. Mientras que por otro lado se encuentran las zonas marginales, que, por falta de recursos, fondos municipales o abandono institucional, terminan siendo etiquetadas como sucias o contaminadas, lo que ayuda a la estigmatización de quienes residen ahí.

Estas categorías de "pureza" e "impureza" no solo reflejan gustos o preferencias estéticas, sino que se afirman en la distribución desigual de recursos, servicios y oportunidades. De este modo, la mancha actúa como un marcador social que, al señalar lo que se considera fuera de lugar, justifica la exclusión tanto de espacios como de personas, perpetuando estructuras de desigualdad.

Para cerrar este apartado contamos con Sabina Dimarco (2011) quien aporta una visión sociohistórica sobre la clasificación de residuos en Argentina. En su estudio, examina "... la forma en que se piensa social y políticamente la cuestión de los desechos urbanos y cómo se perciben los grupos sociales que se vinculan con estos desechos, clasificando residuos como estrategia de subsistencia" (Dimarco, S. 2011, p. 1).

Su análisis permite entender cómo la gestión de residuos no solo ha variado en función de políticas municipales, sino que también ha sido moldeada por lógicas económicas y relaciones de poder, donde la clasificación de desechos se convierte en una práctica de adaptación ante la precarización laboral. De esta manera, su estudio contribuye a la comprensión de la basura no solo como un reflejo de estructuras materiales, sino como un espacio de agencia y resignificación social.

3.1.2 Materialidad y reutilización: resignificación de los residuos

A través de diversos estudios antropológicos, se evidencia cómo los residuos adquieren significados simbólicos y funcionales dentro de comunidades. Su reutilización no solo responde a dinámicas económicas, sino que también

fortalece identidades, genera pertenencia y permite la resignificación de lo descartado. Este apartado analiza cómo las prácticas de recuperación de materiales se convierten en estrategias de adaptación y construcción de valor social.

Continuando con los estudios en Argentina, tenemos el de Ana Pilar Pi Puig (2015) titulado “Algunas reflexiones en torno a la gestión de la basura en contextos de pobreza urbana a partir del estudio de caso en los barrios La Unión y El Mercadito (La Plata, Argentina)”. Este estudio presenta la coexistencia de circuitos de residuos recuperables, analizando los sistemas de reciclaje desde la perspectiva de los recicladores de base hasta su relación con dinámicas de segregación socioespacial propias del modelo centro-periferia. Pi Puig resalta cómo los recicladores de base operan dentro de un contexto de pobreza urbana, enfrentando desafíos relacionados con el acceso a recursos y la infraestructura adecuada para el manejo de residuos.

Pi Puig destaca que “uno de los aportes de estos trabajos es mostrar, en cada etapa, la trama de actores que se configuró en función de la política pública de gestión de residuos, y las articulaciones entre ellos” (Pi Puig, 2015, p. 6). A partir de su estudio, la autora muestra que la basura no es un elemento neutro, sino un espacio de construcción de significados donde intervienen diversos actores que, a través de sus prácticas cotidianas, transforman los desechos en recursos y generan formas específicas de valor.

Para complementar esta investigación se encuentra un enfoque más específico sobre los recicladores informales, donde Álvaro Sepúlveda Lara (2013) examina las condiciones laborales de estos trabajadores en su tesis de Antropología. Define este trabajo informal como;

(...) inserto en un flujo económico imperfecto, con imposibilidad de ser reconocido legalmente, imposibilidad de construir un equipamiento bajo todas las normas sanitarias, prejuicios sociales negativos por parte de la comunidad, uso de imagen verde para beneficio de organizaciones e instituciones relacionadas con el medioambiente (Sepúlveda, Á. 2013, p. 8).

Este análisis complementa al propuesto por Pi Puig y a su vez muestra cómo las condiciones laborales de los recicladores informales están marcadas por una serie de barreras y prejuicios que limitan su capacidad para mejorar sus condiciones de vida.

Para cerrar, con esta teorización desde los territorios argentinos, que son los más cercanos a o similares a el caso chileno que aquí se estudia, nos encontramos con Sebastián Carenzo (2011) que introduce el concepto de desfetichización y refetichización, profundizando en la resignificación social de los residuos dentro de una cooperativa de cartoneros en Buenos Aires. A través de un enfoque etnográfico, analiza cómo los objetos descartados

atraviesan distintos regímenes de valor, transformándose en mercancías que sostienen redes de intercambio y vínculos comunitarios.

En este proceso, los residuos dejan de ser simples desechos para convertirse en materiales simbólicamente densos, cuya apropiación y reutilización no solo generan valor económico, sino también identidad colectiva. Carenzo argumenta que la desfetichización permite reconocer el trabajo detrás de la recuperación de residuos, mientras que la refetichización refuerza la cohesión social entre quienes participan en estos circuitos, evidenciando que la basura no representa el final del ciclo productivo, sino un espacio de reconstrucción social.

3.1.3 Prácticas cotidianas en la gestión de residuos

La gestión cotidiana de los residuos no solo responde a necesidades prácticas, sino que también refleja significados culturales y formas de interacción social. A través de diversas prácticas cotidianas, desde el reciclaje doméstico hasta la autogestión comunitaria, los desechos adquieren nuevas funciones y valores dentro de distintos contextos. Esta visión resulta fundamental para entender las estrategias de adaptación que se evidencian en la vida diaria de las comunidades, aspecto central en la problemática que aborda esta investigación. De esta manera, el siguiente capítulo explora cómo las personas incorporan la basura en su vida diaria, ya sea como recurso, como marcador identitario o como parte de dinámicas de exclusión y adaptación.

Para comenzar la cultura del reciclaje desempeña un papel clave en la configuración de identidades contemporáneas. En *¿Quién gobierna la basura y el reciclaje?*, Hugo Chavolla Sánchez (2023) analiza desde México cómo esta cultura introduce marcadores identitarios, influyendo en los estilos de vida y las percepciones de quienes participan en ella. Destacando que:

La concientización social y la opinión pública cumplen un papel importante en la adquisición de nuevos hábitos; el hecho de que los jóvenes en las ciudades prefieran un estilo de vida por encima de otro que consideran contaminante, es producto de una serie de campañas en torno al reciclaje que fomenta el consumo responsable (Chavolla Sánchez. 2023, p. 6).

Esta observación se conecta con la idea de que la integración del reciclaje en la rutina diaria no solo se genera por iniciativas de carácter educativo, sino que también configura una identidad colectiva orientada hacia el consumo responsable y la reducción del desperdicio.

A partir del análisis de sistemas de reciclaje en México y su comparación con modelos en Alemania, Noruega y Suecia, el autor enfatiza el impacto de las campañas educativas en la normalización de prácticas sostenibles, evidenciando cómo el reciclaje se incorpora a la rutina diaria como una estrategia de adaptación y regulación ambiental. Este aporte permite

comprender que la cultura del reciclaje, al integrarse en distintos contextos, articula dimensiones tanto económicas como simbólicas en la vida urbana.

Este tipo de investigación comparativa permite realizar un trabajo mucho más extrapolable a otras sociedades, por lo que para poder comprender cómo se realizan estas comparativas dentro de un mismo territorio, aparecen otros tipos de comparativas que amplían esta discusión, evidenciando diferencias en la gestión de residuos según el contexto urbano o rural. En la investigación de Olga Brednikova y Olga Tkach (2008), su investigación llamada *Aldea sucia y ciudad llena de basura: prácticas cotidianas de manejo de residuos en distintas comunidades*, las autoras examinan cómo los residuos no solo son un problema ambiental, sino también un fenómeno social y cultural. A través de observación participante y entrevistas, reconstruyen el significado que las comunidades atribuyen a la basura en distintos contextos.

Para realizar esta investigación estas autoras se preguntan ¿Cómo las prácticas cotidianas de manejo de residuos reflejan estructuras sociales y diferencias culturales? Analizando a habitantes de aldeas rurales y ciudades rusas, preocupándose de sus hábitos de descarte y reutilización, sin el énfasis medioambiental presente en otros estudios como el de Chavolla.

Se llega a la conclusión de que, en determinados hogares, los objetos no son desechados de inmediato, sino que atraviesan múltiples transformaciones antes de considerarse basura. Brednikova & Tkach (2008) destacan que “En un hogar de pueblo, entre el nacimiento y la muerte, cada objeto vive hasta diez vidas, cambiando, creciendo o menguando, migrando del armario al jardín, del jardín a la cocina, etc.” (p. 343). Este proceso revela que el manejo cotidiano de residuos no se limita a la eliminación de lo innecesario, sino que en algunos casos implica una prolongación del ciclo de vida de los materiales, resignificando su utilidad en distintos momentos y espacios. Así, lo que en un contexto urbano se desecha rápidamente, en un entorno rural se reutiliza, adaptándose a nuevas necesidades y evitando su conversión inmediata en desperdicio.

Por otro lado, la subcultura *freegan* en Australia, explorada por Edwards y Mercer (2007) en *Gleaning from Gluttony: an Australian youth subculture confronts the ethics of waste*, muestra cómo el activismo en torno al manejo de residuos puede convertirse en un componente central de la identidad juvenil, lo que muestra cómo en la ciudad se genera un enfoque más centrado en lo medioambiental, debido al contexto de consumo y desecho de las urbes. Este movimiento busca reducir el desperdicio de alimentos y adopta un enfoque activista, formando redes de apoyo y difundiendo sus ideas. Describen a los participantes como;

Las personas que se sienten atraídas por Dumpster Divers y Food Not Bombs son predominantemente hombres, de entre 20 y 30 años, de

clase media con un alto nivel educativo. Tienen fuertes convicciones ideológicas y basan sus elecciones de estilo de vida, como la dieta y la carrera profesional, en criterios éticos. Por ejemplo, los freegans consideran dónde y cómo se producen sus alimentos en términos de preocupaciones ambientales y humanitarias, y muchos de los encuestados dedicaron gran parte de su tiempo al activismo (Edwards, F., & Mercer, D. 2007, p. 283).

Esto demuestra cómo la gestión de residuos y la lucha contra el desperdicio pueden integrarse en las vidas de los individuos, moldeando sus identidades y prácticas cotidianas.

En contextos aún más desafiantes, como el de Pakistán, Yousafzai et al. (2020) presentan una investigación sobre los recicladores accidentales en "*Sustainability of waste picker sustainopreneurs in Pakistan's informal solid waste management system for cleaner production*". Estos recicladores, en su mayoría refugiados, adoptan el reciclaje como medio de subsistencia, enfrentando estigmatización y exclusión. Los autores indican "Que la relación de los emprendedores sostenibles con la basura se asemeja a la afición de una polilla por las luces brillantes, a pesar del hecho de que la propia vida de la polilla está en juego" (Yousafzai, M. et al. 2020, p.19), esto debido a la peligrosidad del manejo de residuos. Mediante la teoría de la construcción social, concluyen que

A través de la lente de la teoría de la construcción social, los datos concluyeron que estas personas están estigmatizadas y excluidas de la sociedad dominante debido a lo indeseable de su trabajo de limpieza en países musulmanes como Pakistán (Yousafzai, M. et al. 2020, p.19).

Este estudio pone de relieve cómo las prácticas de reciclaje están imbuidas de significados sociales y económicos que afectan profundamente la vida de los individuos involucrados.

En países asiáticos nos encontramos con Aleluia y Ferrão (2016) quienes analizan las prácticas de gestión de residuos urbanos en países asiáticos en desarrollo, proponiendo un marco analítico que considera la composición de los desechos y las dimensiones urbanas. Su estudio destaca cómo las estrategias de manejo de residuos varían según factores como la densidad poblacional, la infraestructura disponible y las dinámicas económicas locales. A través de esta caracterización, los autores evidencian que la gestión de residuos no es solo un desafío técnico, sino también un fenómeno social que refleja desigualdades estructurales y patrones de consumo. Esta comparación refuerza la idea de que, independientemente del contexto geográfico, las prácticas cotidianas en torno al manejo de residuos constituyen un indicador de las condiciones socioeconómicas y culturales que configuran la vida en las ciudades.

Por último, Carenzo y Míguez (2010), vuelven a traer la discusión a tierras más cercanas al analizar las prácticas cotidianas dentro de las cooperativas² de cartoneros en Argentina, explorando cómo la autogestión transforma la dinámica del trabajo con residuos. En su estudio “De la atomización al asociativismo: reflexiones en torno a los sentidos de la autogestión en experiencias asociativas desarrolladas por cartoneros”, los autores destacan cómo las rutinas de recuperación, clasificación y comercialización de materiales reciclables configuran formas de organización colectiva.

Lejos de la visión que presenta este trabajo como individualista y precarizado, su investigación evidencia que las prácticas diarias dentro de las cooperativas refuerzan la solidaridad y el apoyo mutuo, convirtiéndose en estrategias fundamentales para la subsistencia y la generación de valor dentro de estos circuitos. Esta perspectiva complementa los aportes previos al sugerir que el manejo cotidiano de residuos, en tanto práctica de autogestión y alianza, no solo satisface necesidades materiales, sino que además facilita la construcción de vínculos comunitarios sólidos.

3.2 Marco teórico

Materialidad y significado: la agencia de los objetos desechados

El estudio de la resignificación de los objetos en contextos específicamente urbanos es importante porque es en estos espacios, en los que los procesos de resignificación de los objetos están moldeados por la densidad social, la dinámica de interacción, la movilidad y la estructura de configuración espacial de la ciudad, lo que nos invita a reflexionar sobre la cultura material no solo como un conjunto de artefactos, sino como una red compleja de agencias y procesos sociales.

En los últimos años, la antropología de la materialidad ha cobrado mayor relevancia, destacando cómo los objetos no son elementos pasivos, sino que participan activamente en la construcción de identidades y dinámicas comunitarias. En este punto, el concepto de agencia de Daniel Miller (2005) refuerza lo planteado por Moreyra y Alves Mateus Ventura (2020), quienes señalan que “el vínculo entre cosas y personas viene cobrando, desde hace algunas décadas, notoria relevancia en el campo de la investigación social, en general, e histórica, en particular” (p. 2).

Desde esta perspectiva, los residuos y los objetos descartados en la ciudad no pueden ser entendidos únicamente desde su función utilitaria o económica. Más bien, forman parte de un entramado de significados que estructuran las relaciones sociales y los imaginarios urbanos. Situar esta investigación dentro de los debates contemporáneos sobre cultura material y

² Asociaciones voluntarias y autónomas de personas que se unen para satisfacer necesidades económicas, sociales y culturales.

agencia permite analizar cómo los objetos, lejos de desaparecer tras su descarte, continúan moldeando el entorno, las percepciones colectivas y las interacciones dentro de la ciudad.

Como señala Bruno Latour (2008), los elementos materiales no pueden entenderse como receptores pasivos, sino como agentes que participan activamente en la producción social. Su enfoque de la teoría del actor-red propone que tanto humanos como objetos forman parte de redes híbridas de acción, donde cada componente influye en los vínculos y las decisiones que estructuran la vida cotidiana. En el contexto urbano de Puente Alto, los residuos y los objetos desechados no solo acompañan las prácticas domésticas, sino que también las organizan, incomodan, activan rutinas, imponen gestos. Su presencia configura relaciones, y en ese sentido, la agencia está distribuida entre quienes habitan el espacio y aquello que presiona desde lo material.

En esta línea, autores como Miller, Appadurai y Douglas desarrollan enfoques complementarios y, en algunos casos, contrastantes sobre la circulación y resignificación de los objetos. En los siguientes apartados, profundizaremos en estas teorías sobre materialidad, consumo y agencia. A través de estos enfoques, podremos comprender cómo los residuos de las familias de Puente Alto no solo reflejan dinámicas económicas y ambientales, sino también generan configuraciones simbólicas que determinan qué objetos merecen ser conservados y cuáles son expulsados del orden social.

De esta manera la antropología de la materialidad y el materialismo simbólico son enfoques esenciales para comprender las interacciones entre las prácticas humanas y los objetos materiales. Lejos de ser meros desechos, los objetos poseen una carga simbólica y social significativa. Daniel Miller (2005) explora la relación entre las personas y los objetos físicos, sugiriendo que la materialidad es la relación que desarrollan las personas con los objetos, integrando profundamente los materiales en la vida social y cultural.

Según Miller, los objetos tienen agencia, influyendo en las relaciones humanas y las estructuras simbólicas. No solo reflejan ideas; constituyen y transforman la sociedad. Las personas se identifican y se relacionan a través de los artefactos que poseen, utilizan y desechan. Miller establece que la categoría más pequeña para definir los materiales es 'artefactos', "Pero esta definición rápidamente se quiebra cuando consideramos el amplio alcance de la materialidad, lo efímero, lo imaginario, lo biológico y lo teórico: todo lo cual podría ser externo a la simple definición de un artefacto" (2005, p. 3).

Daniel Miller (1987) en *Material culture and Mass consumption* plantea que el consumo no debe entenderse únicamente como un acto económico, sino como un proceso cultural en el que los objetos adquieren significados simbólicos y participan en la construcción de identidades sociales. Esto es clave para comprender cómo los habitantes de Puente Alto resignifican los

residuos urbanos, transformándolos en elementos con nuevos valores dentro de sus prácticas cotidianas. En este sentido, los bienes no solo reflejan la cultura material de una sociedad, sino que también contribuyen a estructurar relaciones de poder, pertenencia y exclusión (Miller, 1987).

La resignificación de los objetos desechados no solo responde a dinámicas económicas o ecológicas, sino que también se inscribe en el ámbito de las prácticas cotidianas, donde el consumo no es una acción pasiva, sino una forma de producción secundaria que se esconde detrás de los procesos de utilización. Como plantea De Certeau (1990):

hace falta analizar su manipulación por parte de los practicantes que no son sus fabricantes. Solamente entonces se puede apreciar la diferencia o la similitud entre la producción de la imagen y la producción secundaria que se esconde detrás de los procesos de su utilización (p. XLIII).

Es decir, los objetos desechados no desaparecen del entramado social, sino que son apropiados y transformados según las necesidades y códigos culturales de quienes los reutilizan. En el contexto urbano de Puente Alto, esta apropiación cotidiana de los residuos puede entenderse como una táctica de resistencia, en línea con lo planteado por De Certeau (1990), quien destaca cómo las prácticas cotidianas pueden subvertir las estructuras de poder.

Al reapropiarse de materiales descartados, los habitantes reconfiguran su significado y los insertan en nuevas redes de uso y valor, demostrando que el descarte no implica necesariamente la desaparición del objeto, sino su transformación en función de necesidades y códigos comunitarios. Lejos de reproducir mecánicamente la lógica del consumo, estas prácticas revelan una capacidad creativa de adaptación dentro de un sistema dominante, resignificando lo que oficialmente ha sido clasificado como desecho.

Si los objetos poseen una 'vida social', como sugiere Appadurai (1991), los residuos representan la etapa de su descarte, un punto en el que dejan de tener valor dentro de un sistema de consumo. Sin embargo, este descarte no es absoluto. En contextos urbanos como Puente Alto, los objetos desechados pueden ser resignificados y reincorporados mediante prácticas informales de reciclaje y recuperación, revelando que la basura no solo obedece a una lógica utilitaria, sino también a una dinámica simbólica y estructural dentro del tejido social. Desde esta perspectiva, los residuos urbanos no pueden ser entendidos como materia inerte, sino como elementos que continúan formando parte de un entramado de significados y relaciones

De esta manera, la relación entre las personas y sus posesiones no se limita a la funcionalidad de los objetos, sino que está profundamente ligada a la construcción de identidad y afectividad. Miller (2001) señala que los bienes

materiales no solo reflejan quiénes somos, sino que también nos moldean, influyendo en nuestras emociones y relaciones sociales-

En su análisis, destaca que “Los objetos llegan a representar a personas y relaciones, y adquieren así una cualidad fetichista” (Miller, 2001, p. 116), lo que sugiere que los objetos no solo poseen un valor material, sino que también están investidos de significados afectivos y sociales. Esta idea se entrelaza con la noción de biografía de los objetos en Appadurai (1991), quien plantea que los bienes adquieren valor dependiendo de su circulación y contexto de uso. Así, el descarte de un objeto no implica su desaparición del entramado social, sino su tránsito hacia nuevas relaciones y significaciones.

En este sentido, el fetiche en este contexto no implica una atribución irracional o mística, sino que se refiere a cómo los objetos adquieren un significado que va más allá de su uso inmediato, cristalizando relaciones humanas, historias familiares y valores compartidos. Así, los bienes materiales no son meramente cosas, sino representaciones concretas de vínculos sociales que estructuran la vida cotidiana.

En línea con esta perspectiva, Tim Ingold (2014) introduce la noción de ‘materialidad en flujo’, cuestionando las visiones estáticas sobre los materiales dentro de la antropología. Para Ingold, los materiales participan activamente en los procesos de creación y regeneración de interacciones humanas, sociales y naturales, destacando que ningún objeto permanece inmutable en el tiempo. “A pesar de los mejores esfuerzos de conservadores y conservacionistas, ningún objeto dura para siempre. En el largo plazo, los materiales siempre, e inevitablemente, le ganan a la materialidad” (Ingold, 2014, p. 31).

Por lo tanto, la atención se desplaza hacia los objetos en sí mismos, que adquieren significado a través de su uso y transformación continua. Las cosas cobran vida al trascender su mera existencia física, adquiriendo significados en su interacción con las personas y el contexto social. Este proceso implica que la relación entre humanos y objetos es dinámica, donde cada objeto, al ser utilizado, se convierte en un símbolo cargado de significados.

Esta idea se complementa con lo planteado por Arnold J. Bauer (2002), quien se plantea la pregunta: ¿Por qué las personas y grupos sociales adquieren las cosas que adquieren? Para esta investigación, la pregunta se transforma en: ¿Por qué las personas y grupos sociales desechan las cosas que desechan? Su tesis central es que los bienes consumidos por la gente contribuyen en las definiciones identitarias, ya sean étnicas, culturales o de clase: ‘Somos lo que compramos’ (Bauer, 2002).

Desde esta óptica, el análisis se orienta hacia cómo los patrones de consumo y descarte han moldeado la identidad cultural y social en distintas

comunidades. Los objetos materiales no pueden entenderse únicamente como bienes económicos, sino como símbolos cargados de significados que revelan las aspiraciones, valores y posiciones sociales de quienes los utilizan o los rechazan. Esta perspectiva invita a explorar cómo la adquisición y el descarte de bienes participan activamente en la configuración de la identidad, subrayando la dimensión simbólica inherente a los procesos de consumo (Bauer, 2002).

Appadurai (1991) amplía esta perspectiva al introducir la idea de las 'vidas sociales' de los objetos, cuyo valor se construye dentro de las relaciones sociales y culturales. Los objetos adquieren significado a medida que participan en intercambios y pueden perder o ganar valor según su contexto. Esta noción se entrelaza con la idea de biografía de los objetos: los bienes tienen una trayectoria o vida social que varía de acuerdo con su circulación y apropiación. En este proceso dual, los objetos pueden perder su valor y ser descartados, pero también pueden ser reincorporados al sistema de significación, demostrando que el descarte no es un punto final, sino un tránsito que abre nuevas posibilidades de uso y reinterpretación.

Los objetos adquieren agencia, influyendo en las interacciones sociales y en las relaciones entre las personas. Igor Kopytoff (1986) refuerza la idea de que los objetos no solo se producen materialmente, sino que también se 'marcan' culturalmente. "Desde una perspectiva cultural, la producción de mercancías es también un proceso cultural y cognitivo: las mercancías no sólo deben producirse materialmente como cosas, sino también marcarse culturalmente como un cierto tipo de cosa" (Kopytoff, 1986, p. 64). Esta perspectiva permite comprender que los objetos atraviesan distintas etapas en su biografía cultural, transformándose y adquiriendo significados diversos según el contexto.

Desde esta mirada, los residuos representan la etapa de descarte dentro de la vida social de los objetos, como señala Appadurai (1991). Sin embargo, este descarte no es absoluto. En contextos urbanos como Puente Alto, los objetos desechados pueden ser resignificados y reincorporados mediante prácticas informales de reciclaje y recuperación, evidenciando que la basura no solo obedece a una lógica utilitaria, sino que también está atravesada por dinámicas simbólicas dentro del tejido social. Este tránsito entre descarte y reutilización refuerza la idea de que los objetos poseen agencia, moldeando su entorno incluso después de haber sido oficialmente eliminados del circuito de consumo.

Mary Douglas, antropóloga británica de amplia influencia en los estudios culturales y sociales, ofrece una perspectiva clave para comprender los residuos no solo como desechos materiales, sino como elementos cargados de significado. Su obra conecta la dimensión simbólica del consumo, el valor social de los objetos y las estructuras clasificatorias que sostienen el orden cultural. En esta investigación, sus ideas son fundamentales para

articular las perspectivas de la antropología urbana, la materialidad y la ecología política, permitiendo pensar los residuos como una categoría cultural y socializada.

Uno de sus aportes fundamentales se encuentra en *Pureza y peligro* (1986), donde Douglas critica las concepciones puramente higiénicas de la suciedad. Para la autora, la contaminación no es un hecho objetivo ni universal, sino una construcción cultural: aquello que es considerado sucio o fuera de lugar depende del sistema simbólico de una sociedad. Así, la impureza no remite solo a lo insalubre, sino que representa una transgresión a los esquemas clasificatorios que organizan el mundo. “La suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe solo en el ojo del espectador” (Douglas, 1986, p. 14).

Douglas plantea que las sociedades se sostienen mediante un sistema de clasificación simbólica que da sentido a la experiencia. Desde esta lógica, los residuos no son simplemente restos, sino materias que han sido expulsadas del sistema porque ya no encajan en él. En este punto, su visión dialoga con la biografía de los objetos de Kopytoff (1986) y Appadurai (1991): la basura marca el límite entre lo que pertenece al orden social y lo que queda excluido, pero esta exclusión no es definitiva, ya que los materiales pueden ser resignificados por distintos actores urbanos.

En contextos urbanos como Puente Alto, los desechos no solo representan un problema material o logístico, sino que también remiten a un desajuste simbólico. Lo que se considera basura refleja normas culturales y sistemas de exclusión. La basura, en tanto signo de lo desechable, también revela qué espacios y sujetos pueden ser descartados, cómo ciertos territorios son estigmatizados, y de qué manera las desigualdades estructurales se reflejan en el consumo y el descarte.

El vínculo entre limpieza, poder y control es central en el pensamiento de Douglas. Como ella misma señala, “ciertos valores morales se sostienen y ciertas reglas sociales se definen gracias a las creencias en el contagio peligroso” (Douglas, 1986, p. 17). En este sentido, los residuos se convierten en marcadores simbólicos que contribuyen a mantener la cohesión del orden social, al mismo tiempo que marginan lo que no encaja en dicho orden. Esta mirada se complementa con el análisis de Appadurai (1991) sobre la trayectoria de los bienes, mostrando cómo el descarte forma parte de un proceso de resignificación dentro del sistema de valores urbanos.

Este marco simbólico se vincula con la perspectiva de Douglas sobre el consumo en el mundo de los bienes, junto a Baron Isherwood (1990). Allí, los autores sostienen que los bienes materiales no deben ser pensados únicamente como satisfactores de necesidades, sino como sistemas de comunicación cultural. En este sentido, los residuos pueden interpretarse como elementos que reflejan y refuerzan jerarquías sociales: lo que se

conserva y lo que se descarta responde a estructuras simbólicas profundamente arraigadas.

En Puente Alto, las diferencias en los patrones de consumo y descarte reflejan desigualdades estructurales, y los objetos desechados funcionan como indicadores simbólicos de esas jerarquías. Las representaciones sociales vinculadas a la basura no solo afectan la gestión urbana, sino que contribuyen a la reproducción de estigmas territoriales y sociales.

Douglas e Isherwood sostienen que el consumo refuerza las relaciones dentro de una comunidad, actuando como un elemento cohesionador. En Puente Alto, los patrones de consumo y descarte estructuran narrativas colectivas sobre lo aceptable y lo inaceptable. Las prácticas informales de reciclaje no solo tienen un impacto ambiental, sino que también constituyen una forma de negociar simbólicamente las jerarquías sociales y económicas.

Además, la perspectiva de Douglas se conecta con la antropología de la materialidad y con autores como Daniel Miller y Arjun Appadurai, quienes desarrollan la idea de la 'vida social de los objetos'. El hecho de que los bienes tengan trayectorias y significados múltiples refuerza la idea de que los residuos pueden pensarse desde su biografía, como propuso Kopytoff (1986). Este diálogo interdisciplinario fortalece la comprensión del consumo como un proceso social en el que los objetos 'hablan' y donde el acto de desechar forma parte de una narrativa colectiva.

Finalmente, Douglas también contribuye al análisis de las desigualdades, mostrando que los sistemas clasificatorios que definen lo limpio y lo sucio, lo valioso y lo descartable, lo central y lo marginal, están atravesados por relaciones de poder. Las formas en que ciertos sectores urbanos son asociados con la basura no responden solo a condiciones materiales, sino también a imaginarios contruidos que refuerzan estigmas y legitiman desigualdades.

3.3 Marco metodológico

3.3.1 Enfoque de la investigación

Esta investigación se llevó a cabo desde un enfoque cualitativo, orientado a reconocer y comprender en profundidad las experiencias, significados y formas de relacionarse que las personas construyen en torno a los residuos y sus entornos cotidianos. Para lograrlo, emplee técnicas como entrevistas en profundidad, observación participante y revisión de fuentes secundarias, permitiendo acceder a narrativas complejas y situadas que expresan la relación entre prácticas domésticas, vínculos comunitarios y memorias materiales.

Además, como entrada al campo se empleó una encuesta que permitió identificar patrones y tendencias generales entre quienes la contestaron. Estos resultados facilitaron el desarrollo de las entrevistas, ya que produjeron un marco en el que generar la pauta de entrevista, lo que permitió profundizar en los aspectos simbólicos y culturales de las prácticas comunales.

Como menciona Hernández-Sampieri, Fernández-Collado y Baptista-Lucio (2014), “En la indagación cualitativa poseemos una mayor riqueza, amplitud y profundidad de datos si provienen de diferentes actores del proceso, de distintas fuentes y de una mayor variedad de formas de recolección” (p. 417), lo cual refuerza la pertinencia de combinar estas técnicas en el contexto de este estudio, privilegiando la triangulación de los datos.

Esta investigación adopta una estrategia metodológica etnográfica, entendida como “un viaje al corazón de lo invisible. A través de sus hallazgos, procura reconfigurar el rostro de las muchas humanidades enrevesadas en los procesos vivientes y contribuir a enanchar los márgenes posibles del ser humano” (Skewes, J, 2018, Pág. 13). El trabajo de campo, como estrategia etnográfica, se posiciona como una herramienta clave para explorar y comprender los fenómenos culturales y sociales. En este estudio, mi inserción en los espacios cotidianos y las dinámicas de los participantes me permitió no solo observar las prácticas directamente, sino también contextualizarlas dentro de un marco cultural más amplio. Como lo señala Oehmichen Bazán (2014).

El trabajo etnográfico es una herramienta versátil y eficaz tanto para plantear nuevas preguntas de investigación, como para responder a las viejas interrogantes [...]. Se trata de un sujeto que es restituido como el elemento central en toda investigación etnográfica (p. 13).

Este enfoque asegura que las voces y experiencias de las personas estudiadas sean centrales para la construcción de conocimiento. Esta etnografía la desarrollé entre agosto de 2024 y junio de 2025, con la comunidad de Puente Alto, donde convine estrategias cualitativas, para poder ir sorteando las complicaciones que suelen surgir en los terrenos de corta duración.

Se trabajó con 7 hogares (H1, H2, H3, H4, H6, H8, H10), que tuvieran diversidades nucleares, ya fueran dos personas o más y además presentaran una relación con el manejo de los residuos variada. Donde el trabajo de campo

estaba mediado por las necesidades de cada familia, permitiendo observar a algunas en sus hogares y a otras en sus trabajos.

3.3.2 Técnicas e instrumentos de recolección de datos

Encuesta estructurada

Las técnicas empleadas en la recolección de datos fueron cuatro, partiendo por la encuesta estructurada mediante Forms de Google³, nombrada identidades de desecho⁴, fue aplicada entre el día 28 de octubre de 2024 y el 1 de marzo de 2025, con el objetivo de identificar patrones de descarte y percepciones generales sobre la gestión de residuos. Se plantearon 35 preguntas, categorizadas en biográficas, de ubicación y prácticas cotidianas, cerrando con preguntas en profundidad sobre percepciones. Primero se probó con 5 personas y luego se adaptó lo que dificultaba su respuesta, así se logró difundir mediante redes sociales a vecinos de la comuna.

Para este reclutamiento se compartió una imagen con código QR, indicando el porqué de la encuesta y que se tardarían en responderla 15 minutos. Esta imagen fue compartida por grupos de vecinos, noticieros locales y personas independientes. Se recibieron 61 respuestas de manera anónima y estas se sistematizaron en Excel, con codificación por categorías emergentes. La información obtenida a partir de esta técnica permitió orientar el desarrollo de las entrevistas en profundidad y la observación participante, al revelar dimensiones clave que requerían mayor exploración.

Lejos de ser un mero instrumento cuantitativo aislado, la encuesta funcionó como un punto de partida metodológico, que facilitó una triangulación de datos, permitiendo contrastar las tendencias identificadas, con las narrativas y prácticas cotidianas de los participantes de las entrevistas. Siguiendo lo planteado por Aleluia & Ferrão (2016), el uso de encuestas en estudios sobre gestión de residuos urbanos ayuda a contextualizar las prácticas dentro de dinámicas

Figura 7 Flyer de convocatoria a la encuesta “Identidades de desecho” en Puente Alto (marzo 2025). Elaboración propia.



Nota: volante difundido en grupos comunitarios de WhatsApp

³ <https://forms.gle/cPcDF5Q6XruYkgFh7>

⁴ El nombre “Identidades de desecho” fue propuesto en instancias preliminares del trabajo de campo para facilitar la participación desde una perspectiva crítica y simbólica del residuo.

sociales y económicas más amplias, ofreciendo una base empírica que profundiza la comprensión etnográfica del fenómeno.

Tabla 1 Caracterización de la muestra de la encuesta

Característica	Parámetro	Detalle ejemplo
Tamaño muestral	N	61 participantes
Género	Femenino / Masculino / Otro	65 % / 30 % / 5 %
Edad	Rango / Media	15–78 años (Media: 34)
Nacionalidad	Principal	90 % chilenos, 10 % otros
Residencia en Puente Alto	Sí / No	100 % vivían o vivieron en la comuna
Distribución por sector	Centro, Bajos de Mena, etc.	Centro 25 % / Bajos de Mena 20 % / ...
Ocupación	Estudiante, Trabajador, etc.	Estudiante 30 % / Tiempo completo 25 % / ...
Nivel educacional	Básica, Media, Universitaria	Media completa 40 % / Univ. 35 % / ...
Frecuencia de reciclaje	Sí / No	78 % recicla regularmente
Conocimiento de puntos limpios	Sí / No	48 % conocen puntos limpios
Días de paso del camión recolector	Lunes–Domingo	Mié 60 % / Vie 45 % / Sáb 30 %

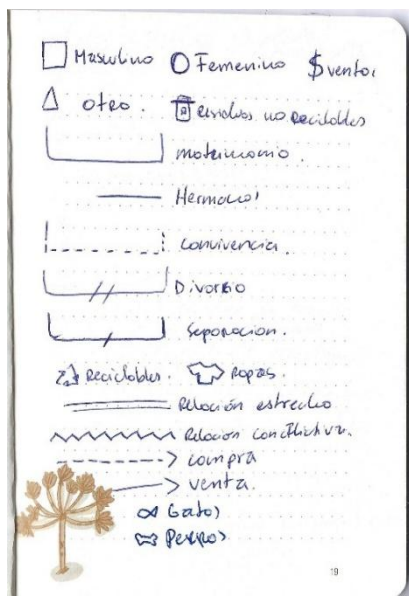
Nota. La tabla resume las principales características de la muestra (N = 61) en términos de género, edad, nacionalidad, residencia en Puente Alto, distribución por sector, ocupación, nivel educacional, frecuencia de reciclaje, conocimiento de puntos limpios y días de paso del camión recolector.

Entrevistas en Profundidad

Se continuó con las entrevistas en profundidad a 7 hogares, basadas en una pauta construida a partir de los resultados de la encuesta, entre abril y junio de 2025; cada entrevista tuvo una duración promedio de 45–60 minutos y se realizó en el domicilio de los participantes. La pauta de entrevista semiestructurada abarcó cuatro ejes principales, partiendo por una caracterización biográfica del hogar, continuando con preguntas sobre las prácticas dentro del mismo, seguido por los significados en torno a estas prácticas y terminando con preguntas sobre valorización ambiental, todo esto con base en los tres objetivos planteados en la problematización.

Estas entrevistas son entendidas como una conversación en la que surgen “preguntas de forma natural, adaptada a los sujetos y las condiciones del contexto. Una importante característica de esta forma de realizar una entrevista radica en su flexibilidad. Los entrevistados tienen la libertad de explayarse” (Garrido, N. s.f. p. 4), por lo que este tipo de entrevistas son empleadas para llegar a datos poco difundidos y también para acceder a las percepciones de los actores involucrados.

Figura 8 Simbología empleada en los genogramas



Nota. Elaboración propia basada en los estándares oficiales de genogramas, que muestra los símbolos utilizados para representar género, eventos, tipos de relaciones y categorías

A partir de los relatos que recolecté durante el proceso, construí genogramas temáticos como herramienta visual para mapear decisiones familiares, vínculos afectivos y dinámicas sociales. Estos diagramas me permitieron integrar elementos estructurales y funcionales de cada sistema familiar, añadiendo capas narrativas y simbólicas que revelan cómo se decide qué conservar y qué desechar en contextos marcados por precariedad, desigualdad urbana y afectos cruzados.

Siguiendo el enfoque propuesto por Suárez Cuba (2010), construí estos diagramas temáticos desde una lógica visual que no se limita a registrar vínculos familiares, sino que permite representar “la estructura familiar como un grupo, con una historia, límites, jerarquía, alianzas internas y externas con el ambiente social” (p. 56). Esta perspectiva me facilitó identificar patrones transgeneracionales y territoriales en torno al valor y el descarte, reconociendo que estos registros no son estáticos sino narrativos. Presentados a continuación;

Tabla 2 Caracterización de los hogares etnográficos en Puente Alto

Hogar	Sector	Composición familiar	Tipo de vivienda	Prácticas clave	Actor central	Categoría emergente
H1	Cerca centro comercial	Madre (profesora) + hijo	Casa con patio pequeño	Separación vidrio/plástico → punto limpio	Alejandra	Institucional / Pedagógica
H2	San Pedro, límite con Pirque	Madre + hijo adulto + abuela	Casa con patio grande	Textiles → muñecas recicladas → ferias	Jane	Comunitaria / Creativa
H3	Límite con la Florida	Madre + pareja + Juliana + pedro + abuela	Casa con patio	Reutilización frascos → donación de ropa	Madre	Doméstica / Adaptativa
H4	Lomas de Eyzaguirre	Padres + dos hijas	Condominio	Donación de ropa y cartón → reutilización	Elsa	Afectivo / Conservador
H6	Bajos de Mena	Madre, padre + 2 hijos	Vivienda social	Reciclaje textil formal (Vestua)	Nicole	Institucional / Estético-afectiva
H8	Gabriela	Multigeneracional (5 pers.)	Casa con patio histórico	Reciclaje mixto + compostaje por TOC	Fabiola	Psicosocial / Técnico-doméstica
H10	El Peñón	Madre + pareja + 2 hijos	Condominio	Circulación barrial (botellas, ropa, muebles)	Adela	Comunitaria / Pragmática

Nota. Se presentan los siete hogares etnográficos (H1, H2, H3, H4, H6, H8 y H10) con sus principales rasgos: sector comunal, composición familiar, tipo de vivienda, prácticas de gestión de residuos, actor central y categorías emergentes.

Observación participante

En coherencia con el enfoque cualitativo de esta investigación, se consideró la observación participante como una herramienta metodológica complementaria, aunque su aplicación fue acotada debido a que muchos hogares se mostraron reacios a permitirme acompañarlos en tareas tan íntimas como sacar la basura, por temor a exponerse o ser juzgados en sus hábitos domésticos.

Dado que soy habitante de la comuna de Puente Alto, no fue necesario un período de inmersión continuo, más bien opté por realizar acercamientos puntuales en momentos clave, visitando distintos barrios para captar cómo se gestionan y distribuyen los residuos en la comuna. Si bien esta técnica no fue central en el trabajo de campo, aportó elementos valiosos para conectar ciertos discursos con sus escenarios concretos. Tal como plantea Oehmichen Bazán (2014), incluso en formatos más breves, la observación etnográfica posibilita captar los procesos sociales “en los que el investigador se transforma”, ya que no observa desde fuera, sino desde una implicación situada (p. 17). En la misma línea se empleó la observación flotante, que:

Se trata de una técnica centrada en estar disponible, no enfocar la atención en un objeto preciso, sino al contrario, dejarla «flotar» para que no haya filtro, no haya a-priori hasta que aparezcan algunos puntos de referencia y de convergencia, en los que se encuentren ciertas reglas subyacentes (Moreno, 2015, p. 7).

3.3.3 Criterio de selección de informantes:

Los sujetos de esta investigación fueron adultos, jóvenes y familias residentes en Puente Alto, tanto quienes participan activamente en iniciativas relacionadas con la gestión de residuos como quienes no lo hacen. La selección de la encuesta y las entrevistas se basó en la idea de que la relación con los residuos no es una práctica especializada, sino parte de la vida cotidiana de cualquier hogar. Por eso no se buscó solo la voz experta, sino una variedad de experiencias situadas que permitieran comprender distintas formas de habitar, significar y resolver lo que se desecha.

La encuesta se difundió de manera abierta a través de un enlace de Google Forms, sin apoyos institucionales ni de líderes comunitarios, sino mediante el reenvío espontáneo entre vecinos por WhatsApp y redes sociales. Así se obtuvo una muestra de 61 personas que respondieron de forma voluntaria. El perfil resultó inesperadamente diverso en edades (desde adolescentes hasta adultos mayores), niveles socioeconómicos e identidades de género, incluyendo a personas migrantes y a menores de edad. El objetivo

no fue la representatividad estadística, sino capturar un abanico amplio de voces y prácticas cotidianas en torno a la gestión de residuos.

Para las entrevistas en profundidad se utilizó un muestreo intencional de siete hogares (H1, H2, H3, H4, H6, H8 y H10). Estos casos fueron seleccionados por su diversidad territorial en distintos sectores de Puente Alto, por la composición de sus núcleos familiares y por el grado de implicación en prácticas de descarte, reciclaje o acumulación. Las familias fueron contactadas a través de conocidos, sin que existiera un vínculo previo conmigo, lo que favoreció un acercamiento inicial con mayor extrañamiento.

Entre abril y junio de 2025 las entrevistas tuvieron una duración de 45 a 60 minutos y se realizaron mayoritariamente en el domicilio de los participantes, con la presencia de todos los miembros de la familia. En algunos casos se optó por llevar a cabo la conversación en sus lugares de trabajo, ya que no confiaban o había otros impedimentos para llegar a sus hogares. Estas instancias permitieron que los informantes me mostraran los objetos que consideraban más significativos en sus prácticas cotidianas, enriqueciendo la comprensión de sus estrategias domésticas y comunitarias.

3.3.4 Plan de análisis:

Para el análisis de las notas de campo y la observación participante, se siguió la técnica de lectura minuciosa descrita por Ameigeiras (2006), que consiste en una “lectura minuciosa del registro que permita recuperar para su realización, junto a las apreciaciones, la existencia de impresiones, sentimientos e intuiciones que acompañaron a las anotaciones provisionales realizadas in situ” (p. 138). Además, se adoptó el enfoque de Carrillo Pineda, Leyva-Moral y Medina Moya (2011, p. 1) para que el análisis acompañara y orientara las sucesivas inmersiones en el terreno, enriqueciendo la comprensión contextual y garantizando una reflexión continua sobre los datos recogidos.

Para analizar las entrevistas en profundidad, transcribí cada conversación y llevé las transcripciones a hojas de cálculo en Excel. A partir de allí apliqué un análisis de discurso para descubrir los patrones narrativos que los participantes usan al describir sus prácticas de descarte, reciclaje y acumulación y entender cómo construyen el sentido de sus acciones. Después codifiqué esos fragmentos de forma inductiva y agrupé las etiquetas en categorías emergentes como valor simbólico o rutinas compartidas. Para validar estas categorías comparé su frecuencia en distintos hogares y elaboré tablas que incluyen tanto el número de ocurrencias como citas textuales que ilustran cada hallazgo.

Tabla 3 Categorías y citas representativas sobre percepciones de la basura y los residuos

Pregunta	Categorías	Cita representativa
¿Qué piensa de la basura o de los residuos?	Relación ambivalente	son necesarios, pero claramente el olor que expele es molesto
	Responsabilidad individual y colectiva	La basura es menor si todos aportamos en el proceso de reciclaje desde los hogares
	Residuos como objetos útiles o inútiles	Algunos pueden ser útiles ya que se pueden reciclar o reutilizar, otros son molestos y pueden afectar directamente la salud y bien estar social, más que nada los residuos orgánicos ya que se pudren y pueden generar enfermedades.
	Insalubridad	Creo q para todos son molestos en especial si se dejan en lugares donde no tienen que ir, en plazas por ejemplo lo considero hasta peligroso siendo que hay niños curiosos y podrían lastimarse con algo de todo eso, porque hasta botellas de alcohol suelen haber
	Ciclo de la vida	Toda la basura es el inicio de un ciclo, si tuviéramos más espacio en el patio me encantaría tener una compostera para aprovechar toda la basura orgánica. Respecto a los plásticos, antes los llevábamos a un punto limpio, pero siempre estaba rebalsado y se generaba mucho desorden (Troncal San Francisco). De todos modos, tenemos la pretencion de adquirir contenedores para reciclar en el corto plazo.

Nota. La pregunta fue: “¿Qué piensas de la basura o de los residuos?”

Para la encuesta copié las 61 respuestas a una hoja de cálculo de Excel donde cada columna correspondía a una pregunta y cada fila a un participante. Después limpié el archivo eliminando duplicados y casillas vacías. Las variables numéricas las visualicé con los gráficos de pastel y de barras que Google Forms genera de forma automática y contrasté esas tendencias con los conteos manuales que aparecían en mi matriz de vaciado. Para las preguntas abiertas asigné en esa misma matriz etiquetas de categorías emergentes como falta de infraestructura, motivaciones ambientales o responsabilidad ciudadana y conté cuántas veces aparecía cada tema. Por último, junto a esos totales incorporé citas textuales representativas de cada categoría, dejando listos los insumos cuantitativos y cualitativos para presentar los resultados.

Capítulo 4

4.1 Resultados

El presente capítulo reúne los principales hallazgos obtenidos a través de dos estrategias metodológicas complementarias, junto a un análisis en base al marco teórico propuesto en el capítulo anterior. Por un lado, se encuentran los resultados de la encuesta comunitaria aplicada entre octubre de 2024 y marzo de 2025. Por otro, tenemos los resultados de las entrevistas en profundidad realizadas a siete hogares de la comuna de Puente Alto, junto a registros de observación participante y notas de campo. Esta división responde a la necesidad de distinguir entre los datos que emergen desde la perspectiva colectiva, de aquellos que se construyen desde la cercanía situada, el diálogo cara a cara y las escenas domésticas que componen el entramado del trabajo etnográfico.

A través de estas dos metodologías, esta investigación abordó las prácticas cotidianas de gestión de residuos, los significados culturales que se les atribuyen y las percepciones sobre su impacto ambiental, en línea con los tres objetivos específicos planteados. Si bien los resultados se presentan por separado, su análisis se entrelaza constantemente, permitiendo identificar cruces y tensiones entre lo que se piensa de forma más estructurada y lo que se vive desde lo íntimo y lo relacional. Así, la encuesta permitió abrir escenas amplias sobre hábitos, espacios y percepciones colectivas, mientras que las entrevistas ofrecieron fragmentos encarnados, donde cada objeto descartado o conservado revela una historia familiar, una rutina de afectos, una forma de organizar el entorno.

En este capítulo, la basura aparece no solo como un residuo físico, sino como un marcador simbólico que delimita fronteras espaciales, morales y comunitarias. A través de cifras, relatos, observaciones y fragmentos de conversación, el análisis busca mostrar cómo los residuos se inscriben en circuitos cotidianos que articulan experiencias personales, estructuras territoriales y relaciones de poder. Lejos de ser un tema técnico o exclusivamente ambiental, el tratamiento de los desechos nos obliga a pensar en la vida doméstica como un escenario donde se negocia el valor, se organiza el espacio, y se proyecta una ética relacional con el entorno. A partir de estas herramientas, se configura un relato múltiple sobre cómo se vive, se transforma y se percibe la basura en Puente Alto.

4.1.1 Resultados y análisis de la encuesta

A partir de la encuesta realizada en Puente Alto, se presentan a continuación los resultados que dan cuenta de las percepciones, prácticas y valoraciones que distintos habitantes de la comuna expresaron sobre los residuos. Esta herramienta permitió acceder a respuestas individuales desde un marco colectivo, revelando tendencias generales que dialogan con los objetivos de la investigación sin pretender representar estadísticamente a la población.

Si bien esta encuesta no profundiza en los vínculos cotidianos, propios de la entrevista, aporta fragmentos significativos que ayudaron a comprender cómo se organiza el descarte en lo cotidiano, qué se considera basura, y de qué forma se percibe su impacto en el entorno comunal. Para interpretar estos datos, me baso principalmente en la teorización de Mary Douglas (1986), quien propone entender la suciedad como aquello que perturba el orden simbólico, y a la antropología de la materialidad, que sostiene que los objetos desechados siguen trazando vínculos sociales más allá de su funcionalidad.

Los hallazgos se ordenan según los tres objetivos específicos, mostrando cómo los residuos se experimentan, se valoran y se comentan desde lo individual, configurando una lectura amplia que más adelante se entrelaza con los relatos y escenas situadas del trabajo etnográfico.

Para este capítulo se emplearán dos tablas que condensan las respuestas obtenidas en la encuesta, agrupando las principales categorías emergentes según la pregunta formulada, incluyendo citas breves representativas y sus frecuencias aproximadas. Esta matriz no busca reemplazar el desarrollo analítico, sino funcionar como un punto de referencia que será retomado en los tres apartados siguientes, en diálogo con los objetivos específicos planteados.

Tabla 5 Vaciado general de respuestas a la encuesta comunitaria sobre residuos

Pregunta	Categorías	° de respuesta	Porcentaje
¿De quien es la culpa de los micro basurales?	Responsabilidad individual	21	35%
	Responsabilidad colectiva	13	21.67%
	Responsabilidad institucional	7	11.67%
	Factores estructurales y culturales	2	3.33%
	Responsabilidad compartida	12	20%
¿Qué opina de los puntos limpios o de reciclaje?	Críticas estructurales y operativas	3	5%
	Valor ambiental y social	29	48.33%
	Educación y orientación	3	5%
	Acceso y disponibilidad insuficiente	21	35%
	Promoción y visibilidad	5	8.33%
¿Qué opina de la forma de gestionar la basura de la comuna?	Deficiencias estructurales y operativas	16	26.67%
	Comparaciones con otras comunas	9	15%
	Problemas asociados a la población	6	10%
	Gestión Correcta	14	23.33%
	Falta de información y educación ambiental	9	15%

Nota. Elaboración propia a partir del vaciado de datos sobre percepciones y valoraciones de la gestión de residuos en Puente Alto. Tabla construida por la autora con base en tres preguntas abiertas de la encuesta comunitaria “Identidades de desecho”.

Tabla 4 Vaciado general de respuestas a la encuesta comunitaria sobre residuos

Pregunta	Categorías	N° de respuestas	Porcentaje
¿Qué piensa de la basura o de los residuos?	Relación ambivalente	11	18.33%
	Responsabilidad individual y colectiva	6	10%
	Residuos como objetos útiles o inútiles	12	20%
	Insalubridad	22	36.67%
	Ciclo de la vida	9	15%
¿Se ha visto afectado por la basura en las calles?	Impacto emocional	4	6.67%
	Problemática estructural	4	6.67%
	Impactos visuales y estéticos	13	21.67%
	Problemas sanitarios	11	18.33%
	Dificultades prácticas	5	8.33%
¿Cuál cree que es la causa de que se formen micro basurales?	Zonificación y desigualdad social	3	5%
	Deficiencias estructurales y normativas	16	26.67%
	Comodidad y falta de empatía	10	16.67%
	Cultural, informativo, educación	25	41.67%
	Problemas económicos y accesibilidad	3	5%

Nota. Elaboración propia a partir del vaciado de datos sobre percepciones y valoraciones de la gestión de residuos en Puente Alto. Tabla construida por la autora con base en tres preguntas abiertas de la encuesta comunitaria “Identidades de desecho”.

El día a día del descarte: acciones vecinales y obstáculos estructurales en la comuna

Respecto al objetivo específico de caracterizar las prácticas cotidianas de manejo de residuos domiciliarios en hogares de la comuna de Puente Alto, los resultados de la encuesta comunitaria evidencian que la gestión de residuos de estos hogares no se limita a su eliminación, sino que incorpora prácticas de reciclaje, reutilización y resignificación, lo que demuestra una relación dinámica con el consumo y con el medioambiente. En la encuesta, el 20% de

los participantes mencionó que los residuos pueden ser útiles, destacando su potencial para el reciclaje y la reutilización. Sin embargo, esta percepción es ambivalente, ya que también se reconoce que, si no son manejados adecuadamente, pueden generar molestias y riesgos sanitarios. Como plantea Daniel Miller, los objetos no solo reflejan relaciones sociales, sino que las constituyen, las estrategias domésticas de reciclaje y reutilización reorganizan vínculos materiales, afectivos y espaciales.

El aprovechamiento de los residuos se refleja en estrategias como el compostaje, la reutilización de frascos de vidrio y la transformación de objetos descartados en nuevos productos. Estas prácticas domésticas permiten resignificar el descarte y extender el ciclo de vida de los objetos. En la pregunta “¿Qué piensa de la basura o de los residuos?”, el 15% de los encuestados describió la basura como parte de un ciclo de vida, señalando que el compostaje y el reciclaje pueden transformar los residuos en recursos productivos. De esta manera y como sugiere Igor Kopytoff, los objetos poseen una biografía cultural, y su reuso dentro del hogar reactiva significados que trascienden su condición de descarte. Esta visión expresa una forma de reaprovechamiento material que contrasta con la idea de descarte inmediato, vinculándose a prácticas domésticas orientadas al aprovechamiento y a la reducción del impacto ambiental.

En cuanto a infraestructura disponible para facilitar estas acciones, en la pregunta “¿Qué opina de los puntos limpios o de reciclaje?”, un 48.33% valoró estos espacios por su impacto ambiental y educativo, destacando su utilidad en la enseñanza de hábitos sostenibles, especialmente entre los niños. No obstante, un 35%

mencionó dificultades de acceso y disponibilidad, lo que indica que, aunque existe disposición por parte de las familias, el entorno de la comuna no siempre permite sostener prácticas ecológicas. En algunos casos, se mencionan puntos limpios rebalsados, horarios limitados y ausencia de apoyo institucional como factores que afectan la continuidad de estas estrategias.

Figura 9 Estación de reciclaje en la comuna de Puente Alto



Nota. Imagen extraída de Portal Puente Alto (2022) como referencia visual sobre infraestructura comunal de reciclaje.
Fuente: <https://www.portalpuentealto.cl>

Figura 10 Residuo voluminoso en vía pública el día de recolección municipal (Av. San Carlos



Nota. Elaboración propia. Imagen tomada durante observación flotante en la comuna de Puente Alto, específicamente en Av. San Carlos Norte, el día de recolección de basura domiciliaria.

Además, en la pregunta “¿Qué opina de la forma de gestionar la basura en la comuna?”, solo un 15% de los encuestados mencionó la falta de información y educación ambiental como una carencia importante, mientras que un 26.67% señaló deficiencias estructurales y operativas como el principal problema. Esta diferencia sugiere que, aunque los hogares reconocen el valor de la conciencia ambiental, la expectativa sobre soluciones está más vinculada a cambios materiales en la infraestructura y a una mejora en los servicios municipales.

Así, las prácticas en torno a los residuos expresan una valoración ambivalente del medioambiente. Mientras algunos hogares integran estrategias de reciclaje y reutilización que resignifican el descarte buscando reducir el impacto ambiental, otros se ven limitados por barreras materiales, incertidumbre normativa o condiciones de desigualdad territorial. El descarte rebela códigos sociales, estructuras de

acceso y formas de habitar el entorno, si para Arnold J. Bauer (2002) “somos lo que compramos” también somos lo que desechamos y a lo que elegimos darle una segunda vida. Esto refuerza la idea de que la basura no es solo un elemento físico, sino una categoría social y cultural, donde la percepción sobre su manejo está influenciada por hábitos individuales, disponibilidad de infraestructura y el significado atribuido a los objetos desechados.

La dimensión simbólica de la basura: percepciones, emociones y desigualdad territorial

Para el segundo objetivo, que busca identificar los significados culturales y sociales que los hogares otorgan a sus prácticas cotidianas en relación con los residuos, uno de los hallazgos más reveladores se presenta en la pregunta “¿Qué piensa de la basura o de los residuos?”, donde los encuestados pudieron exponer en sus propias palabras lo que pensaban de estos objetos. Si bien las respuestas fueron diversas, se presentó una clara tendencia orientada al peligro o insalubridad que representa su acumulación, con un

36.67% señalando el riesgo que implica la presencia de basura en espacios públicos. Se destaca especialmente la preocupación por plazas y calles, donde estos desechos pueden afectar a niños y transeúntes:

Creo que para todos son molestos en especial si se dejan en lugares donde no tienen que ir, en plazas por ejemplo lo considero hasta peligroso siendo que hay niños curiosos y podrían lastimarse con algo de todo eso, porque hasta botellas de alcohol suelen haber (Anónimo, Encuesta. 2024).

Las respuestas reflejan nuevamente una relación ambivalente con los residuos. Un 18.33% de los participantes señaló que, aunque son parte inevitable del consumo cotidiano, la experiencia con ellos suele ser desagradable, “son necesarios, pero claramente el olor que expele es molesto” (Anónimo, Encuesta. 2024). A la vez, un 20% destacó el potencial valor de los residuos reciclables, mientras que otros indicaron que materiales como los orgánicos resultan más inútiles que útiles, principalmente por su impacto sanitario.

Esta dualidad permite pensar que no es el objeto en sí el que genera rechazo, sino el lugar simbólico que ocupa en la vida comunal. En términos de Mary Douglas, los residuos serían “materia fuera de lugar”, objetos que han perdido su función dentro del sistema simbólico del consumo y que, por tanto, deben ser expulsados (Douglas, 1986).

Esta expulsión no siempre es definitiva, algunos encuestados indicaron que ciertos materiales, como muebles o ropa, son ‘rescatables’ si se encuentran en buen estado, reflejando una lógica de valoración que depende del contexto y de la mirada del observador. Otros residuos, como los escombros y los orgánicos, son descritos como desagradables o peligrosos no solo por razones higiénicas, sino por su visibilidad y permanencia en el espacio público.

Figura 11 Acumulación de residuos en La Primavera tras retiro de feria dominical



Nota. Elaboración propia. Imagen tomada en La Primavera luego de la salida de la feria itinerante dominical, durante el trabajo de campo realizado en Puente Alto. Ilustra la acumulación de residuos en espacio público y su impacto estético y ambiental en el entorno barrial.

La presencia de basura en calles, veredas y plazas genera también una carga emocional significativa. Un 21.67% de los encuestados expresó molestia estética frente a la suciedad de los espacios comunes, reforzando la idea de que los residuos son más que un problema físico, también son marcadores de deterioro y marginalidad. Esta percepción se complejiza en sectores como Bajos de Mena, donde se alude a la contaminación visual y olfativa como un signo material de abandono. Las respuestas ilustran cómo la basura afecta la experiencia urbana y territorial, “Sí, en Bajos de Mena hay muchos basurales, es una contaminación visual horrible” y “No me afecta de causar enfermedad, pero en Puente Alto es algo molesto ver lo sucio que está. Siempre paseo en otros lugares u otras plazas porque no hay algo en la comuna que no ensucien” (Anónimo, Encuesta. 2024).

Un 6.67% de los encuestados indicó sentimientos como tristeza, rabia o impotencia ante la basura en el entorno, lo que sugiere que la gestión de residuos no solo tiene impacto funcional, sino también afectivo. Desde la antropología de la materialidad, los desechos poseen una vida social que estructura las relaciones urbanas. El 18.33% que identificó la basura como un problema sanitario, lo hizo no solo por salud, sino como parte de una lógica que regula la convivencia, de esta manera los residuos actúan como límites simbólicos que distinguen entre zonas limpias y zonas degradadas, afectando la percepción de pertenencia territorial.

En conjunto, los datos muestran que los residuos no son vistos únicamente como un problema técnico, sino como una categoría simbólica que organiza el espacio urbano, delimita jerarquías territoriales y encarna desigualdades estructurales. La basura, especialmente en los sectores más marginados de Puente Alto, como Bajos de Mena, actúa como un signo visible de abandono institucional, determinando qué zonas merecen atención y cuáles quedan relegadas a lo que Douglas llamaría la periferia del orden social.

Cómo se percibe y valora el impacto ambiental en Puente Alto

Además de explorar las prácticas cotidianas y los significados atribuidos a los residuos, esta investigación buscó examinar cómo las prácticas domésticas de disposición y reutilización de residuos configuran la percepción y valoración del impacto sobre el medioambiente. Las respuestas de la encuesta muestran que esta percepción no se limita a la insalubridad o al deterioro estético, sino que se vincula con emociones, desigualdades territoriales y formas de asignar responsabilidad. A través de preguntas específicas sobre la gestión comunal, la formación de microbasurales y la atribución de culpa, los datos permiten observar cómo el problema ambiental se transforma en un fenómeno simbólico que delimita jerarquías urbanas, activa juicios sociales y distribuye malestares.

La pregunta “¿Qué opina de la forma de gestionar la basura en la comuna?” reveló que los encuestados atribuyen el problema de los residuos principalmente a deficiencias estructurales y operativas. Un 26.67% señaló la falta de infraestructura como el principal obstáculo en la gestión, mientras que solo un 15% mencionó la carencia de información y educación ambiental. Esta diferencia sugiere que, si bien la conciencia ecológica se reconoce como relevante, las expectativas de solución se centran más en mejoras materiales e institucionales que en procesos educativos.

La percepción sobre los microbasurales también evidencia que los residuos no son vistos solo como un problema físico, sino como un fenómeno ambiental y simbólico. En la pregunta “¿Cuáles son las causas de los microbasurales?”, un 41.67% de los encuestados señaló factores culturales, educativos e informativos como los elementos centrales en su formación. Esto indica que la acumulación de basura se vincula con prácticas sociales, hábitos comunitarios y niveles de educación ambiental más que con una mera ausencia de infraestructura, lo que no condice con las respuestas anteriores.

Esta percepción cultural del impacto ambiental se refuerza con frases como “La cultura, configurada en ella el mercado y el Estado, no sólo por la gestión que ejecuta la sociedad civil” (Anónimo, Encuesta, 2024), que sugiere que la formación de microbasurales no se entiende únicamente como un problema municipal, sino como el resultado de una interacción más amplia entre instituciones, prácticas de consumo y niveles de organización comunitaria. En esa misma línea, otro encuestado señaló que el problema de los microbasurales se debe a “la poca cultura de las personas, a veces debido al nivel socioeconómico” (Anónimo, Encuesta, 2024), vinculando el manejo de residuos con condiciones estructurales como la educación y la precariedad económica.

Desde la perspectiva de Mary Douglas, los residuos funcionan como marcadores simbólicos que estructuran la percepción urbana. No sólo delimitan territorios, sino que también operan como elementos clasificatorios que separan lo que es considerado ordenado de lo que se percibe como caótico. Los resultados de la encuesta refuerzan esta idea, mostrando que los basurales son entendidos por los habitantes de Puente Alto como reflejo de dinámicas culturales, comunitarias y

Figura 12 Material fuera de lugar, lo caótico de desechar.



Nota. La imagen ejemplifica lo que Mary Douglas llama “materia fuera de lugar”: aquello que irrumpe el orden esperado, activa juicios morales y transforma lo físico en signo de impureza simbólica.

desiguales, más que como una simple carencia de servicios.

Sin embargo, al analizar la pregunta “¿De quién es la culpa de los microbasurales?”, se revela una disociación entre causa y responsabilidad. Aunque un 41.67% atribuyó su formación a factores culturales, solo un 3.33% señaló estos mismos factores como responsables directos. En cambio, la culpa recae principalmente en la conducta individual, donde se menciona que es la “Gente poco consciente, cochina” (Anónimo, Encuesta, 2024). Esta tensión muestra que, aunque los encuestados reconocen dinámicas estructurales, la atribución moral continúa centrada en quienes arrojan basura.

En la misma línea, un 20% de los participantes reconoció una responsabilidad compartida entre instituciones, comunidad y agentes privados, mientras que un 11.67% atribuyó el problema directamente a las municipalidades, criticando la falta de infraestructura y la deficiente gestión territorial. Douglas e Isherwood (1990) plantean que el consumo y el descarte funcionan como formas de comunicación que reproducen distinciones sociales, en este contexto, los residuos no sólo representan prácticas materiales, sino también juicios sobre qué cuerpos y territorios son vistos como responsables o merecedores de cuidado.

Este patrón se refuerza con comparaciones intercomunales, como la cita que menciona que “Trabajo en Providencia y el cambio es abismante, creo que se necesita más preocupación por el tema de la basura...” (Anónimo, Encuesta, 2024). Aquí, la diferencia entre territorios no sólo se expresa en infraestructura, sino en imaginarios sociales que asocian la basura con pobreza, desorganización y falta de educación. Tales asociaciones refuerzan estigmas territoriales, configurando la basura como vehículo simbólico de desigualdad y exclusión.

4.1.2 Resultados y análisis de la etnografía y entrevistas

A continuación, se presentan los resultados de la etnografía y las entrevistas en profundidad, orientadas a responder los objetivos específicos de esta investigación. Estas se analizaron desde una aproximación situada a las prácticas, percepciones y significados que los habitantes de Puente Alto atribuyen a los residuos, entrelazando dichos hallazgos con registros de observación participante y flotante recolectados durante el trabajo de campo. Todas las citas atribuidas a 'Hogar 1', 'Hogar 2', etc., corresponden a entrevistas realizadas por mi entre abril y junio de 2025, en el marco de mi trabajo etnográfico desarrollado en la comuna de Puente Alto.

Pese a todo lo anterior, quiero destacar que este capítulo no busca ordenar los hallazgos en bloques temáticos rígidos, sino abrir escenas, relatos y prácticas que emergieron durante el trabajo etnográfico. Es por esto, por lo que me baso en una metodología de escritura que adopta la noción de islas narrativas como principio organizador del relato. Este concepto surge de una conversación epistémica en el marco de una mesa de trabajo sobre metodologías etnográficas, compartida con Evelyn García, investigadora de la Universidad del Magdalena (Colombia), quien acuña esta idea o perspectiva en el marco de un trabajo etnográfico aún en desarrollo.

Fue a partir de su presentación y posterior conversación, que encontré en esta metáfora una forma adecuada de organizar las escenas del campo desde la pluralidad de voces y fragmentos situados que conforman esta investigación. De esta manera cada fragmento funciona como una isla narrativa, donde se presentan y condensan las dimensiones simbólicas y materiales, de sentidos, afectos o tensiones experimentadas por estos diversos hogares. Donde espero que mi voz aparezca como una orilla intermitente, una presencia que no dirige ni interrumpe, sino que acompaña, observa y a veces duda, no intento cerrar el relato ni traducir lo dicho, sino dejarme afectar por él. Así, entre escenas y silencios, dejo que emerjan las voces de quienes habitan los residuos desde prácticas, memorias y resistencias propias.

Rutas del descarte: prácticas cotidianas y decisiones situadas en los hogares

Las prácticas cotidianas en torno a la gestión de residuos no responden a una fórmula preestablecida. En Puente Alto, reciclar no siempre es un acto político, ni tampoco una tarea institucionalizada, por el contrario, suele ser una herencia familiar, un gesto práctico y una forma de autocuidado en el hogar. En este apartado, se abordan los hallazgos vinculados al objetivo específico 1, que busca caracterizar las prácticas cotidianas de manejo de residuos domiciliarios en hogares de la comuna de Puente Alto. A partir de las entrevistas y el trabajo

de campo, este capítulo recoge y desarrolla las maneras en que los hogares entrevistados gestionan el descarte en el ámbito doméstico, que se separa, qué se guarda “por si acaso”, que se regala, que se vende y quien asume cada tarea dentro de esta gestión.

De esta manera, mediante una mirada situada, lo que emergió no fue un modelo lineal de la gestión de los residuos, sino una constelación de micro decisiones atravesadas por materialidades disponibles, roles de género, aprendizajes heredados, accesos desiguales a la infraestructura y formas de habitar el entorno. En este capítulo se presentarán esas escenas sin tratar de meterlas en un molde, pero permitiendo leer en ellas patrones, tensiones y estrategias compartidas.

Estas prácticas, aunque diversas y a veces contradictorias, comparten una dimensión relacional entre personas, objetos y espacios. La siguiente tabla surge de las entrevistas que se presentaran a continuación, sistematizando algunos de los patrones emergentes, de manera comparativa, donde destacan las estrategias, tenciones y valoraciones en torno a la gestión de residuos.

Tabla 6 Características comparadas de los hogares participantes según prácticas de gestión de residuos

Hogar / Caso	Tipos de residuos gestionados	Disposición final predominante	Actor central en la gestión	Tensiones o bloqueos	Valoraciones emergentes	Tipo de cadena predominante
Hogar 1 (Alejandra)	Ropa, vidrio, escolares, pilas	Reciclaje / donación / acumulación	Alejandra	Falta de canales electrónicos/pilas	Moral ambiental / valor pedagógico	Institucional / Doméstica
Hogar 2 (Jane)	Textiles, frascos, cartón, chatarra	Reutilización creativa / venta	Jane	Carga de trabajo individual	Subsistencia, autoría material	Comunitaria / Creativa
Hogar 3 (Juliana)	Basura doméstica, ropa, electrónicos, frascos, pilas, colecciones	Basura domiciliaria / donación ocasional	Juliana y su madre	Desacuerdo generacional / falta de reciclaje activo	Adaptación joven / tensiones por consumo usado	Doméstica / Híbrida
Hogar 4 (Elsa y familia)	Ropa, frascos, muebles, electrónicos	Donación / acumulación / conservación	Elsa	Tensiones generacionales	Memoria afectiva / reapropiación	Comunitaria / Doméstica
Hogar 6 (Nicole)	Plásticos, ropa, electrónicos, afectos	Reciclaje, donación, acumulación	Nicole	Desinterés familiar / falta de canales	Ética ambiental / identidad estética	Institucional / Afectiva
Hogar 8 (Fabiola)	Todo tipo + salud mental (TOC)	Reciclaje, donación, intervención psicoemocional	Fabiola	TOC, desgaste doméstico, sobrecarga	Cuidado ético / adaptación tecnológica	Psicosocial / Institucional / Familiar
Hogar 10 (Adela)	Vidrio, ropa, muebles, aceite, juguetes	Reciclaje informal / flujo fallido	Adela y familia	Pérdida de infraestructura local	Aprendizaje barrial / frustración cívica	Comunitaria / Institucional fallida

Nota. Elaboración propia a partir del trabajo de campo realizado en Puente Alto, 2025.

Modalidades cotidianas de gestión y circulación de residuos

“Ahora vivimos en casa, entonces nos tuvimos que volver a adaptar. Antes vivíamos en departamento y reciclábamos porque el edificio tenía sistema” (Hogar 3, 2025).

Puente Alto es una comuna grande, diversa y muy poblada, con sectores bien definidos y una identidad marcada, establecida desde discursos que muchas veces la encasillan y que se tornan difíciles de remover. Actualmente la basura en las calles se asocia con un abandono y una despreocupación de los vecinos, pero en algunos pasajes el camión de la basura pasa sin horario fijo, las personas tienen que estar atentas tres veces a la semana por si escuchan los bocinazos de los camiones, o las latas con monedas que los trabajadores agitan al pasar pidiendo cooperaciones.

Es en este escenario, donde la responsabilidad sobre los residuos recae en los hogares y sus estrategias propias, la separación de la basura por parte de las familias no se produce espontáneamente, sino que se gesta en el caldo de cultivo formado por rutinas, materialidades, ausencias estructurales y aprendizajes locales. Algunos sectores como lo son Bajos de Mena tienen una densidad alta de personas en departamentos de 45 m², lo que dificulta conservar los residuos dentro de sus hogares.

Por eso, la separación aparece como una estrategia concreta, anclada a condiciones espaciales, donde las relaciones domésticas son tan relevantes como los metros disponibles “Llevamos los reciclables al centro cultural o al Jumbo” (Hogar 4, 2025), cuenta una familia, articulando su rutina no solo en torno al espacio del hogar, sino también a los circuitos que reconocen como accesibles, ya que cabe destacar que estos centros de acopio no son del municipio ni están regulados.

Es por casos como estos que la separación de los residuos surge como una estrategia concreta, anclada a las condiciones espaciales de los hogares, donde las rutinas domésticas y las relaciones entre las personas que componen estos núcleos se convierten en factores igual de importantes. En algunas casas se separa por un principio más ético, en otros por inercia, costumbre, o porque esas son las normas de sus comunidades. Pero, así como hay personas que reciclan, que separan y que se desasen de lo que perdió valor, hay otras que guardan “por si acaso”, quienes no botan porque “me lo regalo alguien”, y quienes separan los residuos y los llevan a los puntos limpios sin saber si ese material tendrá un destino real más allá del basurero.

En la mayoría de los hogares, los residuos textiles por ejemplo no se descartan, circulan hacia otros cuerpos o se transforman en objetos con valor de uso o de memoria. Como sugiere el enfoque del materialismo simbólico (Appadurai, 1991; Kopytoff, 1986), los objetos no solo circulan, sino que

adquieren trayectorias, significados y afectos que los reubican en nuevas lógicas de valor.

Figura 13 Muñeca elaborada con telas recicladas



Nota. Puesto de Jane en feria de recicladores, Puente Alto, 2025.

“Yo utilizo ropa reciclada para hacer muñecas y otras figuras” (Hogar 2, 2025). En una mesa de madera, entre tijeras, latas con botones, lana y bolsas plásticas con telas reutilizadas, Jane cose muñecas de trapo que luego regala o lleva a ferias de artesanías. No las vende caras, al menos no para el trabajo que tiene que darles, entre seleccionar, ordenar, lavar, coser a mano los detalles y usar distintas máquinas de coser para mantener la calidad y durabilidad. Pero siempre alguien hay alguien que cuestiona esos precios, o lo hacen luego de saber que son muñecas hechas con materiales reciclados.

Cerca de su casa no hay punto limpio ni sistema municipal oficial, pero sí una circulación doméstica que transforma lo que otros desechan en figuras suaves, portables, afectivas. En ese gesto cotidiano hay una reutilización creativa

que no se nombra como “reciclaje”, pero que encarna una forma situada de sostener el vínculo con lo útil, lo bello y lo posible.

En otro hogar (Hogar 6), esa misma lógica de no botar también guía lo que se hace con la ropa, “La ropa en buen estado la regalamos, si está nueva la envío a Vestua, una tienda de ropa reciclada” (2025). No hay un exceso de cosas ni una transformación artesanal como la que hace Jane, pero sí una voluntad clara de que la prenda siga su curso. La distinción entre “nueva” y “en buen estado” opera como frontera simbólica, no todos los residuos se desechan por las mismas razones, por ende, las personas diferencian entre lo que vale la pena donar, lo que puede venderse en una tienda para recuperar parte de lo gastado, o lo que se conserva en casa por si algún pariente lo necesita. Allí el objeto no se transforma, pero sigue circulando, una materialidad aún activa, pero ya desanclada del hogar original.

Esta gestión doméstica del residuo, más pragmática que política, aparece también en el manejo de desechos orgánicos provenientes de la alimentación. Algunas familias usan los patios como zona de compostaje informal, como Jane que tiene un gran patio al vivir en una casa más antigua “Tenemos un sector donde hay un poco la tierra y tiro todas las cosas, cáscaras, restos de comida” (Hogar 2, 2025), mientras otras conservan frascos

de vidrio o bolsas reutilizables sin elaborar un discurso de sostenibilidad, sino porque “así funciona en la casa”, porque “siempre ha sido así”.

Estas formas de hacer (más que nada prácticas) se asemejan a lo que De Certeau (2000) llamó prácticas cotidianas, o sea acciones situadas, adaptativas y no siempre reconocidas como políticas, pero cargadas de sentido. A veces los residuos ocupan una parte del patio hasta que se vuelven molestos de ver, hasta que ya no encajan en la rutina, o se acomodan en las calles, apoyados en rejas, sobre basureros o en cajas y bolsas, hasta que alguien decide tomarlos y darles una nueva vida, seguir con su ciclo.

En muchas casas, la interacción con recicladores informales no es directa, pero sí está presente, por ejemplo, algunos hogares como el 10 tienen contacto directo con personas que pasan recolectando objetos, o el hogar 8, que tienen un trato con una persona de la calle desde hace años. Cada vez que piensan en sacar ropa o un electrodoméstico, esperan a que esa persona pase, si no tienen nada en ese momento, le entregan una cooperación monetaria. Para ellas, apoyar a quienes lo necesitan también forma parte del ciclo.

Aunque no se explicita como alianza, hay decisiones que se toman pensando en otro, alguien que usará, revenderá o transformará eso que ya no sirve adentro, pero puede valer afuera, ropa, cartón, vidrio, materialidades que no se estancan, que están activas, en tránsito.

Por otro lado, tenemos hogares como el de Alejandra (Hogar 1), donde la separación de residuos ocurre con una regularidad constante, los plásticos y vidrios se lavan, se acumulan durante semanas en un rincón del comedor y luego se trasladan al punto limpio una vez al mes. “Básicamente reciclo plásticos y vidrios. Y como profe reutilizo materiales didácticos” (Hogar 1, 2025), cuenta. Esta práctica sostenida, que combina infraestructura disponible, tiempo doméstico y saber pedagógico, encarna una gestión funcional e institucionalizada del residuo, articulada como parte de una rutina formativa. Como sugiere Bauer (2002), el manejo de objetos no solo revela hábitos de consumo, sino también valores que se transmiten como parte de la educación cotidiana sobre lo que se conserva y lo que se elimina. A diferencia de otros hogares donde el manejo de lo descartado se desarrolla de manera instintiva, en este hogar debido a la profesión de la madre, la separación es algo

Figura 14 Objeto en tránsito: residuos acomodados en lo cotidiano



Nota: Fotografía tomada en Puente Alto durante trabajo de campo en 2025. Ilustra lo que De Certeau (1990) denomina prácticas cotidianas: acciones situadas que se adaptan al entorno urbano. El objeto, apoyado sobre un basurero

mucho más importante, algo que se enseña y transmite a sus estudiantes, por ejemplo.

Gestión material y valor simbólico de los objetos

Figura 15 CDs conservados como objetos de valor simbólico



Nota. Registro realizado en Puente Alto, 2025. Conservados por su valor emocional y generacional.

“Hay cosas que ya no cumplen ninguna función en esta casa”
(Hogar 1, 2025).

Nos encontramos en el comedor de Alejandra, la casa está un poco desordenada ya que me comentan que están haciendo remodelaciones, han decidido sacar las cosas que ya no les sirven y elegir solo lo que les parezca más útil, en este hogar solo viven Alejandra con su hijo Vicente, una perrita y dos gatos. La frase aparece sin dramatismo, como si se tratara de una observación más sobre el desorden o el paso del tiempo. En este caso se referían principalmente a los antiguos juguetes de Vicente, objetos que ya no se usan, pero tampoco se botan, que activan lógicas múltiples dentro del hogar, algunos se conservan por su capacidad de evocar memorias, otros por que simbolizan el tránsito de un niño a un joven, algunos como los CDs sirven como un puente intergeneracional entre madre e hijo.

En este caso no se encuentra una tensión como tal, ya que el núcleo es pequeño y el dialogo amplio, por lo que el consenso es algo a lo que están acostumbrados. Una vez al mes Alejandra lava los frascos de vidrio y plásticos, para que luego Vicente los separe en bolsas grandes antes de llevarlos al Punto Limpio, ya es un hábito. El flujo de estos residuos responde al siguiente modelo;

Uso cotidiano → Separación en casa (Alejandra) → Acumulación → Traslado mensual al punto limpio → Reciclaje (institucional) (Hogar 1, 2025)

Pero como se mencionó antes, no es el único flujo por el que transitan los residuos. Por ejemplo, en casa de Jane (Hogar 2), la cual se compone por ella, su madre y su hijo

Figura 16 Último peluche que conservaría Vicente



Nota. Este peluche fue el único que sobrevivió a la depuración porque, en palabras de la familia, conserva memorias

universitario, la ropa y todo conjunto textil no se acumula como algo que no tiene función, sino que son objetos que transitan por este hogar, entran, se seleccionan y se transforman, llegando de esta forma a nuevos hogares, ya sea como una muñeca de trapos o como una prenda a estilizar.

Jane recibe prendas de vecinas, familiares y amigas, algunas las encuentra en su trayecto al trabajo, en bolsas de basura, cajas o tiradas en las calles. Sabe que no todas sirven para lo mismo, por eso las clasifica con paciencia y cariño, lava todo con detergente caro, uno que huela bien para que las personas no lo desprecien. Algunas prendas las vende en ferias, mientras que las muñecas ocupan un lugar en los eventos municipales, otras prendas, demasiado desgastadas, las dona a una amiga feriante. Los retazos más pequeños, a veces apenas un bolsillo, una manga, un aplique especialmente bonito o un botón único, terminan convertidos en muñecas de trapo que cose con hilo, lana y cariño.

Son figuras suaves, hechas de lo que ya no sirve, pero cargadas de gesto, ya que en parte representan todas esas muñecas que no pudo tener en su niñez. Pero también son un ingreso, un medio para su independencia, una forma de subsistir mediante esa materialidad que otros descartan.

Recepción (de vecinos / familiares) → Clasificación (Jane) → [Buena calidad]: Venta en feria o en eventos municipales, [Mala calidad]: Donación a amiga feriante, [Retazos útiles]: Insumo para confección de muñecas recicladas (Hogar 2, 2025)

En el Hogar 3, la acumulación no siempre es una decisión colectiva, lo que llevo a la familia a optar por un estilo de gestión Híbrido-adaptativo. Las cajas y bolsas con objetos “por si acaso” se apilan en la logia o bajo la cama de la abuela. Son cosas que quizá sirvan, que quizá vuelvan a usarse, pero que no aseguran nada mientras usan espacio, Juliana y su hermano, en cambio, miran esas pilas con incomodidad “Nosotros no somos muy de tener cosas por si acaso”, dice ella.

Pero no se trata sólo del objeto, ya que Juliana también conserva cosas que quizá su abuela considera sin utilidad, como lo son las piedras que colecciona, las cuales guarda en cajas con categorías, unas están ahí porque le gustan o recuerdan algo, mientras que otras están en una caja diferente porque le parecen feas, pero como hay una lealtad a ese objeto que mecánicamente eligió llevar a su casa, decide no desecharlas y guardarlas en caso de, de esta manera se gesta una rutina de mover sin botar, ceder sin decidir. El flujo no avanza, aunque tampoco se cancela.

Cajas y bolsas “por si acaso” → Guardadas sin uso inmediato → Generan diferencias con Juliana y su hermano → Flujo latente sin descarga (Hogar 3, 2025)

En el Hogar 6 conviven dos estilos, por un lado, Nicole intenta movilizar objetos en desuso, propone donar, vender, liberar espacio. Sabe que hay cosas que ya no se ocupan, que dificultan el tránsito en la casa o se han vuelto parte del paisaje sin uso, para ella una familia no necesita tener 10 bicicletas, menos tener algunas que ya no funcionan u otras que son de niños, cuando ya todos llegaron a la adultes. Pero no es fácil. Su padre y sus hermanos no se oponen abiertamente, pero tampoco colaboran “Si fuera por ellos, todo se quedaría ahí tirado. Yo reciclo lo que puedo sola” (Hogar 6, 2025), la propuesta flota, se aplaza, el desuso se vuelve inercia compartida.

Por otro lado, hay prácticas que sí se sostienen “Mi mamá y yo somos quienes nos preocupamos de separar los residuos y reciclar” (Hogar 6, 2025), dice Nicole. Esa rutina, de lavar, clasificar, ordenar, ocurre incluso cuando el resto de la familia no se involucra. En esa constancia emerge una gestión ambiental feminizada, donde la responsabilidad no se reparte, sino que se encarna por hábito, cuidado o convicción, la separación avanza, la acumulación se detiene y resiste.

Desuso progresivo → Propuestas de entrega o venta (Nicole) → Resistencia o falta de iniciativa (padre, hermanos) → Acumulación en bodega/patio → Obstrucción del espacio doméstico (Hogar 6, 2025)

En un microcosmos diferente aparece el hogar 8, el cual se encontraba pulcramente limpio el día de mi visita, todo en su lugar, sin polvo o tierra que ensuciara la imagen. Es en esta casa donde la madre pastelera prepara los dulces que son parte del sustento de su familia, la cual se articula de manera interesante, al habitar el segundo piso del hogar familiar de ella, donde el primer piso pertenece a sus padres y hermana.

Si bien la madre es pastelera profesional, la abuela es quien se encarga de las comidas diarias, con un acuerdo tácito se trata de preparar lo justo para el día, sin desperdiciar ni desechar nada que pueda ser usado hasta su última gota. Se conserva lo necesario y si algo sobra se congela, mientras que en la pastelería se trata de reducir al mínimo los desechos, pero en esta ocasión “Separábamos los residuos porque veíamos que sacábamos mucha basura” (Hogar 8, 2025). En esta casa, no se desecha sin pensar, la lógica es una, evitar el descarte como rutina.

Preparación → Consumo diario → Lo que sobra: se congela en pots herméticos (taper o selladora al vacío) → Uso en días posteriores → Alternativa: reutilización en la once o colaciones → Descarte final casi inexistente → Política activa de “no botar comida” (Hogar 8, 2025)

Figura 17 Basurero inteligente instalado como respuesta adaptativa en contexto doméstico (Hogar 8)



Nota. Elaboración propia. Imagen tomada en el baño del Hogar 8 durante el trabajo de campo en Puente Alto.

Pero no toda la organización doméstica sigue esa línea. En el mismo hogar, el hijo mayor tiene un diagnóstico de trastorno obsesivo compulsivo (TOC), lo que ha transformado prácticas cotidianas de higiene, orden y consumo. Al regresar del colegio, se cambia por completo la ropa, incluso si está limpia, y gasta cantidades excesivas de papel higiénico o jabón. Durante meses, la rutina se volvió insostenible, discusiones, sobrecarga, agotamiento. Frente a eso, la familia decidió optar por adaptarse, instalaron un bidet, un basurero con sensor, un dispensador automático de jabón. El flujo de residuos cambió, y con él el ritmo de la casa, lo que al principio parecía gasto, devino en contención, “Ahora hay menos basura y estamos más tranquilos” (Hogar 8, 2025), resume la madre. No es una política ambiental, es una respuesta emocionalmente situada.

Alta ansiedad al regresar del colegio → Cambio completo de ropa (incluso limpia) → Lavado compulsivo → Uso excesivo de papel → Instalación de bidet y sensores de jabón y basurero → Reducción significativa de residuos y mayor bienestar familiar (Hogar 8, 2025)

Para cerrar este subapartado nos encontramos con el Hogar 10, donde lo que no se usa no se desecha, pero tampoco se acumula sin sentido, se repara. Como plantea Tim Ingold (2014), la materialidad está en flujo, los objetos no son formas acabadas, sino procesos vivos que se moldean en función del gesto, el uso y la transformación. En este hogar, lijar, pintar o reutilizar no implica solo conservar, sino reactivar la relación entre cuerpo, materia y espacio. Una silla coja, una mesa rayada o una botella grande de detergente pueden convertirse, con lija, pintura y tiempo, en mobiliario doméstico útil o en maceteros improvisados. La madre no habla de reciclaje, más que hablar actúan “Recuperamos un velador que era muy antiguo, yo creo que tenía más de 20 años y ese lo lijamos, lo pinté de nuevo y quedó impecable” (Hogar 10, 2025).

Conservación prolongada → Restauración (lijado, pintura, tapizado, limpieza) → Incorporación activa en el hogar → Reactivación material y afectiva (Hogar 10, 2025).

El residuo en el afuera: espacio, puntos y bordes comunitarios

“En Arturo Prat hay muchos microbasurales, en toda la calle donde tomo la micro” (Hogar 2, 2025).

Cada trayecto revela algo, bolsas acumuladas, colchones apoyados en muros, muebles con patas rotas esperando desaparecer, los residuos no solo habitan los hogares, también traspasan las barreras físicas que los contienen. Son restos, sí, pero también son signos, de esta forma algunas esquinas se vuelven estación de paso del residuo, objetos suspendidos entre el uso y el olvido, aún marcados culturalmente por lo que fueron. Desde la perspectiva de Appadurai (1991), los objetos poseen una “vida social”, y cuando son descartados no necesariamente pierden sentido, su circulación incompleta revela trayectorias marcadas por el contexto, el abandono o la posibilidad de reapropiación. Otras esquinas se transforman en espacios de recreación, “En nuestro sector han puesto plantas en lugares donde antes había acumulación de basura, lo que ha mejorado el entorno” (Hogar 10, 2025), la calle también se recicla, transita y cambia, se adapta.

Mientras unos dicen: “Mi casa es grande, el sitio es grande. Tenemos hartos patios” (Hogar 2, 2025), otros reflexionan que “En un departamento pequeño, no tendría el espacio suficiente. Aquí tengo un saco afuera con plástico” (Hogar 1, 2025). Si bien estas voces no aparecieron como críticas, o como conocedoras absolutas, detrás hay una constatación material, de que, para separar, se necesita espacio. La gestión del residuo no es solo una práctica, es una relación concreta entre cuerpos, objetos y metros cuadrados disponibles, ya que, si no hay patio o rincón libre, separar se vuelve traba, estorba, incomoda, lo que hace que se termine desechando todo junto. Desde la mirada de Tim Ingold (2014), la materialidad no debe entenderse como algo estático, sino como un proceso en movimiento. Los objetos se conforman y reconfirman según las condiciones físicas y sociales del entorno, generando relaciones que se transforman en el hacer.

En el Hogar 2 observan como la esquina de su casa se convierte en un basural, con resignación se presenta el cómo muchas de las actividades que se llevan a cabo dentro de los hogares no logran permear al afuera como si lo hacen los objetos, “La esquina de mi casa también acumula cosas, la gente no tiene conciencia de reciclar” (2025). Ella y su familia separan, reutilizan, transforman ropa en muñecas con sus propias manos. Pero el afuera no siempre acompaña, estos circuitos no siempre son suficientes y quien no tiene el espacio o el tiempo, termina recurriendo al afuera, el objeto queda sin destino, suspendido, fuera de lugar.

En contraste, una voz distinta nos presenta una realidad distinta “El espacio en el condominio es organizado, tenemos un área para depositar plásticos y otro para tapas de botellas” (Hogar 4, 2025). El residuo tiene lugar, cuando se lo designa. La diferencia no es sólo espacial, es también simbólica. Algunos residuos circulan, otros quedan suspendidos en el paisaje como materia fuera de lugar.

Ahora bien, no es solo la falta de estructuras la que deriva en estas situaciones “Nos falta información sobre dónde reciclar pilas. Antes había un punto, pero desapareció” (Hogar 4, 2025). A veces la falta de información es la que afecta a la comunidad, otras veces es algo más institucional, “Cuando sacaron el punto de reciclaje, dejamos de separar residuos porque nos dimos cuenta de que todo iba al mismo lugar” (Hogar 10, 2025). En ambos casos, las prácticas colapsan no por falta de voluntad, sino porque la infraestructura se retira sin aviso. El residuo, como objeto en tránsito, queda estancado y cuando su flujo se detiene, lo que era hábito se pierde.

En otros barrios, el problema no es dónde poner el residuo, sino cuándo confiar en que alguien lo retirará. El horario incierto convierte la gestión en ensayo y al objeto en espera vigilada. El residuo no se va solo, no desaparece cuando se lo saca del adentro, del hogar, sino que también requiere pactos temporales, rutinas y una mínima confianza en que el sistema hará su parte. “Sacamos la basura el día que corresponde, pero como no hay hora fija, tenemos que amarrar el basurero para que no se lo roben” (Hogar 3, 2025). Esta articulación entre cuerpo, tiempo y objeto recuerda lo que Bruno Latour (2008) denomina agencia distribuida, en la que los elementos materiales también participan activamente en la configuración de prácticas sociales. El residuo no espera pasivamente, sino que incide, incomoda y organiza decisiones dentro y fuera del hogar.

Por otro lado, encontrar dónde reciclar no siempre es sencillo, ni siquiera cuando el interés existe. Hay hogares que hacen el esfuerzo, pero deben buscar, preguntar, insistir, lo que muchas veces lleva a que desistan. El Hogar 8 relata que “vamos a un punto limpio detrás del centro de extensión Don Ramón” (2025), pero agrega de inmediato, “falta información municipal sobre reciclaje, tuvimos que buscar por nuestra cuenta dónde llevarlo” (2025). La infraestructura no está ausente, pero aparece solo si sabes donde buscar, si dispones de tiempo y espacio, cosa que suele faltar en esta comuna.

Figura 18 Área de disposición diferenciada de residuos plásticos y tapas en condominio de Puente Alto.



Nota. Fotografía tomada en Puente Alto durante trabajo de campo en 2025. Ilustra una zona organizada de separación de residuos en espacios comunes.

Sostener una rutina así requiere más que voluntad, exige tiempo, constancia, y un aprendizaje casi autodidacta. La diferencia, en muchos casos, no está en el deseo, sino en la distancia.

Pero no todas las voces arman escenas completas, a veces quedan frases sueltas, casi al pasar, que condensan el desgaste de sostener prácticas sin apoyo o de ver cómo los residuos se acumulan sin canal. “Nos costó un mundo que vinieran de la municipalidad a buscar los escombros” (Hogar 1, 2025), “Vemos mucha acumulación de basura y falta de conciencia en algunos vecinos” (Hogar 4, 2025), “En el trayecto por Puente Alto veo constantemente basurales en distintos sectores” (Hogar 6, 2025). Otras recuerdan lo que funcionaba, “Antes separábamos cartones, vidrio y Tetrapack cuando había punto de reciclaje cerca” (Hogar 10, 2025). También lo que desearían poder volver a hacer “Nos gustaría reciclar nuevamente, pero necesitamos encontrar un punto limpio más accesible” (Hogar 10, 2025).

No todos los residuos se botan o son totalmente descartables, algunos se heredan, se reordenan, se guardan “por si acaso” o se resignifican en maceteros, muñecas o muebles lijados. Lo que esta primera sección dejó entrever no es un modelo lineal de gestión doméstica, sino una red de decisiones situadas, algunas son tácticas, otras emocionales, algunas se activan por espacio o costumbre, otras por memoria o ausencia.

No todo lo que se desecha pierde valor, ni todo lo que se conserva tiene una función inmediata. Los objetos, incluso los que están al borde del descarte, conservan una vida social, circulan, se transforman, generan acuerdos o tensiones. La gestión cotidiana de los residuos revela, entonces, algo más que una práctica ambiental, muestra un mapa íntimo de vínculos, cuidados, marcas generacionales y respuestas adaptativas al entorno. Estas acciones cotidianas pueden entenderse como tácticas silenciosas que escapan a las normativas institucionales, pero revelan modos de habitar, resistir y reconfigurar el entorno doméstico desde la práctica situada, como lo plantea Michel de Certeau (1990). En Puente Alto, separar no siempre significa reciclar, y acumular no siempre es lo mismo que descuidar.

Más que basura: residuos con valor simbólico

Las decisiones en torno a los residuos no se limitan a lo que se separa o se bota, también se juega algo en lo que se conserva, se guarda en un cajón, se traslada de una mudanza a otra, o simplemente no se toca. En este apartado se desarrollan los hallazgos correspondientes al objetivo específico 2, orientado a identificar los significados culturales y sociales que los hogares otorgan a sus prácticas cotidianas en relación con los residuos. Este capítulo se adentra en esos objetos que persisten, por recuerdo, por afecto, por costumbre o por obstinación, el análisis no gira en torno a la gestión funcional

del descarte, sino a los sentidos materiales, afectivos y simbólicos que algunos residuos activan en los hogares.

Como premisa lo que se acumula no siempre es exceso, a veces es memoria, reparación o resistencia silenciosa. Algunos hogares guardan por si acaso, otros, porque no hay cómo botar, algunos piensan en el que hay objetos que ya no sirven, pero siguen importando. En estas escenas, la materialidad no es neutra (aunque cuando lo es) los residuos también organizan vínculos, marcan generaciones, o guardan duelos.

Por si acaso: acumulación como estrategia y afecto

*“Los recuerdos están en la cabeza, no en los objetos”
(Hogar 4, 2025).*

No todo lo que se guarda es útil, muchas personas piensan que las cosas y el mundo material deben ser categorizados entre útil e inútil, lo que ya no tiene utilidad estorba, ocupa un espacio que podría ser ocupado por otra cosa, una que si tenga valor material, que si sea útil. Algunas cosas se quedan en la casa porque todavía sirven, sí, pero otras no cumplen ninguna función práctica. Se quedan por costumbre, por memoria, por lealtad a la memoria, al uso que alguna vez tuvieron.

En el Hogar 2 por ejemplo, el coleccionismo de objetos en desuso, objetos que ya no cumplen con la función que sus creadores les otorgaron, ayuda a suplir una carencia, a llenar un vacío de una niña que ya no existe, comprar muñecas viejas en la feria se presenta como una lealtad a la niñez interior “Las muñecas que yo guardo son las que no tuve cuando niña, porque éramos superpobres” (Hogar 2, 2025). Lo que se acumula ahí no es exceso, sino infancia compensada, el objeto funciona como archivo, reparación, gesto que sutura algo que antes no se tuvo, hay una biografía afectiva del objeto. Como plantea Kopytoff (1986), las cosas también tienen vidas culturales, y su trayectoria no se define solo por su función inicial, sino por los significados que adquieren al ser reinsertadas en nuevas lógicas de valor.

En el Hogar 3, la acumulación aparece de forma más ambigua “Mi abuela es un poco acumuladora de cosas como, no sé, cajas por si acaso, bolsas por si acaso, pero nunca se nos pasó a nosotros” (Hogar 3, 2025), dice Juliana. Ahí se marcan las diferencias generacionales, no se trata solo de estilos de consumo, sino de formas distintas de nombrar el valor. Lo que para unos es previsión, para otros es estorbo, pero para esto es pertinente observar cómo dos generaciones atrás de la de Juliana, los objetos eran más duraderos, menos accesibles, eran cosas que no se daban por sentado, mientras que en la actualidad las materialidades son mucho más accesibles, menos duraderas y por ende más descartables.

Aun así, Juliana guarda o en sus palabras colecciona piedras “Las que no me gustan no las boto, igual las guardo. Son piedras feas, pero son mías” (2025). Son pequeñas, sin uso, sin brillo, pero cargadas de elección y lealtad. Allí el residuo no desaparece porque fue elegido, y elegir algo, aunque sea feo también lo convierte en propio.

Otras veces, la acumulación no es cosa de hábito sino de vínculo “Tengo una guitarra vieja que no funciona, pero no la quiero botar porque me la regaló mi abuela” (Hogar 6, 2025). El objeto ya no suena, no cumple con tocar melodías, pero sigue transmitiendo algo a Nicol. No tiene función, pero tiene historia, desde la mirada de Miller (2001), los objetos median relaciones sociales, no por lo que hacen, sino por lo que evocan. La guitarra conserva su lugar en el hogar no como instrumento, sino como vínculo encarnado en el gesto de haber sido obsequiada, pese a lo que muchos crean el afecto no se borra con el desgaste, habita en el objeto, aunque esté deje de funcionar.

Figura 19 Cama de gato en buen estado descartada en punto de basura doméstica en Puente Alto.



Nota. Elaboración propia, trabajo de campo en Puente Alto (2024).

En otro punto de este universo aparece una voz más tajante “Los recuerdos están en la cabeza, no en los objetos” (Hogar 4, 2025), quien dice esto es Elsa, madre de dos chicas, quien creció en una casa con exceso de cosas, con una acumulación que la incomodaba, no lo dice enojada, sino como quien ha decidido soltar. Ahí el valor no se deposita en lo material, se retira, se conserva en otro lado. Pero esa frase también marca una posición, no todos los hogares guardan, no todos conservan, ya que sus hijas y esposo se opusieron a esta perspectiva, teniendo que recurrir a esconder sus cosas, sus recuerdos para que estos no fueran desechados por no encajar en el lugar, en el adentro.

En el Hogar 1, Alejandra observa cómo su hijo se desmarca de la lógica heredada, “Vicente no tiene tanto apego a guardar cosas como mi abuela, que almacenaba cosas sin usarlas para que no se echaran a perder” (2025). Entre esas dos orillas, guardar por si acaso y soltar sin culpa, se juega una forma distinta de habitar los objetos. No se trata solo de lo que se conserva o se desecha, sino de cómo cambian los modos de relación con las cosas, lo que antes se pensaba como prudencia, hoy puede verse como peso, lo que antes era gesto de cuidado, hoy se percibe como desorden, sin embargo, entre esas tensiones, los objetos siguen diciendo algo.

En este contexto, acumular no es sólo una decisión práctica, sino una forma de sostener vínculos. Como sugieren Miller (2001) y Kopytoff (1986), los objetos no sólo ocupan espacio, también organizan afectos, activan memorias y trazan relaciones entre el cuerpo, la historia y el entorno. A veces es resistencia, archivo, estrategia, otras es tensión familiar, diferencia de criterios, acumulación por falta de canal. Lo que no se desecha no siempre estorba, a veces sostiene, a veces acompaña, a veces simplemente se queda.

Reutilización como práctica de cuidado

La relación de las personas con los objetos en desuso, descartados o con lo que algunos pueden considerar desechos, no se reduce a botarlos a la basura, ni siquiera se puede reducir al acto de reciclar. En muchos hogares, la relación con los objetos no se define únicamente por su utilidad inmediata, sino por memorias, vínculos y posibilidades futuras, de esta manera a veces se repara para postergar el descarte, otras, se redistribuye para que siga circulando, en ciertos casos, se guarda, aunque ya no sirva, como gesto de cuidado o fidelidad afectiva. También sucede que, cuando se desecha, se hace en soledad, sin consenso, como acto silencioso que ordena, o desordena la vida doméstica.

Alejandra cuenta que, desde siempre, aprendió a arreglar lo que se rompía, no solo por necesidad, sino por una ética recibida generacionalmente “Crecí con el concepto de que, si se puede arreglar, hay que arreglarlo. Tengo máquina de coser, entonces si se rompe, lo arreglo” (Hogar 1, 2025) esto me lo comento luego de mostrarme una enceradora que ocupaba un espacio en el centro de su sala de estar, era grande y se veía antigua. Me comento que era heredada por su madre, y que cada cierta cantidad de tiempo tenía que mandarla a arreglar, pero que lo hacía porque le parecía que era mejor eso que desear algo tan grande y gastar dinero en una nueva, que no sabía si sería tan buena como la que ya tenía.

Ese gesto, lejos de ser anecdótico, encarna una forma de estar en el mundo donde el residuo no es el fin, sino el comienzo de otro ciclo. Lo que ya no se usa dentro de la casa, a veces sigue sirviendo en otro lado, “La ropa que está en buen uso, se la paso a mi papá, él la reparte en un campamento...” (Hogar

Figura 20 Enceradora eléctrica



Nota. Imagen tomada durante el trabajo de campo en Puente Alto, 2025. La enceradora, heredada por Alejandra, representa una práctica doméstica de reparación y conservación material.

1, 2025). Lo que ya no se repara, se deja fluir a otros "...y la que ya no se puede reutilizar la he llevado a almacenes París del Plaza Tobalaba" (Hogar 1, 2025). Ahí, la circulación del residuo se activa desde un criterio afectivo y moral, no todo se bota, pero tampoco todo se queda.

Figura 21 Ropa dispuesta en vía pública para ser recogida por terceros (Hogar 8)



Nota. Elaboración propia. Imagen tomada en Puente Alto durante observación flotante en el entorno del Hogar 8. La bolsa con prendas reutilizables (principalmente jeans)

En otros casos, la reutilización amerita gestos preventivos, para de esa forma evitar problemas, Jane me comento cómo enfrenta los prejuicios que giran en torno a lo que ya ha sido usado "La gente piensa que lo reciclado es malo, pero yo lavo la ropa, uso jabón especial" (Hogar 2, 2025). Lavar esta ropa no es solo higiene, es defensa simbólica, este paso agregado que fácilmente se podría saltar, destaca como los objetos guardan significados que están marcados por el tránsito que han vivido, por su biografía, de esta manera al lavar la ropa se cuida esa imagen, se le quita un poco de la carga simbólica de abandono, para que no tenga la connotación de suciedad, abandonando el mundo material hacia el mundo de las percepciones. Lo que circula no es solo materia, sino agencia compartida, en términos de Latour (2008), los objetos y humanos co-participan en redes de acción donde el residuo adquiere capacidad de reorganizar gestos, prácticas e incluso vínculos sociales.

En otra casa, el vínculo con quienes reciben lo que ya no se usa se va tejiendo con el tiempo "La ropa la regalamos a personas que pasan pidiendo, vuelven y me piden que les guarde ropa" (Hogar 8, 2025). El descarte se vuelve ritual, no hay fecha fija ni destinatario formal, pero sí una continuidad tácita. No se dona una vez a una persona desconocida o anónima, se sostiene un canal, se espera una nueva visita, se genera un vínculo con otro que no estaría de no ser por ese objeto. Lo que se va, no desaparece, circula dentro de un vínculo afectivo.

Pero no todas las decisiones son compartidas, ya que los hogares pueden presentar contradicciones, pues están compuestos por una multiplicidad de personas e ideas, en esa misma casa, otra voz afirma que "Yo voto lo que me molesta, si le preguntara a los demás, nadie votaría nada" (Hogar 8, 2025). El descarte se convierte ahí en afirmación personal, en una lucha por el poder, lo que incomoda, se va sin consulta, sin acuerdo. En ese

gesto aparece una economía del residuo que no es comunitaria ni moral, sino emocional, lo que se retira es lo que ya no encaja.

Como se ha venido mencionando, cada hogar es un mundo con sus propios flujos y perspectivas, en el Hogar 10 por ejemplo las decisiones se reparten, literalmente, en la mesa familiar “Antes, cuando existía el punto de reciclaje, teníamos una rutina de ir a reciclar juntos los sábados” (Hogar 10, 2025). Era un hábito, casi una actividad familiar, cuando la infraestructura desapareció, la práctica se deshizo, pero no del todo, Daniel de 9 años, el más joven de la casa, siguió buscando alternativas, “Es el que más recicla en la casa, le gusta encontrar formas de reutilizar cosas” (Hogar 10, 2025). Ahí el residuo no se desecha ni se estanca, se transforma en posibilidad.

Entre todas estas escenas aparece una trama, no homogénea ni ordenada, pero sí consistente en su densidad. Lo que se conserva, lo que se regala, lo que se suelta o se repara no responde solo a la lógica de la utilidad. Se activa un juicio situado en cada núcleo, y dentro de estos en cada persona, una economía moral del hogar⁵ donde cada objeto se evalúa según su historia, su carga simbólica, su posibilidad de seguir circulando. En ese flujo, los objetos no mueren, se resignifican, se marcan, se transforman, tienen vida social y están en ese tránsito, ayudan a narrar algo más profundo que el orden doméstico, cuentan cómo se cuidan los vínculos, cómo se sostiene lo propio, cómo se decide a veces sin decir lo que vale la pena seguir guardando.

Como plantea Tim Ingold (2014), el valor de los objetos no se encuentra en su forma final, sino en su capacidad de mantenerse en movimiento. En cada reparación, redistribución o gesto preventivo, se teje una relación material que encarna cuidado, no como final de uso, sino como continuidad viva.

Desechar como gesto de orden, limpieza o despojo simbólico

En muchos hogares, desechar no es solo una acción práctica, es un gesto que organiza el espacio, el cuerpo y la vida cotidiana. Lo que se bota no siempre es lo que ya no sirve, sino lo que incomoda, lo que desentona, lo que amenaza con desordenar. Como sugiere Mary Douglas, el residuo no es solo materia fuera de lugar, sino que es un signo que marca lo que debe mantenerse dentro y lo que debe ser expulsado para preservar un cierto orden simbólico.

⁵ Con esto me refiero a las decisiones económicas guiadas por valores, emociones y normas comunitarias, más allá del cálculo racional o monetario

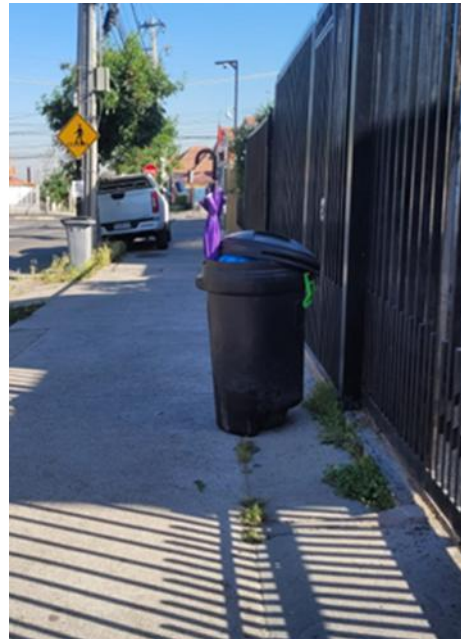
En el Hogar 4, Elsa, la madre, sostiene con convicción una lógica del orden que va más allá de la limpieza. “Yo soy súper limpia, no tengo problema en deshacerme de objetos materiales, pero los demás sí” (2025), me dijo cuando le pregunté por qué eliminaba todo lo que ya no le ‘servía’. En su caso, el descarte no es solo una necesidad práctica, sino también un gesto de control, un modo de marcar los límites de lo que merece estar adentro.

Esa postura se proyecta hacia las generaciones siguientes “Desde chicas siempre les he enseñado a mis hijas a no botar basura en la calle, si comen algo deben guardarlo para botarlo en la casa” (2025), agregó después, casi como si ambas frases dijeran lo mismo en diferentes registros. Allí, el residuo no debe circular sin control, no debe romper la frontera entre el adentro y el afuera. Enseñar a contenerlo es también enseñar a habitar el espacio con cuidado, con una moral del orden que se transmite casi sin hablar.

En otro hogar, la limpieza se hereda como valor, pero también como frontera “Lo de mantener limpio y sacar la basura lo aprendí de mi mamá” (Hogar 6, 2025). El gesto de botar no es solo funcional, es una forma de reproducir una ética doméstica, sin embargo, esa transmisión no siempre se sostiene. En el Hogar 8, la abuela de los chicos lamenta el desorden que percibe desde que la madre de estos tomó el control de la crianza “Yo fui siempre ordenada, les inculqué eso, pero desde que están con su mamá todo quedó más desordenado” (2025). El residuo, en este caso, se vuelve signo de ruptura, de pérdida de control, de desvío en la continuidad de una práctica, de una forma mediante la cual tener poder y dominancia.

Aun así, no todo lo que se guarda es por apego, a veces, acumular también pesa, lo que lleva a repensar las dinámicas que se tienen con los residuos “Antes guardaba más cosas, pero acumularlas hace mal. Hay que irse deshaciendo, regalar o vender” (Hogar 1, 2025), esto lo comenta Alejandra, la misma mujer que trata de arreglar todo lo que pueda ser arreglado. El despojo aparece como alivio, como forma de despejar no solo el espacio físico, sino también el emocional, en ese gesto, el residuo deja de ser resto y se convierte en obstáculo, algunas memorias pesan más de lo que se puede aguantar, algo que hay que mover para poder seguir.

Figura 22 Contenedor de residuos domésticos ubicado en la vía pública en sector residencial de Puente Alto.



Nota. Elaboración propia, trabajo de campo en Puente Alto (2024).

En otro caso, el residuo no solo incomoda, si no que contamina “Hay tabú sobre los residuos, todavía hay gente que cree que trabajar en esto es tratar con basura sucia” (Punto Limpio JDM, 2024). Lo que se desecha no solo se aleja, se estigmatiza, el residuo no es solo lo que se va, sino lo que mancha, lo que baja el estatus, lo que se prefiere no tocar. Esa carga simbólica también aparece en los objetos usados y comprados, nuevamente, es una carga simbólica difícil de desprender “Yo compro ropa usada, pero a mi mamá no le gusta... dice que tiene ‘malas vibras’. Para mí no tiene nada de malo” (Hogar 3, 2025).

Lo reciclado, lo de segunda mano, no siempre transita libremente, a veces arrastra sospechas, energías, juicios, así el objeto no es neutro, nunca logra esa neutralidad, siempre está marcado. En ese tránsito, el residuo no se comporta como una materia pasiva, se activa, desordena, reorganiza. Forma parte de relaciones donde no solo las personas deciden, sino donde también lo descartado participa. Lo que Latour llamó alguna vez “agencia distribuida” está presente en cada bolsa, cada objeto que incomoda, cada gesto que intenta reordenar.

Lo que este segundo objetivo dejó entrever no es una lógica única del residuo, sino una constelación de gestos situados donde reutilizar, acumular o desechar activan vínculos, memorias y tensiones domésticas. A veces se conserva por cuidado, otras se guardan por lealtad afectiva o por costumbre, y en ciertos casos se desecha no por inutilidad, sino por incomodidad, estorbo o deseo de recuperar el control. Como propone Daniel Miller (2001), los objetos median relaciones, no se limitan a ocupar espacio, sino que lo organizan socialmente. De forma similar, Latour (2008) sugiere que los residuos no actúan desde los márgenes, sino como actores que configuran decisiones, rutinas y afectos dentro del hogar. En este mapa material y emocional, cada elección revela una economía moral situada, en la que el residuo no es solo desecho, sino también memoria, ruptura o resistencia.

La ecología del cotidiano: residuos, responsabilidad y percepción

Este apartado se enmarca en el objetivo específico 3 de la investigación, el cual busca examinar cómo las prácticas domésticas de disposición y reutilización configuran la percepción y valoración del impacto sobre el medioambiente. A diferencia de una lectura técnica o institucional del entorno, aquí lo ambiental se interpreta desde lo cotidiano, ya que es en esta categoría en la que las personas se desenvuelven, así nos vemos enfocados en lo que se separa, en lo que incomoda, en lo que se transforma o en lo que, por falta de canales, se estanca. Los residuos ya han dejado de ser solo un resto físico y en los apartados anteriores se convirtieron en signos que organizan la experiencia territorial, afectiva y simbólica de quienes los habitan.

En Puente Alto, las prácticas domésticas revelan que la conciencia ambiental no siempre se nombra explícitamente, pero sí se encarna en gestos mínimos, en decisiones situadas que resisten, se adaptan o simplemente sobreviven a las tensiones materiales que impone el contexto. Lo que se guarda por afecto, lo que se desecha como exceso y lo que se recicla con esperanza configuran una ética relacional donde la agencia individual convive con la fragilidad institucional. Como plantea Mary Douglas (1986), lo que se considera impuro o fuera de lugar no depende de su composición física, sino de los marcos simbólicos que le otorgan sentido dentro de una comunidad.

Este análisis, entonces, se propone observar no solo qué prácticas tienen lugar, sino qué lecturas activan estas prácticas sobre el medioambiente, qué emociones, qué frustraciones y qué vínculos se ponen en juego al momento de decidir qué se conserva, qué se bota y qué se deja circular. A partir de escenas domésticas, fragmentos de conversación y recorridos territoriales, el siguiente apartado explora cómo los residuos moldean no solo el paisaje urbano, sino también las percepciones sobre el entorno, la responsabilidad compartida y el futuro habitable.

Percepciones ambientales desde lo cotidiano

La conciencia ambiental no siempre se nombra con ese término, pero emerge igualmente adoptando distintas formas, en un malestar, en una bolsa que no se acumula, en un ratón que aparece donde no debería. En los hogares entrevistados, el impacto ecológico no se piensa en abstracto, sino desde lo que se ve, se huele, se teme. A veces, se encarna como una amenaza, otras, como responsabilidad cotidiana y muchas veces, como una frustración que no encuentra canal.

Para algunas personas, el residuo fuera de lugar activa una reacción inmediata “Obvio que, si alguien bota cosas en la calle está contaminando, visual y literalmente. Y los perros, las palomas, cualquiera se lo puede comer” (Hogar 3, 2025), sin hablar de ‘ambiente’ pero nombrando con precisión el daño. Otras voces cuentan escenas parecidas “La basura acumulada puede atraer plagas. Tuvimos ratones en el pasaje por alguien que acumulaba demasiado” (Hogar 1, 2025), “La basura atrae plagas, hay ratones en algunos sectores” (Hogar 2, 2025), “Ver ratones en la calle, cerca de casas improvisadas, me estresa” (Hogar 4, 2025).

Allí, el residuo no es un símbolo abstracto, es un agente incómodo, transmisor, intruso, los ratones se posicionan como algo inseparable de los residuos, al menos de los que coexisten fuera de los hogares, o en algunos casos en hogares ajenos. Desde la lógica de Douglas (1986), lo impuro no se define por lo físico, sino por lo que amenaza el orden. Así, la basura, al irrumpir en espacios comunes, activa juicios morales y fronteras simbólicas que separan lo habitable de lo que debe ser excluido.

Ese malestar, sin embargo, no siempre deriva en parálisis o en una existencia paralela. Algunas personas activan prácticas sostenidas “Separar residuos ayuda al medio ambiente, yo saco una o dos bolsas pequeñas de basura a la semana porque reciclo mucho” (Hogar 2, 2025). En otro hogar, el compromiso se volvió rutina compartida “Intentamos aportar en el manejo de residuos para reducir nuestra huella de carbono” (Hogar 10, 2025). Como plantea Miller (2005), los objetos y prácticas domésticas no sólo reflejan valores, sino que configuran relaciones. Separar, almacenar, o resignificar no es solo una acción funcional, sino un modo de habitar éticamente el entorno. Lo ambiental generalmente no se vive como militancia verde, las personas no están pensando constantemente en si lo que hacen es político o no, se piensa como un conjunto de gestos cotidianos que se van aprendiendo, sosteniendo, transmitiendo.

Pero, pese a esto, no todas las percepciones se traducen en entusiasmo o en prácticas concretas, algunas voces transmiten urgencia, cansancio o ansiedad. “Tenemos que ser conscientes, si no nos vamos a morir” (Hogar 4, 2025), Elsa no lo dijo como si estuviera repitiendo una propaganda, surgió de la angustia, de pensar constantemente en sus hijas y el mundo que les heredarían, al menos así es como me lo presento.

“La acumulación de residuos genera plagas como moscas y ratas, afectando la salud pública” (Hogar 10, 2025), “La acumulación de basura afecta emocionalmente y en la salud de quienes viven cerca” (Hogar 6, 2025). Lo ambiental no solo se observa, se encarna, se siente como carga física y también emocional. En varias entrevistas aparece, además, una crítica al sistema de producción y consumo, la madre de Fabiola, quien es parte de una generación que vivió la transición al mundo actual mencionaba que “Antes todo era en vidrio, ahora estamos obligados a comprar plástico” (Hogar 8, 2025). El problema ya no es solo qué hacer con los residuos, sino cómo se fabrican, quién decide su materialidad, cómo se impone el descarte. Frente a eso, hay quienes sienten que reciclar no basta “Sabemos que el reciclaje reduce el impacto ambiental, pero el problema es la producción de plásticos” (Hogar 8, 2025).

El plástico no se limita a ser fabricado y consumido, se inserta en redes de acción que inciden en los modos de vida, en lo que se decide comprar, acumular o desechar. Lejos de ser un material neutro, su presencia organiza rutinas, hábitos y políticas, como plantea Latour (2008), donde lo material no solo acompaña las prácticas sociales, sino que participa activamente en su configuración

Ese escepticismo se acompaña a veces de impotencia o desilusión, “La gente está cómoda, si reciclar implicara más esfuerzo, prefieren tirar todo a la basura” (Hogar 8, 2025). Así, el gesto ambiental no siempre se sostiene como convicción, sino como excepción, algo que cuesta mantener cuando no se tiene compañía, infraestructura ni respaldo institucional.

Pero incluso en ese contexto, la esperanza puede surgir como una motivación fuerte “Uno ve a las nuevas generaciones y quiere dejarles un entorno más limpio” (Hogar 4, 2025), expresa una madre. “Nos preocupamos de cómo nuestros hijos van a vivir en el futuro” (Hogar 10, 2025), dice otra. El ambiente, el afuera se piensa como herencia, no solo un lugar habitable, sino una muestra mínima de cuidado que se deja a quienes vienen.

De esta manera el aprendizaje no siempre es escolarizado, no proviene de campañas estatales ni de capacitaciones formales “Ver lo que está pasando en el planeta genera conciencia” (Hogar 4, 2025), son palabras de alguien que no necesita leer informes para intuir que algo no anda bien. Lo ambiental se aprende mirando alrededor, acumulando frustraciones, compartiendo estrategias y sosteniendo con persistencia saberes autodidactas.

En ese entramado, los residuos dejan de ser simples restos materiales, son también signos, como propuso Mary Douglas, aquello que se desecha define qué se ordena y qué se margina. En estos hogares, lo que se recicla, se guarda o se tira no responde solo a su función, sino a una lectura situada sobre el mundo, los vínculos y el futuro. Aunque esas decisiones parezcan mínimas, están organizando una ética ambiental doméstica que merece ser reconocida.

Separar, transformar, enseñar: acciones mínimas con sentido amplio

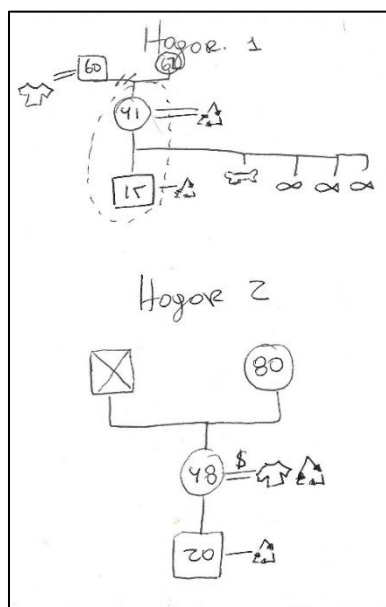
En los hogares de Puente Alto, la gestión de residuos no se reduce a eliminarlos. Muchas personas desarrollan prácticas cotidianas que transforman el descarte en algo útil, simbólico o al menos no dañino, como el compostaje, la reparación, la reutilización de frascos o la transformación de envases en camas para gatos (Hogar 2, 2025) estas prácticas dan cuenta de una creatividad que, sin grandes recursos, reconfigura el vínculo con los objetos descartables. En ese gesto hay resistencia ante una cultura del consumo acelerado, donde se activan pequeñas formas de resistirse.

Estas estrategias no suelen surgir de campañas institucionales, en muchos hogares, son fruto de aprendizajes autodidactas, observaciones prácticas y reflexiones propias sobre el entorno. “No recibimos información sobre reciclaje, aprendimos solos” (Hogar 8, 2025), lo que los llevo a que “El aceite usado lo reciclamos después de ver cuánto contamina el agua” (Hogar 8, 2025). Esta conciencia se construye mirando, compartiendo, probando, no hay manuales, pero sí una ética situada que emerge entre gestos de reparación, recolección y cuidado. En el hogar 4 Elsa comento que “Los muebles modernos se dañan rápido y es difícil repararlos. Antes la madera se reutilizaba, ahora todo es más desechable” (Hogar 4, 2025), en ese gesto, cuando Elsa menciona que los muebles modernos se dañan rápido y no se pueden reparar, lo que está diciendo va más allá de la madera. Está hablando de un modelo de consumo que impone lo efímero y desplaza la posibilidad de cuidado. Arnold J. Bauer lo pensó desde otro ángulo, pero llega a lo mismo, lo

que las personas compren y desechan no es solo función, es identidad, es forma de estar en el mundo.

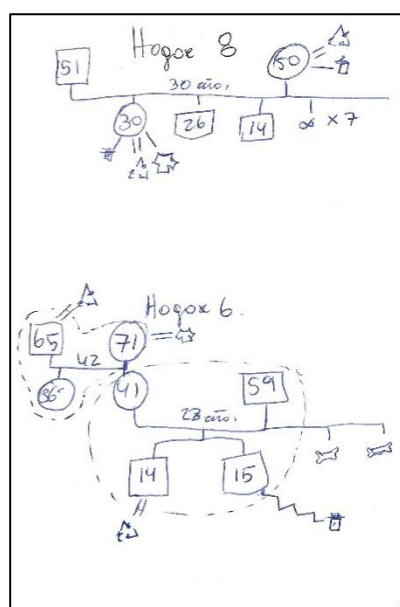
Las rutas que toman los residuos dentro de los hogares, entre el deseo de cuidar, la infraestructura disponible y los vínculos afectivos, fueron representadas mediante diagramas visuales. Estas figuras permiten observar los flujos de decisión, acumulación, reparación y redistribución simbólica que emergen en distintos núcleos familiares de Puente Alto.

Figura 24 Representación esquemática de flujos y conexiones



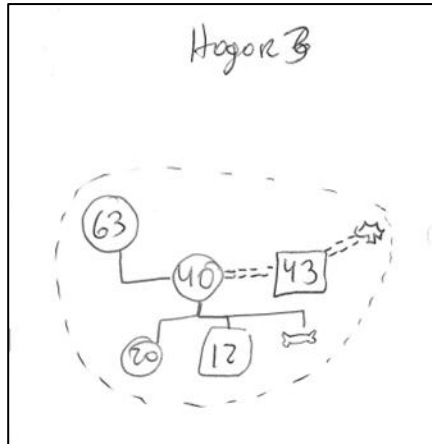
Nota. Los diagramas etiquetados corresponden al Hogar 1 y Hogar 2. Elaboración propia.

Figura 23 Representación esquemática de flujos y conexiones



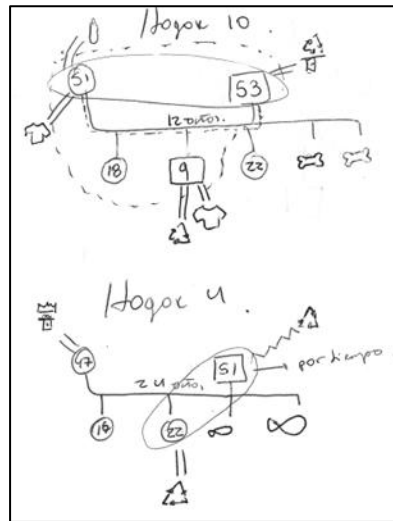
Nota. Los diagramas etiquetados corresponden al Hogar 6 y Hogar 8. Elaboración propia.

Figura 25 Representación esquemática de flujos y conexiones



Nota. Los diagramas etiquetados corresponden al Hogar 3. Elaboración propia.

Figura 26 Representación esquemática de flujos y conexiones



Nota. Los diagramas etiquetados corresponden al Hogar 4 y Hogar 10. Elaboración propia.

La infraestructura disponible no siempre acompaña estas estrategias, por ejemplo, en varios relatos se evidencia que la voluntad de separar y reciclar convive con barreras materiales: “Intentamos juntar tapas para una fundación, pero el contenedor desapareció y dejamos de hacerlo” (Hogar 1, 2025); “Hay días en que llevo bolsas de reciclaje al auto y cuando llego al punto limpio, me dicen que está clausurado” (Hogar 1, 2025). Lo que antes se hacía con constancia, ahora queda suspendido por falta de canales claros. Incluso quienes desean continuar reciclando deben adaptarse a nuevas rutas, “El punto limpio donde íbamos cerró, así que ahora tenemos que ir al del mall” (Hogar 1, 2025).

Este traslado revela la fragilidad del sistema, donde lo ambiental no depende solo del deseo, sino también de la proximidad, la infraestructura y la confianza comunitaria: “Si no existieran lugares adecuados para reciclar, mucha más gente botaría todo en la basura” (Hogar 1, 2025). Cuando ese objeto ya no tiene canal, cuando el punto limpio desaparece sin aviso o cuando el trayecto se alarga hasta el mall, lo que se pierde no es solo infraestructura, sino sentido. Appadurai pensaría que ese corte interrumpe la vida social del objeto, lo saca de la red que lo sostenía, lo devuelve al silencio del descarte.

Estas tensiones también se vinculan al espacio doméstico. “Es difícil separar residuos si no tienes espacio suficiente, como en los departamentos pequeños” (Hogar 1, 2025), se menciona en el mismo hogar, donde antes vivían en un departamento, pero ahora habitan una casa con patio. Allí el acto de reciclar no solo implica voluntad, sino también metros disponibles, coordinación familiar y accesibilidad territorial. Por otro lado, en un hogar que también dispone de espacio se encuentran problemáticas igual “En Puente

Alto hay pocos puntos limpios, la gente recicla solo si conoce los lugares” (Hogar 2, 2025). Lo ambiental se construye así entre el deseo y la posibilidad, mostrando que el entorno influye tanto como la conciencia.

La educación ambiental aparece como eje en disputa, ya que muchas personas la reclaman, no como ideal abstracto, sino como herramienta concreta, “Se debería educar más a la gente en reciclaje. En mi comuna aún falta conciencia ambiental” (Hogar 2, 2025), expresa una entrevistada. En otra conversación, donde la madre es profesora se señala que enseñar a las niñas no es tarea fácil “Enseñar a los niños en la escuela sobre reciclaje es difícil, cuesta que entiendan que no deben botar botellas y papeles en el suelo” (Hogar 1, 2025). Sin embargo, ese momento en la educación de los seres humanos es importantísima, ya que “Los niños son clave en el cambio de conciencia ambiental, influyen las prácticas de los adultos” (Hogar 10, 2025). Pero también puede quebrarse cuando la institucionalidad no sostiene, puesto que en el mismo hogar mencionaron que “El colegio de Daniel tenía un punto de reciclaje, pero lo retiraron porque lo usaban mal y quemaban residuos en él” (Hogar 10, 2025).

Emerge entonces una lectura compartida, donde la gestión ambiental no puede recaer solo en el ciudadano “La responsabilidad del reciclaje debe ser compartida entre las personas y las instituciones” (Hogar 6, 2025). En este marco, las iniciativas municipales son percibidas como necesarias, pero aún insuficientes, “El problema de los microbasurales es comunitario, las personas los generan, pero el municipio también tarda en retirar los escombros” (Hogar 10, 2025).

Hay quienes proponen acciones concretas para fortalecer esa alianza, pero manteniendo la responsabilidad en las instituciones “Sería ideal que el municipio tuviera un camión de reciclaje que pasara ciertos días y recogiera los residuos” (Hogar 8, 2025). Otros enfatizan el valor de la educación “El municipio debería educar más, generar difusión en juntas de vecinos y comunidades de adultos mayores” (Hogar 4, 2025). Lo que se condice con quienes conviven más estrechamente con los residuos, las trabajadoras del Punto Limpio JDM (2024) “La gestión ambiental no depende solo del municipio, sino también de la comunidad”.

Separar, transformar y enseñar aparecen entonces como prácticas cotidianas que, lejos de ser menores, activan sentidos éticos, responsabilidades compartidas y vínculos sociales. No se trata únicamente de qué se bota, sino de cómo se interpreta, quién lo gestiona y qué circuito lo sostiene. En ese cruce, la basura deja de ser un resto físico para convertirse en signo urbano que revela tanto lo que se conserva como lo que se margina. Los residuos no se limitan a ser objetos físicos que circulan de una casa a otra, de una feria a la calle, también hablan. Douglas e Isherwood lo dijeron con claridad, los bienes no solo sirven, también comunican. En cada frasco

guardado, en cada prenda donada, se arma una trama que expresa vínculos, pertenencias, distancias.

Tensiones, límites y contradicciones en la percepción del impacto

Para finalizar con los resultados retomaré la idea que proviene de los relatos recogidos, donde la basura no aparece solo como un resto material, sino como un signo que organiza la experiencia urbana y doméstica. Lo que se acumula, lo que se recicla y lo que se evade no solo responde a motivos funcionales, sino a estructuras simbólicas que articulan tensiones entre deseo, posibilidad y percepción. Como plantea Mary Douglas, la suciedad no es una categoría objetiva, sino aquello que desordena lo esperable, lo que se desplaza fuera de lugar y amenaza la clasificación social. En este sentido, los residuos, especialmente los visibles en el espacio público, activan juicios, emociones y narrativas de exclusión.

La contradicción entre prácticas sostenibles y barreras estructurales aparece con nitidez en varios testimonios. Lo que podría ser rutina se interrumpe por falta de canales estables, espacios confiables o infraestructura continua, lo que se mostró en el subapartado anterior, donde el hogar de Alejandra fue el que más sufrió de estos cambios, pero no fue el único. La voluntad queda suspendida, no por falta de compromiso, sino por un sistema que falla en su sostenibilidad, así el residuo, en vez de convertirse en recurso, queda atrapado en una red que no lo recibe. En este paisaje donde el consumo no siempre implica posibilidad y el descarte revela más que sólo una ausencia, también se juega una forma de identidad. Bauer no habló directamente de residuos, pero su reflexión sobre los objetos como parte de lo que somos permite ver cómo en Puente Alto, lo que se conserva o se deja ir estructura pertenencias, gestos de cuidado y distancia simbólica.

En otros casos, los hogares reconocen su esfuerzo, por ejemplo, Jane trabaja con los residuos, pero aun así menciona que “Yo reduzco lo que puedo, cuido el agua, la luz, recojo las hojas y las tiro al compostaje” (Hogar 2, 2025), “El aceite usado lo reciclamos después de ver cuánto contamina el agua” (Hogar 8, 2025). Estas acciones cotidianas revelan una ética situada, como propone De Certeau (1990), en la que la resistencia no ocurre como acto político explícito, sino como una táctica diaria entre el reciclar, cuidar y conservar. Sin embargo, la percepción de inutilidad persiste cuando no hay infraestructura que permita sostener estas prácticas “En Puente Alto hay pocos puntos limpios, la gente recicla solo si conoce los lugares” (Hogar 2, 2025). El residuo deja entonces de participar en un ciclo y se devuelve a la categoría negativa de residuo visual, de acumulación y obstáculo.

De esta manera la tensión no se reduce a lo material, sino que también emerge también en la distribución de responsabilidades “El problema de los microbasurales es comunitario, las personas los generan, pero el municipio también tarda en retirar los escombros” (Hogar 10, 2025). Lo ambiental se vive

entre el desborde de lo propio y la omisión de lo público. Como se mencionaba en la obra de Appadurai, los objetos no solo circulan, sino que se marcan culturalmente y ese marcaje determina su exclusión o conservación. La basura desde este enfoque ya no es solo material desechado, pasa a convertirse en un signo que delimita quién tiene poder para gestionar, quién observa desde afuera y quién queda señalado como responsable.

Con esto en mente emerge el deseo de una articulación más clara entre lo doméstico y lo institucional “Sería ideal que el municipio tuviera un camión de reciclaje que pasara ciertos días y recogiera los residuos” (Hogar 8, 2025), propone una familia que ha sostenido prácticas por cuenta propia. En esa frase aparece no solo una demanda funcional, sino la necesidad de construir confianza en las instituciones, saber que lo que se separa se recoge, que lo que se cuida encuentra continuidad. Como sugiere Miller, los objetos que desechamos no desaparecen, continúan moldeando relaciones, estructurando afectos y delineando trayectorias. Cuando ese ciclo se interrumpe, la basura no se convierte en nada, vuelve a percibirse como un problema, un residuo persistente que inscribe sus tensiones sobre el cuerpo urbano.

Así, las contradicciones en la percepción del impacto ambiental no surgen por desinterés, sino por condiciones materiales, simbólicas y estructurales que modelan las decisiones de los hogares. En Puente Alto, el gesto ambiental está atravesado por la conciencia de lo que se podría hacer, de lo que se quiere hacer, y de lo que por falta de canales, espacio o claridad no se puede sostener. Allí, los residuos no solo se gestionan, más bien se interpretan como signo, como síntoma, como resto que también revela el estado del vínculo entre comunidad, cuerpo y territorio. Como señalan Douglas e Isherwood, los objetos materiales no son solo instrumentos que resuelven necesidades. También comunican vínculos, tensiones y formas de habitar el entorno, lo que se conserva, lo que se acumula, lo que se hace circular o lo que se margina, está contando algo sobre las relaciones que las familias construyen con sus cuerpos, sus espacios y sus símbolos.

Lo que este tercer objetivo dejó entrever es que la conciencia ambiental no siempre se explica con términos técnicos ni se canaliza por vías institucionales, pero sí se encarna en gestos cotidianos, decisiones situadas y vínculos compartidos. Separar, transformar y enseñar no son solo acciones prácticas, son formas de resistir lo efímero, de cuidar lo habitable y de sostener el vínculo con un entorno que a veces no responde.

En Puente Alto, reciclar implica recorrer trayectos, reorganizar rutinas y asumir una responsabilidad que no siempre encuentra apoyo. Como sugieren los hogares y el pensamiento de quienes han reflexionado sobre la materialidad y el consumo, los objetos desechados no desaparecen, siguen hablando, marcando el cuerpo urbano y delineando el vínculo entre lo doméstico, lo público y lo posible. Esa ética ambiental, tejida sin manuales, es también una forma de imaginar el futuro.

4.2 Conclusiones

Cuando comencé esta investigación tenía una idea muy clara de lo que quería obtener. Mi idea siempre fue que somos lo que desechamos, que en el proceso de elegir qué conservar, qué botar, qué regalar, etc., nos estamos viendo a nosotros mismos, que los residuos son un espejo de lo que somos. Es con esta idea que decidí partir esta investigación, aunque durante el proceso experimenté muchos cambios, algunos inspirados por mi marco teórico, otros por lo que observé en las calles, hogares y en los espacios comunes de Puente Alto.

Así, lo que comenzó como una inquietud se canalizó mediante la pregunta ¿cuáles son las prácticas cotidianas de gestión de residuos domiciliarios que implementan los hogares de Puente Alto?, esto como una ventana a la pregunta que realmente me motivaba, la cual fue ¿cómo se comprenden y significan estas prácticas cotidianas por parte de los hogares que reciclan? De esta manera no se trataba solo de entender qué se desecha o cómo se recicla, sino de descubrir qué significados, vínculos y tensiones se movilizan cada vez que un objeto deja de tener uso. De esta manera logré analizar las prácticas cotidianas de gestión de residuos domiciliarios llevadas a cabo por los hogares de Puente Alto, y explorar cómo estas prácticas son comprendidas y resignificadas por los hogares.

No se trató de una investigación técnica ni institucional, lo que quise hacer fue posicionarme desde abajo, desde los hogares, desde las prácticas reales que no siempre son registradas en informes o discursos públicos. Fue una investigación situada, anclada en el cotidiano, en lo que se hace sin nombrarlo, en los gestos que pasan desapercibidos pero que sostienen lo ambiental desde otras lógicas. El enfoque etnográfico me permitió estar ahí, escuchar más allá de lo explícito, acompañar procesos, mirar objetos y rutinas que no suelen considerarse parte del problema ecológico. Pero que, sin embargo, lo son.

Para poder entender todo eso, fue necesario recurrir a una metodología que me permitiera entrar en los espacios cotidianos sin interrumpirlos. El trabajo etnográfico, combinado con entrevistas, recorridos y observación, me ayudó a ver cómo lo ambiental no aparece como categoría explícita, pero sí se filtra en cada decisión, cada objeto, cada resto que se acumula o se transforma. Aunque no es lo más común dentro de la antropología, la encuesta que realicé resultó ser mucho más útil de lo que esperaba. Algunas veces me cuestionaron su inclusión, pero fue gracias a ella que pude identificar ciertos patrones y silencios que terminaron guiando mis entrevistas y observaciones. Lejos de simplificar, me ayudó a abrir preguntas y hacer visibles cosas que muchas veces se viven, pero no se dicen.

Ahora bien, respecto a mis resultados, durante el trabajo de campo lo que observé fue que los hogares comúnmente no operan bajo grandes modelos de gestión ni discursos ambientalistas. Lo que vi más bien fueron

estrategias que se sostienen con lo que se tiene a mano, en lo que se improvisa, en lo que se puede. De esta manera se hacen desde la costumbre, el espacio disponible, las dinámicas familiares y los tiempos que permite cada rutina, por lo que en algunos casos se separa, en otros se acumula, se repara o se deja circular. Lo ambiental aparece como parte de la vida cotidiana, no como un marco normativo, sino como una práctica situada que responde a lo que se puede sostener en contextos materiales específicos.

Así lo que las familias hacen con los residuos no es solo una acción funcional, ya que detrás de cada decisión, incluso de las que parecen automáticas, hay una forma de relacionarse con el entorno y de organizar la vida cotidiana. Separar implica reconocer valor, conservar puede ser una manera de sostener la memoria y desechar muchas veces requiere negociar entre lo útil y lo simbólico. Estas prácticas no se presentan como discursos sobre el medioambiente, pero sí activan una ética que se construye desde lo doméstico, en el día a día, con lo que cada hogar considera necesario, posible o justo.

Si bien esta investigación se enfocó en las prácticas domésticas situadas, no se desconoce el rol que cumple la institucionalidad en la promoción y sostenimiento de ciertas estrategias de reciclaje. Lo que muestran los antecedentes es que en Puente Alto existe un despliegue municipal robusto que facilita parte del acceso. Sin embargo, lo que se observa en los hogares es que esa infraestructura no determina ni garantiza las prácticas, las cuales también se activan desde lo doméstico, incluso cuando las instituciones fallan o se retiran. Por tanto, más que excluir a las instituciones, lo que se plantea es que su presencia puede potenciar, pero no sustituir, la agencia situada que sostiene el reciclaje desde lo mínimo.

Con esto en mente, lo que vi en los barrios y hogares de Puente Alto confirmó que el residuo no es solo un resto material, sino también un signo que organiza el espacio, activa juicios y marca lo que debe ser excluido. Como planteaba Mary Douglas (1986), la suciedad no es una condición objetiva, sino una percepción construida desde el orden social. Lo que está fuera de lugar, lo que incomoda o interrumpe la rutina, se clasifica como desecho, incluso cuando mantiene valor o uso. En ese sentido, la basura no solo reveló prácticas cotidianas, también delimitó fronteras simbólicas entre lo que se considera aceptable y lo que se margina, tanto dentro de los hogares como en las calles.

En varios de los casos que observé, resulta evidente que la voluntad de los hogares no siempre es suficiente. Las barreras institucionales aparecen en lo cotidiano, en la falta de canales, en la ausencia de respuestas prácticas, ya que, aunque muchas familias intentan organizar sus residuos y sostener rutinas, lo estructural termina interrumpiendo esos esfuerzos.

Durante el trabajo de campo observé que en muchos hogares algunos objetos se conservan no por utilidad, sino por afecto, de esta manera surge la pregunta de cuando un objeto se vuelve un desecho, porque algo que no le

sirve a alguien, que no cumple con su función inicial y que puede hasta estorbar, no se bota, no se convierte en desecho porque tiene historia, vínculo. En varios casos, acumular no respondía a una lógica material, sino emocional, porque lo que se guarda puede ser una forma de resistir el descarte, de sostener memorias, de preservar una presencia que no se quiere perder. Estas decisiones, lejos de ser irracionales, muestran cómo lo doméstico se organiza también desde lo simbólico.

De esta manera a lo largo del trabajo observé que muchas decisiones sobre qué conservar, desechar o transformar no responden a criterios de utilidad o eficiencia. Hay objetos que se mantienen por afecto, por lo que recuerdan, por lo que conectan, en ese sentido, la economía doméstica que se configura en los hogares no es solo práctica, también está atravesada por memorias y por lo que se quiere sostener. Como plantea Bauer (2002), estas decisiones se guían por una economía moral, donde los valores que operan no siempre son visibles, pero están presentes en las elecciones cotidianas que organizan lo que se guarda y lo que se deja ir.

Lo observado en terreno muestra que las fallas no provienen únicamente de las instituciones, puesto que también las formas de cuidar se ven tensionadas cuando no existen las condiciones para sostenerlas. En muchos casos, la gestión de los residuos termina siendo una tarea doméstica que acumula esfuerzo, tiempo y frustración. Cuando el sistema no responde, el cuerpo doméstico se hace cargo, haciéndose con lo que se tiene, desde rutinas que intentan compensar la ausencia estructural.

También fue posible observar que la educación ambiental no se transmite como norma establecida ni se hereda desde discursos oficiales. Más bien, se construye en el cotidiano, al mirar lo que otros hacen, al probar formas propias y al compartir estrategias que permiten sostener ciertas prácticas. En los hogares, lo que se aprende sobre los residuos no llega en forma de manual, sino que se transmite desde la experiencia situada, adaptándose a lo que cada familia considera válido, posible o necesario en función de su contexto material y simbólico.

En ese recorrido, fue evidente que los objetos no solo acompañan las prácticas cotidianas, también las organizan, las activan o las interrumpen. Algunas decisiones domésticas se toman por la presencia insistente de ciertos materiales, que incomodan, que ocupan espacio, que presionan rutinas. Como propone Bruno Latour (2005), los elementos materiales participan activamente en las relaciones sociales, no son meros receptores de acción, en los hogares observados, la agencia no estaba solo en las personas, sino también en los objetos, que impulsaban gestos, canalizaban decisiones o marcaban los ritmos de lo cotidiano.

En diálogo con Tim Ingold (2011), en mis resultados también descubrí que la materialidad no permanece fija, sino que está en continuo flujo, lo que se desecha no siempre desaparece, muchas veces se transforma, se acomoda o se reinserta en nuevas prácticas. En los hogares observados, los

objetos descartados se vuelven insumo para gestos de cuidado, estrategias de reparación o vínculos simbólicos que los reubican en otros circuitos. En ese tránsito, el residuo deja de ser fin y se convierte en posibilidad, en signo de adaptación y continuidad.

Por todo lo anterior, puedo decir que los residuos no solo transitan entre espacios, también narran, ya que en cada objeto conservado, descartado o reutilizado se inscribe una escena doméstica, una tensión urbana, una posibilidad comunitaria. Desde las prácticas cotidianas que activan los objetos, hasta los vínculos que lo transforman, el residuo se vuelve testigo material de decisiones, afectos y modos de habitar el entorno. Esa narrativa fragmentada, que emerge desde lo mínimo, ayuda a comprender cómo se organiza simbólicamente lo doméstico, lo público y lo ambiental.

Considero que este análisis aporta desde la antropología porque permite mirar el desecho no solo como resto material, sino como signo cultural que organiza relaciones, jerarquías y significados desde lo mínimo. Al observar lo que se conserva, lo que se transforma y lo que se desecha, se revelan formas cotidianas de ordenar el mundo, asignar valor y sostener vínculos. Esta perspectiva muestra que lo ambiental no se construye únicamente desde grandes discursos, que es a lo que estamos acostumbrados, o lo que uno esperaría, sino desde prácticas situadas que encarnan tensiones entre lo útil, lo simbólico y lo afectivo. A partir de estos hallazgos, se abre la posibilidad de seguir preguntando cómo circula el residuo en otros territorios, qué narrativas locales configuran su gestión, y qué futuros posibles emergen desde gestos que persisten, aun cuando el sistema no los reconozca.

Lo que observé en los hogares de Puente Alto es que desechar, conservar o transformar objetos no depende de grandes sistemas de gestión ni de discursos ambientales establecidos. Son decisiones que se toman desde la experiencia, desde el vínculo con lo material, desde lo que se puede sostener en soledad, a veces sin validación externa. Esta investigación mostró que las relaciones entre las personas y sus residuos no siempre se explican, pero sí organizan espacios, ritmos y afectos. Aunque el sistema no siempre acompaña, los gestos se mantienen, es en esa insistencia, donde aparece una forma de cuidar que no pide permiso, que no se basa en lo ideal, pero que sostiene lo habitable desde lo que cada hogar considera justo, posible y necesario.

Bibliografía

- Aleluia, J., & Ferrão, P. (2016). *Characterization of urban waste management practices in developing Asian countries: A new analytical framework based on waste characteristics and urban dimension*. *Waste Management*, 58, 415-429.
- Álvarez Abel, R. (2004). Conchales arqueológicos y comunidades locales de Chiloé a través de una experiencia de educación patrimonial. *Chungará (Arica)*, 36(Supl. espect2), 1151–1157. <https://doi.org/10.4067/S0717-73562004000400049>
- Ameigeiras, A. (2006). El abordaje etnográfico en la investigación social. En I. V. (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 107-151). Gedisa.
- Appadurai, A. (1991). *La vida social de las cosas: Perspectiva cultural de las mercancías*. Grijalbo.
- Araya, B. (2024). *Diario de campo*. Archivo inédito. Universidad Alberto Hurtado, Puente Alto, Chile.
- Araya, B. (2024). *Formulario de investigación: Identidades de desecho. Explorando la gestión de residuos y sus implicaciones socioespaciales en Puente Alto, Santiago de Chile*. Universidad Alberto Hurtado. Recuperado de https://docs.google.com/forms/d/e/1FAIpQLSeD4TNc1skfCXAmHjmFQ4lPzpPZgzEkoUcFCniEOjpSSMNSfg/viewform?usp=sf_link
- Araya, B. (2024). *Fotografías de registro personal*. Archivo inédito. Universidad Alberto Hurtado, Puente Alto, Chile.
- Araya, B. (2024). *Notas de campo*. Archivo inédito. Universidad Alberto Hurtado, Puente Alto, Chile.
- Araya, B. (2024). *Trabajadores de Punto Limpio JDM, en focus group*. Archivo inédito. Universidad Alberto Hurtado, Puente Alto, Chile.
- Banco Mundial. (2018). Los desechos: Un análisis actualizado del futuro de la gestión de los desechos sólidos. *Banco Mundial*. <https://www.bancomundial.org/es/news/immersive-story/2018/09/20/what-a-waste-an-updated-look-into-the-future-of-solid-waste-management>
- Bauer, A. J. (2002). *Somos lo que compramos: Historia de la cultura material en América Latina*. Taurus.
- Brednikova, O., & Tkach, O. (2008). Грязная деревня и замусоренный город: Обыденные практики обращения с мусором в разных сообществах. *Антропологический форум*, (8), 338-352.

- Carenzo, S. (2011). Desfetichizar para producir valor, refetichizar para producir el colectivo: Cultura material en una cooperativa de 'cartoneros' del Gran Buenos Aires. *Horizontes Antropológicos*, 17(36), 15–42. https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/192635/CONICET_Digital_Nro.53c5002e-3a02-48c3-bb38-e181b030cc49_B.pdf?sequence=2
- Carenzo, S., & Míguez, P. (2010). De la atomización al asociativismo: Reflexiones en torno a los sentidos de la autogestión en experiencias asociativas desarrolladas por cartoneros. *Maguaré*, 24, 233–263.
- Carrillo Pineda, M., Leyva-Moral, J., & Medina Moya, J. (2011). *El análisis de los datos cualitativos: un proceso complejo*. *Index de Enfermería*, 20(1-2), 96-100. <https://dx.doi.org/10.4321/S1132-12962011000100020>
- Chavolla Sánchez. (2023). ¿Quién gobierna la basura y el reciclaje? *InterNaciones*, 24(24), 209–226. <https://doi.org/10.32870/in.vi24.7237>
- Colombijn, F., Eckert, C., & Rial, C. (2020). Apresentação: Antropologia e resíduos sólidos/lixo. *Iluminuras*, 21(55), 5–13. <https://seer.ufrgs.br/iluminuras/article/view/109893/pdf>
- De Certeau, M. (1990). Relatos de espacio. En *La invención de lo cotidiano, tomo I: Artes de hacer* (pp. 127-140). Universidad Iberoamericana.
- De Certeau, M. (2000). Primera parte. Una cultura muy ordinaria. En *La invención de lo cotidiano, vol. 1: Artes de hacer* (pp. 5-52). Universidad Iberoamericana.
- Dimarco, S. (2012). Entre riesgo social y beneficio ambiental: Transformaciones socio-históricas en la construcción social del riesgo de la clasificación de residuos. *Quid* 16, 2, 161–180. <https://www.redalyc.org/pdf/5596/559658545010.pdf>
- Douglas, M. (1986). *Pureza y peligro: Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Ediciones Siglo XXI.
- Douglas, M., & Isherwood, B. (1990). *El mundo de los bienes: Hacia una antropología del consumo*. CONACULTA/Grijalbo.
- Edwards, F., & Mercer, D. (2007). Gleaning from gluttony: An Australian youth subculture confronts the ethics of waste. *Australian Geographer*, 38(3), 279–296. <https://doi.org/10.1080/00049180701639174>
- El Mostrador. (2021). Chile es el país latinoamericano que genera más desechos plásticos de un solo uso. *El Mostrador*. <https://www.elmostrador.cl/agenda-pais/2021/07/03/chile-es-el-pais-latinoamericano-que-genera-mas-desechos-plasticos-de-un-solo-uso/#:~:text=3%20julio%2C%202021->

[.Chile%20es%20el%20pa%C3%ADs%20latinoamericano%20que%20genera,pl%C3%A1sticos%20de%20un%20solo%20uso&text=Con%2051%20kilos%20por%20habitante,con%2076%20kilos%20por%20persona](#)

El Mostrador. (2022). Ley de Reciclaje en Chile: Todo lo que tienes que saber sobre la normativa. *El Mostrador*. <https://www.elmostrador.cl/agenda-pais/2022/05/24/ley-de-reciclaje-en-chile-todo-lo-que-tienes-que-saber-sobre-la-normativa/>

Escobar, C. (2021). Manejo de residuos en Chile: Un problema social y cotidiano necesario de abordar en medio del cambio climático. *Universidad de Chile*. <https://facso.uchile.cl/noticias/181015/manejo-de-residuos-en-chile-un-problema-diario-necesario-de-abordar>

Garrido, N. (s.f.). *El método de James Spradley en la investigación cualitativa*. Universidad de Tarapacá. <http://www.scielo.edu.uy/pdf/ech/v6nspe/2393-6606-ech-6-spe-00037.pdf>

Guzmán Chávez, M., & Macías Manzanares, C. H. (2012). El manejo de los residuos sólidos municipales: Un enfoque antropológico. El caso de San Luis Potosí, México. *Estudios Sociales*, 20(39), 235–262. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-45572012000100009

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, M. P. (2014). *Metodología de la investigación* (6.ª ed.). McGraw-Hill.

Hogar 1. (2025). *Entrevista realizada por la autora*. Puente Alto, Región Metropolitana, Chile.

Hogar 10. (2025). *Entrevista realizada por la autora*. Puente Alto, Región Metropolitana, Chile.

Hogar 2. (2025). *Entrevista realizada por la autora*. Puente Alto, Región Metropolitana, Chile.

Hogar 3. (2025). *Entrevista realizada por la autora*. Puente Alto, Región Metropolitana, Chile.

Hogar 4. (2025). *Entrevista realizada por la autora*. Puente Alto, Región Metropolitana, Chile.

Hogar 6. (2025). *Entrevista realizada por la autora*. Puente Alto, Región Metropolitana, Chile.

Hogar 8. (2025). *Entrevista realizada por la autora*. Puente Alto, Región Metropolitana, Chile.

- Ingold, T. (2014). Los materiales contra la materialidad. *Papeles de Trabajo: Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios de la Universidad Nacional de General Aquí* tienes la referencia en formato APA (7ª edición):
- Jiménez-Martínez, N. M. (2023). La basurología mexicana. *Vínculos: Sociología, análisis, opinión*, 4(7), 45–64. <https://doi.org/10.32870/VINCULOS.V4I7.7656>
- Kopytoff, I. (1986). The cultural biography of things: Commoditization as process. In A. Appadurai (Ed.), *The social life of things: Commodities in cultural perspective* (pp. 64-91). Cambridge University Press.
- Latour, B. (2008). Los objetos también tienen capacidad de agencia. En *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red* (pp. 95-128). Manantial.
- Ley REP. (s.f.). ¿Requieres asesoría en la Ley REP? *Ley REP*. <https://leyrep.cl/>
- Miller, D. (1987). *Material culture and Mass consumption*. Oxford: Basil Blackwell.
- Miller, D. (2001). Possessions. En D. Miller (Ed.), *Home possessions: Material culture behind closed doors* (pp. 107-122). Berg.
- Miller, D. (2005). Materialidad: Una introducción. En D. Miller (Ed.), *Materiality* (pp. 1-150). Duke University Press. (Trad. A. Laguens).
- Ministerio de Relaciones Exteriores. (2019). Nueva Ley de Reciclaje: Chile avanza en sus compromisos medioambientales con la OCDE. *Chile en el Exterior*. <https://www.chile.gob.cl/chile/blog/todos/nueva-ley-de-reciclaje-chile-avanza-en-sus-compromisos-medioambientales#:~:text=En%20Chile%20se%20generan%2017,resi duos%20reciclados%20en%205%20a%C3%B1os>.
- Ministerio del Medio Ambiente. (2023). Sistema de Certificación Ambiental Municipal reconoce a 27 municipios de la RM por su gestión sostenible. *Gobierno de Chile*. <https://mma.gob.cl/sistema-de-certificacion-ambiental-municipal-reconoce-a-27-municipios-de-la-rm-por-su-gestion-sostenibl/>
- Montes, S. (2019). Seis países alrededor del mundo reciclan más de 50% de su basura durante el año. *La República*. <https://www.larepublica.co/responsabilidad-social/seis-paises-alrededor-del-mundo-reciclan-mas-de-50-de-su-basura-durante-el-ano-2813051>
- Moreno, A. (2015). *Observación flotante como herramienta metodológica para el estudio de producción audiovisual amateur publicada en el portal*

- YouTube. En *Textos sobre cultura visual latinoamericana*. Editorial Foc S.L.
- Moreyra, C., & Alves Mateus Ventura, M. G. (2020). Introducción al dossier “Historia de la cultura material. Objetos, agencias, procesos”. *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 18, 1-10.
- Municipalidad de Puente Alto. (2024). Puntos de reciclaje comunal. Datos Municipales. Recuperado de <https://datos.mpuentealto.cl/dataviews/263550/puntos-de-reciclaje/>
- Nevado, R. (2008). ¿Sociedad o suciedad? Aportaciones desde la antropología aplicada. *Universidad de Barcelona*.
- Oehmichen Bazán, C. (Ed.). (2014). *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- ONU. (s.f.). Datos y cifras: Hechos y cifras sobre los residuos. *Naciones Unidas*. <https://www.un.org/es/actnow/facts-and-figures#:~:text=Cada%20a%C3%B1o%20se%20recolecta%20en,de%20gases%20de%20efecto%20invernadero>
- Pi Puig, A. (2015). Algunas reflexiones en torno a la gestión de la basura en contextos de pobreza urbana a partir del estudio de caso en los barrios La Unión y El Mercadito (La Plata, Argentina). *Ponencia presentada en la XI Reunión de Antropología del Mercosur, Montevideo, Uruguay, 30 de noviembre - 4 de diciembre*. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.8748/ev.8748.pdf
- Portal Puente Alto. (2022). Reciclaje en Puente Alto: Infraestructura y participación vecinal. Recuperado de <https://www.portalpuentealto.cl>
- Reygadas, L. (2008). Distinción y reciprocidad: Notas para una antropología de la equidad. *Nueva Antropología*, 21(69), 9–31. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-06362008000200002
- Rosabal, D. (2020). Resenha: *Poder do lixo – Abordagens antropológicas dos resíduos sólidos*, organizado por Carmen Rial et al. *Iluminuras*, 21(55). <https://seer.ufrgs.br/iluminuras/article/download/107206/pdf>
- Saavedra-Meléndez, V. F. (2017). Gestión de residuos y segregación urbana: Villa Estaciones Ferroviarias de Puente Alto, Santiago de Chile (1985-2015). *Urbano*, 36, 42–53. <https://revistaschilenas.uchile.cl/handle/2250/48258>

- Sánchez-Muñoz, M. P., Cruz-Cerón, J. G., & Maldonado-Espinel, P. C. (2019). Gestión de residuos sólidos urbanos en América Latina: Un análisis desde la perspectiva de la generación. *Revista Finanzas y Política Económica*, 11(2), 321–336. <https://doi.org/10.14718/revfinanzpolitecon.2019.11.2.6>
- Santiago Recicla. (2021, 20 de diciembre). Municipio de Puente Alto inicia piloto de Reciclaje Casa a Casa que beneficia a 450 familias de la comuna. Ministerio del Medio Ambiente. <https://santiagorecicla.mma.gob.cl/2021/>
- Santiago Recicla. (2025, 25 de abril). ReSimple y Puente Alto sellan alianza para impulsar el mayor despliegue de reciclaje del país. Ministerio del Medio Ambiente. Recuperado de <https://santiagorecicla.mma.gob.cl/resimple-y-puente-alto-sellan-alianza-para-impulsar-el-mayor-despliegue-de-reciclaje-del-pais/>
- Schamber, P. J. (2006). De los desechos a las mercancías: Antropología del reciclaje de residuos en el conurbano bonaerense. *Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras*. <https://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1275>
- Sepúlveda Lara, Á. (2013). La construcción de la informalidad laboral del recuperador de base o cartonero a través de las observaciones autorreferidas y heterorreferidas en torno a su trabajo. *Universidad de Chile*. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/130694>
- Silva, G. M., & do Nascimento, C. C. (2021). Use of wood waste from Amazonian tree species for the manufacture of products with regional identity. *Journal of Cleaner Production*, 289, 125711. <https://doi.org/10.1016/j.jclepro.2020.125711>
- SINIA. (s.f.). Informe de Estado del Medio Ambiente, Capítulo 10: Residuos. *Ministerio del Medio Ambiente, Gobierno de Chile*. <https://sinia.mma.gob.cl/wp-content/uploads/2021/04/10-residuos.pdf>
- Skewes, J. (2018). Introducción. En L. Piña, C. Pinochet & C. Ríos C., *De aula y campo: Reflexiones en torno a la enseñanza y el aprendizaje de la etnografía* (pp.13-20). Universidad Alberto Hurtado.
- Suárez Cuba, M. Á. (2010). El genograma: herramienta para el estudio y abordaje de la familia. *Revista Médica La Paz*, 16(1), 53–57
- Superintendencia del Medio Ambiente. (2022). Informes sobre fiscalización y gestión de residuos. *Gobierno de Chile*. <https://portal.sma.gob.cl/>
- Vivanco, E. (2022). Gestión de residuos domiciliarios: Regulación en Chile. *Biblioteca del Congreso Nacional, Asesoría Técnica Parlamentaria*.

https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=repositorio/10221/33229/1/BCN_Gestion_de_residuos_domiciliarios_Chile_2022_FINAL.pdf

- Yepes Zuluaga, S., Montes Granada, W., Álvarez Salazar, J., & Ardila M, J.G. (2017). *Grupo focal: una estrategia de diagnóstico de competencias interculturales. Trilogía Ciencia Tecnología Sociedad*, 10(18), 20. Disponible en <https://ssrn.com/abstract=3527636>.
- Yousafzai, M. T., Nawaz, M., Xin, C., Tsai, S. B., & Lee, C. H. (2020). Sustainability of waste picker sustainopreneurs in Pakistan's informal solid waste management system for cleaner production. *Journal of Cleaner Production*, 267, 121913. <https://doi.org/10.1016/j.jclepro.2020.121913>